

IV

LA CULTURA MATERIAL

LA CERAMICA.

Iniciamos el análisis arqueológico con el que es sin duda el resto más frecuente y útil de los yacimientos protohistóricos: Alas producciones cerámicas.

Son sus fragmentos, hallados en superficie o en sondeos, los que generalmente proporcionan las primeras conclusiones válidas sobre la naturaleza, antigüedad o categoría del yacimiento en estudio y, por ello, creemos que representan un inicio lógico a este desarrollo investigador.

Los restos cerámicos suelen corresponder a fragmentos de vasijas, fusayolas, pesos de telar o elementos copolásticos.

De estas tres categorías presentamos un intento sintetizador, especialmente desarrollado en lo referente a la primera.

LAS VASIJAS: CARACTERISTICAS FORMALES Y TECNICAS . DESARROLLO CRONOLOGICO

La falta de conjuntos cerámicos cerrados compuestos por vasijas completas es condicionante fundamental para el tratamiento que el estudio general de la cerámica de estas tierras exige. En este sentido se echan de menos los aportes de las excavaciones de necrópolis que otras regiones peninsulares tienen. Las escasas actuaciones de este tipo en nuestra zona de trabajo, principalmente Mártires de Alcácer do Sal (25.a) y Chaminé (11.a) son viejas excavaciones de las que no se poseen diarios o memorias. Sólo sus materiales, parciales y sin contextos claros, y algunas noticias someras publicadas permiten elucubrar, con mayor o menor grado de eficacia, sobre su catalogación cultural y cronológica.

Afortunadamente se han localizado dos grandes y excepcionales depósitos que no sólo palián suficientemente las carencias expresadas, sino que también ofrecen las ventajas de su «singularidad» espacial y cronológica.

Estos dos conjuntos, de los castros de Garvão (16.a) y Capote (6.a), tuvieron en el instante de amortizarse un cierre espacio-temporal concreto que permite descubrirlos dentro de un contexto determinado, con la misma validez que una tumba no expoliada. Pero a diferencia de los ajuares, los depósitos de tal categoría no

tienen que acoger materiales de fábrica relativamente sincrónica sino que, en razón del inmenso número y variedad de vasijas, pudieron recoger producciones cerámicas de diferentes épocas (un buen ejemplo actual son los conjuntos de exvotos de las iglesias).

No obstante, tanto en Garvão como en Capote existe una uniformidad en sus diferentes variedades tecnológicas que se ha confirmado en los fragmentos cerámicos de otras excavaciones con niveles estratificados: Badajoz (4.a), Belén (5.a), Castillejos 2 (9.a), Jerez (19.a), Segovia (39.a), Miróbriga (27.a), Alcácer (38.a), Serpa (41.a), Castelinho da Serra (42.a), Setúbal (43.a), Vaia-monte (44.a), Veirós (46.a), o, especialmente, el mismo poblado de Capote. Asimismo son muy importantes los materiales recuperados en las prospecciones del Cantamento de la Pepina (51.b).

Por ello hoy podemos afirmar que los materiales cerámicos de estos dos depósitos son sincrónicos y tuvieron su producción, y uso generalizado, entre los siglos IV y III a. C. (aunque algunas piezas nos remitan a formas y decoraciones más antiguas y otras perduren hasta finales del siglo II a.C).

Tomando como base los materiales procedentes de estos y otros yacimientos podemos establecer la siguiente propuesta de evolución cerámica:

Vasijas de la FASE INICIAL o DE TRANSICION (450/425-375 a.C).

Vasijas de FASES CENTRALES o DE APOGEO (375-340/350-150 a. C.).

Vasijas de la FASE TARDIA o RECIENTE (150-85 a. C.).

Vasijas de la FASE FINAL o PROTORROMANA (85-+1 a. C.).

a) LA FASE I, DE TRANSICION O INICIAL

Los recipientes de la FASE INICIAL o DE TRANSICION representan el conjunto peor definido de las producciones cerámicas de estos momentos. Fechados entre finales del siglo V y el primer cuarto del IV a. C., se trata de un período de tránsito entre el impacto orientalizante y los rasgos culturales propiamente prerromanos. Denominado Post-orientalizante por Almagro-Gorbea

(1977, 506-508) y, recientemente, Facies Neves-Corvo, por María Pereira Maia (1986) sus cerámicas reflejan esta ambivalencia (lám. 1).

Por una parte, contamos con los materiales procedentes de Azougada (3.a), la Alcazaba de Badajoz (4.a) —nivel de ocupación A—, de El Castañuelo (8.a), de los poblados Neves II (33.a) y Corvo I (10.a), de la fase III de Travessa dos Apóstolos (43.a), de la II de Segovia (39.a) y quizás de la fase III de Salacia (38.a) (que correspondería a buena parte de los conjuntos en «hoyo» de N.S.dos Mártires —25.a—) aunque sus excavadores cierran este nivel en pleno siglo VI a. C.

Por otra es importante el conocimiento profundo de las vasijas orientalizantes, tardías, de algunos yacimientos del Suroeste, especialmente en Medellín, Cancho Roano y el Bajo Alentejo (Almagro Gorbea, 1977; Lorrio, 1988-1989; Maluquer de Motes, 1987; Beirão, 1986).

Las producciones hechas a mano, a juzgar por las descripciones y figuras de Segovia (si es correcta su adscripción) y por las de Badajoz y el Castañuelo, responden a vasijas de acabados groseros y tamaños grandes y medianos. En general muestran cocciones irregulares, predominando los tonos grisáceos, negruzcos y pardos, con grandes desgrasantes y, en los casos oportunos, una decoración poco profusa y desarrollada, fundamentalmente basada en elementos plásticos, como los cordones y mamelones sobre el hombro o bajo borde, y en sucesiones de impresiones (esp. digitaciones) e incisiones (fig. 79.1; lám. 1).

En cuanto a las formas destaca especialmente el vaso de perfil ovoide, siguiendo las pautas conocidas en el llamado Bronce Final (Parreira y Soares, 1980), así como en los yacimientos más meridionales, la huella imitativa de prototipos púnicos.

En Segovia están identificados, en palabras de Júdece Gamito, los primeros estampillados, que suelen presentar grandes formas cuadrangulares de tipo geométrico, antecedentes de los que denominaremos «polígonos radiados» de tan característica profusión en la fase posterior. La realidad es que por los dibujos aportados no podemos tener, por ahora, la certeza de esta datación para los estampillados (la excavadora los remonta, incluso, en un siglo de antigüedad —1981, 34-35—). En este sentido, describe una fase II (estrato 5) con predominio aplastante de cerámicas «a mano» decoradas con cordones digitados, junto a vasijas a torno mayores y con estampillados que adoptan improntas estilizadas y «vegetiformes», o con pastas grises y negras bruñidas. Esta panorámica permite suponer, en comparación con lo que conocemos en el vecino castro de Badajoz, que el conjunto es más bien tardío y, si la cronología no está excesivamente retrasada (véanse las oportunas críticas de Wagner, 1989; Beirão y Correia, 1991), sería de un momento entrado en el siglo IV a. C. Esta fase de transición la vemos definida, como en Neves, Corvo y el Castañuelo, por un porcentaje mucho menor de las vasijas «a mano», que suelen repetir los tipos con cordones digitados, junto a kylikes de tipo «Cástulo» y ánforas púnicas.

En Badajoz el panorama es mucho más completo. Por lo pronto es claro el dominio de las cerámicas grises a torno.

No poseemos conjuntos cerrados en los que las estadísticas den resultados válidos, pero sólo con la simple percepción de los fragmentos estudiados puede constatar tal realidad.

Generalmente se trata de las mismas formas conocidas en momentos anteriores, pero con pastas y superficies más oscuras, negras y bruñidas (Almagro Gorbea, 1977, 463-465, tipo 2, 478, Medellín 3b; Pellicer, Escacena y Bendala, 1983, 78-79).

En este sentido resulta muy interesante cotejar la amplia mayoría de platos de casquete esférico o escudillas, con la que ofrece el reciente trabajo sobre la cerámica gris de Medellín (Lorrio, 1988-1989, 286-288). Como en este yacimiento, son las vasijas más numerosas, en pastas grises y pardas, durante la ocupación previa y sólo un cierto predominio de las superficies negras permite definir un cambio técnico.

Esta observación se confirma en los materiales de Cancho Roano y en los tipos C y D de Cerro Macareno, dado que las cerámicas «negras» se concentran en los niveles 17/15, fechados entre la segunda mitad del siglo VI y la primera del V a. C. (Maluquer de Motes, 1981, 307; Pellicer, Escacena y Bendala, 1983, 789).

Similar comportamiento lo encontramos, por último, en la estratigrafía de Alcácer do Sal (38.a) (Silva et alii, 1980-1981, 178-179, tipo B).

Estas producciones, de aceptable origen local, se veían acompañadas de escasas, pero omnipresentes, importaciones iberopúnicas y griegas. Respecto a las primeras ya hemos indicado la escasez de ánforas catalogables como tales.

Algunos ejemplares, sin embargo, no faltan. Las conocemos en Neves II y en Badajoz (lám. 1.a y b), con formas que remiten directamente a los tipos más antiguos y tradicionales fenicios (Florido Navarro, 1985, 491-498). Los paralelos en Cancho Roano, ratifican esta datación (Maluquer de Motes, 1981, 282, fig. 9-7320, dibujo algo diferente al original).

Por otra parte, las cerámicas griegas deben verse dentro del contexto de aparición masiva que va caracterizando los siglos V y IV del Occidente (Fernández Jurado, 1987-a, 317 y 323-325; 1987-b, 193; Fernández Jurado y Cabrera, 1987, 149-159; Del Amo, 1978, 307; Ferreira, 1971, 313-332; Rouillard, 1975, 45-47; Gomes, 1983, 206; Gamito, 1981 y 1983; Almagro-Gorbea, 1977; Maluquer de Motes, 1987, 27-44; Rouillard, 1991, 123117-126, 317 y ss., esp., 325 y carte 16).

En este caso, la pieza Alcazaba de Badajoz 84/24"/Sup/9/67 y, probablemente, la Al86/SPC1/Vb/36/12 responden a producciones áticas de figuras rojas típicas de los contextos de finales del siglo V y primera mitad del IV a. C. que acompañan a las copas de tipo Cástulo (Rouillard, 1991, 117-123; Shefton, 1979, 403-405). Así, del galbo 67 localizamos un paralelo idéntico en la decoración de un *skyphos* de los Castellones de Ceal (Jaén), cuyo perfil de doble curva apunta una fecha de la primera mitad del siglo IV, como las bases ampuritanas de figuras rojas en las que sobresale una protuberancia anular en la parte superior del anillo-repié, similar a las copas «Cástulo» y a la de nuestra pieza n. 12 (Rouillard, 1991, 167-168 y fig. 10). Por otra parte, estas copas Cástulo, junto con el mismo contexto, las conocemos en

Azougada (3.a), Castañuelo (8.a) Mesas do Castelinho (26.a) y Mártires de Alcácer do Sal (38.a), así como recientemente en Castelinho da Serra (42.a) donde, por lo que parece, las cerámicas estampilladas no están asociadas.

En la necrópolis de N.S. dos Mártires de Alcácer do Sal (25.a) localizamos el más importante conjunto de cerámicas griegas del Sado-Guadiana, asociado a los ajuares de las tumbas de cremación en hoyo de la fase A, y quizás B. Sus fechas, por el contexto peninsular y las armas asociadas, son claras: de finales del siglo V a mediados del IV a. C. (lám. 1.d).

Desgraciadamente, como el resto de materiales y estructuras de esta necrópolis, están faltos de una revisión. Pero, siguiendo las diferentes noticias recogidas sobre ellas, podemos confirmar que las vasijas alcanzan la cuarentena (44) de piezas, entre las que destacan 3 pelikes, 11 cráteras de campana, 10 páteras o tazas, 6 platos de pescados y, al menos, cuatro escifos (usando, en lo posible, la terminología propuesta por Bádenas y Olmos, 1988.). Se definen así hasta 34 vasijas en las que no se cuentan las kylikes o císticas de tipo Cástulo (Rouillard, 1991, 120, car. 5).

Lo más importante de este conjunto, además de su presencia, es la posible definición de un juego de mesa específico, que se ha querido relacionar con el mal llamado «Servicio Andaluz» (Rouillard, 1991, 184), formado por la cratera acampanada y la taza, bol o pátera de borde reentrante o saliente (Lamboglia 24, 21 y 22), junto con el plato de pescado decorado con figuras rojas. Este, como se ha indicado, se documentó en un conjunto de media docena de ejemplares de la misma mano que, dada la rareza de estas piezas en la Península, llevaron a denominarlos como propios de un pintor de Alcácer (usando el nombre del yacimiento como denominación sin connotaciones de procedencia —Frel, 1969; MacPhee y Frenndall, 1987, 39—).

Sin duda estas cerámicas tuvieron su reflejo en otros yacimientos contemporáneos del Sado-Guadiana, como Azougada (3.a) y Badajoz (4.a), y una continuidad en el período inmediatamente posterior, que fechamos entre el 375 y el 330 a. C. Prueba de ello es la importante presencia de platos de pescado de producciones oxidadas peninsulares localizados en el estrato IV del castillo de Alcácer (38.a), cuya cronología sería contemporánea o ligeramente posterior a la de las piezas griegas de la necrópolis.

b) LA FASE II a/b, CENTRAL o DE APOGEO

Los recipientes de la FASE CENTRAL o DE APOGEO son los mejor conocidos y más característicos de esta región, y su personalidad singular fue la que atrajo, por vez primera, la atención de los especialistas (Arnaud y Gamito, 1974-1977).

Se caracteriza por la abundancia y riqueza de las producciones cerámicas «a mano» y por la difusión de la ornamentación estampillada.

Por una parte se trata de las cerámicas más ampliamente documentadas a lo largo de todo el Sado-Guadiana: Azougada (3.a), Badajoz (4.a), Belén (5.a), Capote

(6.a), Castillejos 2 (9.a), Chaminé (11.a), Chibanes (13.a), Garvão (15.a), Herdade das Casas (17.a), Castillo de Jerez (19.a), Martela (24.a), ¿Mártires de Alcácer do Sal? (25.a), Mesas do Castelinho (26.a), Miróbriga (27.a), Pedra d'Atalaia (35.a), Pomar 1 (37.a), Salacia (38.a), Segovia (39.a), Serpa (41.a), Castelinho da Serra (42.a), Setúbal (43.a), Vaiamonte (44.a), Veirós (46.a), Azenha (48.b), Cantamento de la Pepina (51.b), Cerro del Castillo (55.b), Cuncos (59.b), Cuncres (60.b), Furado (62.b), Montel (66.b), Murado (68.b), Rôxo (72.b), etc.

Por otra, parece que pudieran presentar dos momentos, diferenciados por la presencia/ausencia de cerámicas de importación y por el predominio de las vasijas a torno (fig. 11).

Según deducimos de las cerámicas del nivel de ocupación 4/3 de Capote (6.a) parece claro que en un primer momento la presencia de las producciones griegas continúa, de forma más esporádica pero también más extendida, quizá respondiendo con imitaciones y productos de barniz negro, como ocurrirá en las regiones mediterráneas (Page, 1984). Azougada (3.a), Badajoz (4.a), Garvão (16.a), Mesas do Castelinho (26.a), Vaiamonte (44.a) o Moura (99.c) son ejemplos de esta presencia final.

Entre sus formas destacamos las páteras y tazas sin asas, algunas císticas tardías (por ejemplo un conjunto de borde de pátera con labio o borde saliente y asa de *kylix* del SPC/3 de Badajoz —4.a—) y dos lucernas de igual momento, localizadas en Vaiamonte (44.a) y Capote (6.a), de clara raigambre helenística (Menzel, 1969, 12-15, fig. 4).

Según los recientes planteamientos de Rouillard, estas cerámicas alcanzarían la fecha del 330 a. C., aunque tras el 350 están en claro retroceso, incluso en las colonias del Mediterráneo (1991, 123-126). Esto sirve para fechar nuestra subfase entre el 375 y el 350/330 a. C., es decir, en el segundo cuarto del siglo IV a. C., prácticamente confluyendo con los últimos momentos de la fase anterior.

Parece claro que, avanzado el siglo IV a. C., la cerámica de importación púnica o griega es prácticamente inexistente y se limitará a algunas vasijas decoradas con «barniz rojo iberoturdetano» cuya procedencia es más que discutible (Fernández Rodríguez, 1987, 9-18). Esta afirmación se hace patente en los conjuntos del siglo IV/III a. C. de los depósitos de Garvão (15.a) y Capote, o en las cerámicas del corte I de Belén (5.a), Badajoz (4.a), Pomar 1 (37.a) o del Cantamento de la Pepina (51.b).

Todos ellos, por lo demás, presentan una uniformidad verdaderamente notable: gran cantidad de vasijas a mano, de magnífica variedad técnica y ornamental, aunque con predominio de los vasos troncocónicos, de las copas de perfil en «S» y de las vasijas de cuerpo ovoide (láms. 2.a/c-4.b/c), junto con una característica presencia de vasos calados o fenestrados, cuya aparición se remonta al menos al final de la fase anterior, según hemos documentado en Badajoz (láms. 11-12).

Además, entre las cerámicas a torno, destacaremos la relevante mayoría de los cuencos de casquete esférico o escudillas, siguiendo los patrones definidos en la fase anterior, pero ahora con cocciones oxidantes (láms. 9.1/

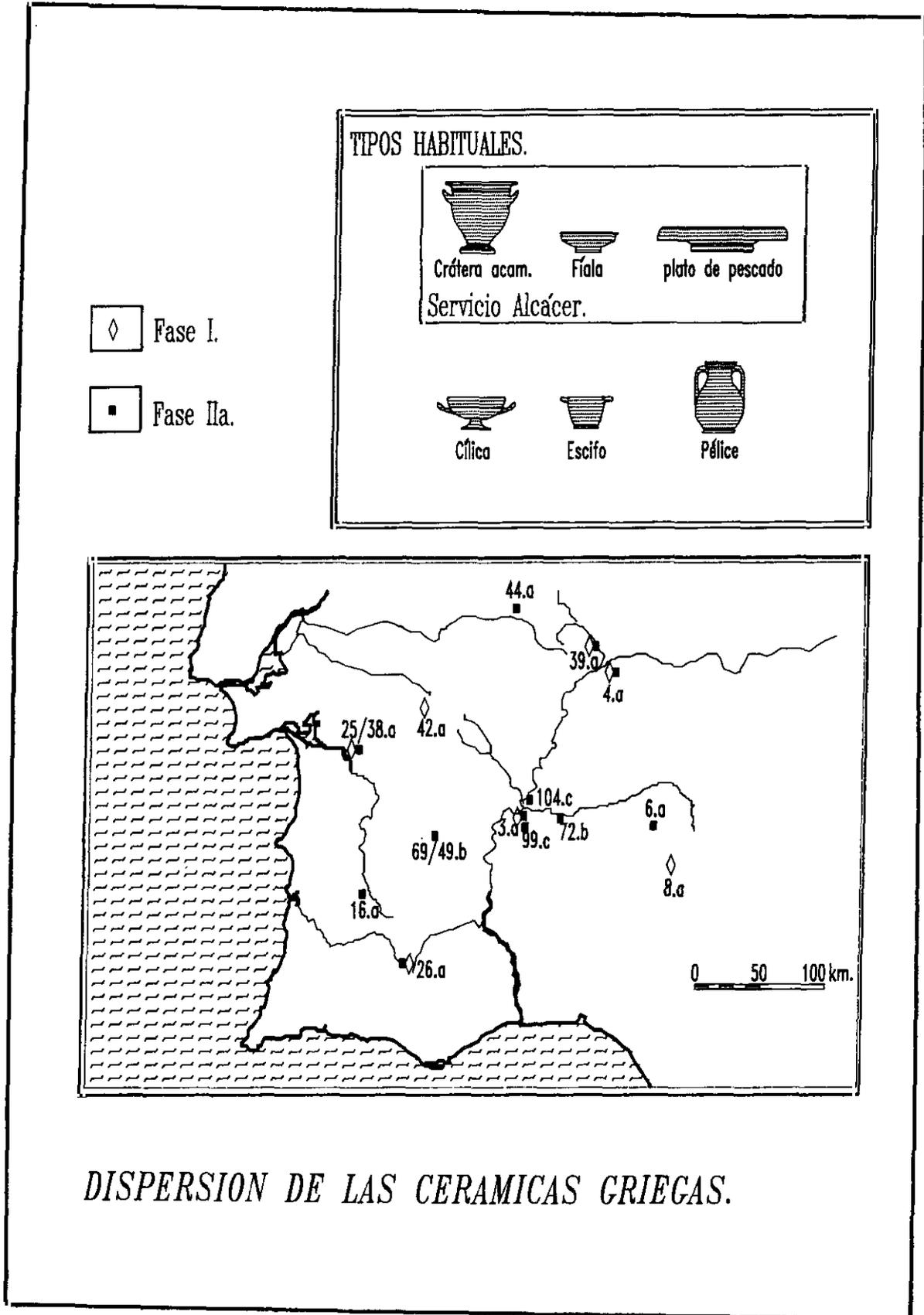


Fig. 11: Cerámicas griegas de Barniz Negro. SS. V-IV a. C.

4-10.1/3), como los contenedores, grandes o medianos, con grandes estampillados, generalmente, geométricos (láms. 4.h-5.1).

Un estudio específico de la cerámica del Depósito A de Capote fue realizado hace unos años y se encuentra, actualmente, en prensa (Berrocal, 1991-b, *El Altar prerromano de Capote...*). Siguiendo las pautas elaboradas en él, se ha planteado una síntesis ampliada al resto de materiales del Sado-Guadiana, diferenciando las técnicas decorativas de los tipos formales y funcionales definidos (fig. 12).

En cuanto a las técnicas, diferenciamos:

1. *Apliques, suspensiones y adornos plásticos: Argollas*, entendidas como complemento de otras suspensiones, tienen una presencia singular, como en la vasija más espectacular del Depósito A de Capote (2320) y, en este sentido, hay que interpretar una argolla suelta (Q1.6-C.3c), decorada con estampillas circulares, del depósito de Garvão.

Los ejemplos mejor conocidos remiten de nuevo al valle medio del Duero y Alto Ebro. Las cerámicas de Miraveche presentan, entre sus muchos rasgos singulares, una argolla colgando de sus asas. Sus pies altos y profusión decorativa recuerdan aún más a la pieza núm. 2320, y más de una repite el mismo esquema decorativo en torno al pie. En el mismo círculo se conocen ejemplares similares en Palencia, donde una copa muestra una forma parecida al vaso del Depósito (Wattenberg, 1963, 34-35; Schüle, 1969, taf. 165.4).

Una proyección meridional se localiza en la necrópolis de Las Esperillas de Santa Cruz de la Zarza, Toledo, con un vaso de sencillo perfil en «S» y dos asas anulares de las que cuelgan sendas argollas. Sus excavadores dan la fecha de los siglos VI-V a. C. (García Carrillo y Encinas, 1990, 320, fig. 2.1).

De los diversos tipos de *asas* llaman nuestra atención la abundancia de las consideradas «asas apéndice», que incluyen numerosas asas de orejetas verticales u horizontales generalmente sobre el galbo, con notables ejemplares de tipo «cola de milano» y derivadas ornitomorfias. Estas piezas refuerzan las relaciones planteadas con la aparición de la argolla y la decoración excisa del vaso 2320 de Capote, dado que es en la cerámica de Miraveche donde se desarrollan más estas variedades, expandiéndose puntualmente por todo la cuenca media del Duero hasta los puntos más meridionales en las llanuras de Cuéllar (Gil y Filloy, 1986, fig. 19.G; De Castro, 1971, IV-VII; Barrio, 1988, 292) y llegan a alcanzar poblaciones más meridionales, hacia el Oeste, según se documentaron entre las cerámicas del Castro de Sanchorraja (Maluquer de Motes, 1958-b, fig. 14.2).

Otra de las variantes más llamativas es el asa de tipo «cesta», repetida en vasijas de Garvão, Capote, Belén, el Castañuelo, etc. Su presencia en el SO. se retrasa a la Primera Edad del Hierro, dado que se conoce en la necrópolis de Fonte Santa de Ourique, donde el Dr. Beirão la data en torno al siglo VI a. C. (1986, fig. 19). Fechas similares se han planteado para algunos ejemplares dispersos de la Turdetania: en Estacar de Robarinas, Colina de los Quemados o Tejada la Vieja (Blázquez et

alii, 1979, lam. LII.2; Luzón y Ruiz Mata, 1973; Fernández Jurado, 1987, nivel IVc LXII.23).

Sin embargo las asas de cesta se conocen también en el Norte, donde son especialmente abundantes, desde épocas similares y con una larga perduración que permite encontrarlas en gran número entre las cerámicas numantinas (Castillea, 1976, forma 5; Gil y Filloy, 1986, fig. 24.b; Pellicer, 1962, forma III; Wattenberg, 1963, 110, 999-1005). El nexo geográfico queda establecido por algunos ejemplares procedentes de la necrópolis de El Raso de Candeleda y Las Cogotas, Avila (Fernández Gómez, 1986, 863.8; Cabré, 1932, LXVIII.6-12).

Un panorama significativamente diferente lo plantean las asas de herradura que, en estas cerámicas «a mano», tienen una notable presencia. Esta modalidad se localiza en algunos poblados meridionales de Sierra Morena, como Cerro Salomón, Cástulo, Tejada la Vieja o Valdepeñas y ya de forma puntual, y aislada, en estaciones más al Sur, como Cerro Macareno, todos fechados desde finales del siglo VII al VI a. C. (Blanco, Luzón y Ruiz Mata, 1970 fig. 240, 331; Vélez y Pérez Avilés, 1987, lám. IV.29; Blázquez y Valiente, 1981; Fernández Jurado, 1987, XVIII.2 y XXIV; Pellicer, Escacena y Bendala, 1983, fig. 76.14).

También en el Sur de Portugal se documenta algún ejemplo, algo más tardío, que podría considerarse precedente de las asas de Capote, como en el castro de Neves (33.a) o del más cercano Castañuelo (Maia y Correa, 1985; Del Amo, 1978, 355.2). Pero ciertamente son ejemplos singulares o escasos, como las piezas preceltíbericas núms. 114 y 115 de Numancia (Wattenberg, 1963, tab. IV), en comparación con el número notable de estos ejemplares en los depósitos de Capote, Garvão, Badajoz o la Pepina. Es en el Ferro Dos alentejano y en el mismo Capote, donde los apliques en herradura llegan a tener una presencia importante y característica, en especial en forma de tirillas, la función suspensora ha sido relegada ante la decorativa.

Igualmente los *mamelones* en las cerámicas a mano tienen cierta importancia en el Bronce Final del Guadiana (Arnaud, 1979; Parreira y Soares, 1980; Enríquez, 1986 y 1988) y, por ello, no pueden negarse ciertas pervivencias en disposiciones sencillas, tal como puede probarse en algunos de los fragmentos procedentes de las excavaciones de Medellín 2b (Almagro-Gorbea, 1977, 430-433).

Pero ciertamente la referida revitalización de los *mamelones* debe ser entendida por el papel decorativo, más que sustentante, que éstos aportan en la nueva fase, y esta misma función tiene su máximo desarrollo entre las cerámicas prerromanas del Norte Peninsular. Sabemos que son relativamente frecuentes en los vasos carenados y decorados de El Roquizal del Rullo, El Redal y otras estaciones del Nordeste, justo en el rompiente de la carena o del hombro (Ruiz Zapatero, 1979; Blasco Bosqued, 1974; Castiella, 1977, 184, 192) y que se mantienen y perduran en el Hierro Dos del Valle Medio del Duero: Castrojeriz, las necrópolis de Cuéllar, Numancia y, más al norte, Miraveche (Abásolo, Ruiz y Pérez, 1983, 299; Barrio, 1988, 382; Wattenberg, 1963, 34 figs. 10.1-5 y 30).

Lo mismo se documenta en Garvão (16.a) y en el

Cantamento de la Pepina (51.b), donde la pieza c. 248 se presenta como un magnífico ejemplo de la perduración de estas tradiciones (Rodríguez y Berrocal, 1988, 227) o en la Ermita de Belén, Zafra (Rodríguez Díaz, 1990, 342).

Sin embargo, no puede olvidarse la importancia de estas decoraciones en las cerámicas «indígenas» hechas a mano y procedentes de diversos poblados meridionales como Cástulo o Setefilla. En el primero abundan llamativamente entre las producciones negras y groseras del siglo VI a. C. (Blázquez y Valiente, 1981), fecha similar a algunos escasos pero significativos ejemplos de los túmulos A y B de Setefilla (Aubet, 1981, 128 —con remaches de bronce—, 197, etc.), en una problemática equiparable a la que se plantea con los cordones digitados, impresos o incisos.

Todo ello permite indicar que, durante la Segunda Edad del Hierro, una técnica de vieja tradición local, como son los mamelones, rápidamente se revitaliza y desarrolla gracias a su incorporación en los esquemas decorativos de la cerámica a mano. Esta incorporación no está exenta de la potenciación de esta cerámica con nuevas formas y motivos, entre los que también aparecen los mamelones, de raigambre septentrional.

Un análisis similar cabría hacer respecto a los *cordones* (lám. 2). Una tradición local de las edades del Bronce se ve potenciada por la irrupción de nuevas formas y técnicas decorativas de aspecto septentrional. Con la salvedad que la profusión y riqueza de estos cordones rectos, ondulados, quebrados, en meandros o espiralados en tipos como el III y IV de Capote no tiene parangón en ningún círculo cultural prerromano —obviando ejemplos singulares del Nordeste—.

Respecto a los *pies polipodos*, de nuevo, se trata de una solución ornamental específica de la Cuenca Media del Duero, en la ya reiterada área «arévaca» (Martín Valls, 1984, 38).

Están muy bien representados en Las Erijuelas de San Andrés —Segovia— (Barrio, 1987) y más al norte se conocen paralelos puntuales en Las Quintanas de Padilla de Duero —Valladolid— (Mañanes y Madrazo, 1978, 429) y Palenzuela —Palencia— (De Castro, 1972 y Martín Valls, 1985, 124), mientras al suroeste, un ejemplar en el mismo castro de Cogotas (Cabré, 1930, lám. XXII) y otros dos en el de Villasviejas del Tamuja, Cáceres (Hernández, Rodríguez López y Sánchez, 1989, 101.639 y 93.524) sirven de nexo geográfico para los interesantes tipos del Sado-Guadiana inferior.

Repiten formas y decoraciones en Capote, La Martella y el Cantamento de la Pepina, con bases cuyos apéndices son pequeños a diferencia de los de Garvão que, idénticos a los de Cuéllar, tienen cierta altura, base ancha y tendencia superior a la estilización.

Las *bases formadas por prismas* son prácticamente desconocidas fuera del área Garvão-Capote-La Pepina. Dos ejemplares de interés se documentan en el yacimiento de Cástulo (Blázquez y Valiente, 1981, 153.991). Sus precedentes fueron apuntados por Blázquez y Valiente entre los calderos de bronce centroeuropeos (Kovács, 1977, lám. 4), pero más cercanos son los pies de ciertas vasijas de tipo cubilete procedentes de Cortes de Navarra PIIb. Estos se presentan en forma

de cruz, con sus pies calados en rectangular hasta formar estructuras similares a las «prismáticas» (Maluquer de Motes, 1954, figs. 24.1, 33.20, 36.11).

Por último hemos contemplado la presencia de *bases cúbicas*, ya sean caladas o lisas. El importante número de este tipo de pie, que se documenta en diferentes formas hechas a mano, indica que fue una solución muy aceptada, a diferencia de las anteriores. Sin embargo, se muestra como un resultado bastante original, dada la escasez de paralelos peninsulares.

2. *Calados*: este sistema decorativo se limita a los vasos vulgarmente denominados «quemadores». Aunque su efecto ornamental es muy espectacular, opinamos que se trata de una técnica funcional, pues de ella depende el uso específico de estos recipientes. Se documenta exclusivamente en producciones a mano, con tres tipos diferentes: redondos, triangulares y romboidales.

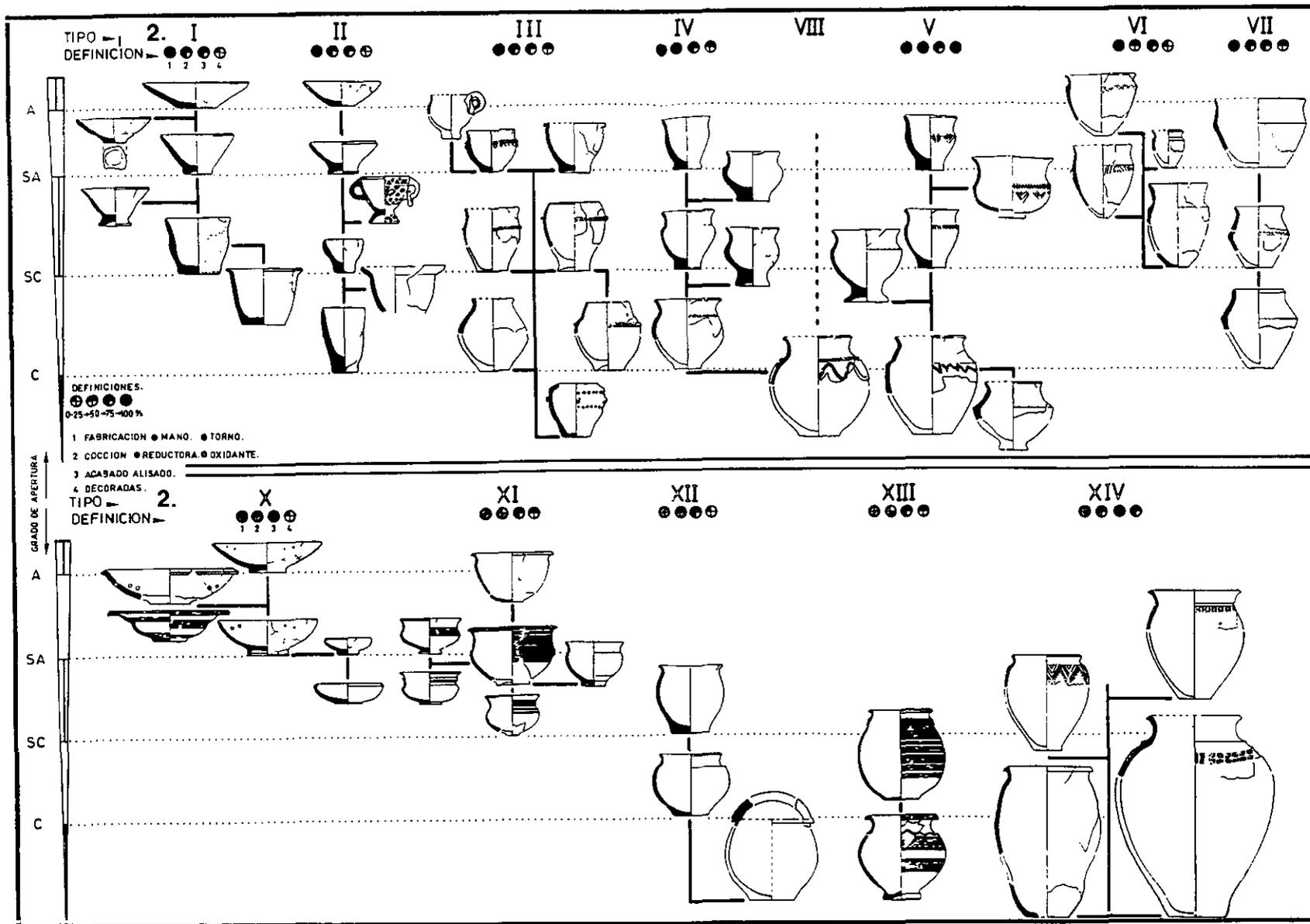
3. *Excisiones*: es una técnica relativamente frecuente, dentro de las producciones a mano, aunque siguiendo patrones distintos a las tradicionalmente consideradas como «cerámicas excisas». Se reconocen en motivos circulares, triangulares y romboidales, formando combinaciones de rosetas.

La técnica excisa realmente se limita a la presencia singular de estos motivos en triángulos y rombos documentados en vasijas como la pieza núm. 2320 de Capote. Los únicos paralelos comarcales conocidos proceden de un vaso calado similar del depósito de Garvão —16.a— y un fragmento inédito procedente de El Escoural, Evora. En ambos la decoración excisa es triangular y en el primer caso se distribuye alrededor del pie, siguiendo los esquemas calados del cuerpo (Beirão et alii, 1987, fig. 9; Molina y Arteaga, 1976, 205).

Aunque los triángulos en banda contrapuestos forman uno de los temas más reiterativos de las cerámicas de Cogotas I e, incluso en momentos anteriores, los dos esquemas parecen estar más cerca de ciertos motivos que reconocemos entre los de las cerámicas excisas del Hierro I del Norte peninsular, especialmente del llamado «grupo del Alto Ebro» y del norte del «Bajo Aragón» (Molina y Arteaga, 1976, 183, fig. 3 y tab. 2, 18.20 frente a tab. 3.25-37; Ruiz Zapatero, 1985, figs. 226 y 228; Alvarez y Pérez, 1987).

La excisión circular (lám. 3.a-b), o mejor discoidal, tiene un cierto peso específico y, junto a técnicas de impresión punzada o estampillas circulares, desarrolla gran cantidad de esquemas y motivos. Mezclada con variantes estampilladas, se encuentra presente entre las mismas excisiones geométricas de El Roquízal o El Redal (Ruiz Zapatero, 1979, 267 tipos 3, 7 y 8; Blasco, 1974, 179.c y e; Molina y Arteaga, 1976, 194) y probablemente en las cerámicas pre y protoceltibéricas de Numancia y Las Cogotas, donde ya se observa su desaparición al sustituirse por las numerosas estampillas circulares (Wattenberg, 1963, tabs. III-VII, XI; Cabré, 1930, XXV.2; XXXIX.2).

4. *Pseudoexcisiones*: Se trata de una técnica realmente impresa pero de difícil definición, porque sus resultados se aproximan mucho a la excisión, estampilla e im-



LA CULTURA MATERIAL

Fig. 12.- Tabla Tipológica de las Cerámicas documentadas en el Depósito A de Capote, siglos IV/II a. C., Fase Central o de Apogeo.

presión «a punta de espátula». Es exclusiva de la cerámica fina hecha a mano (láms. 4.d y e).

En contraste con la modalidad anterior, con el mismo origen, la pseudoexcisión está muy bien contrastada entre las poblaciones del Duero Medio, en Las Erijuelas de Cuéllar (Barrio Martín, 1984/1985, 185-195), Castrojeriz I (Abásolo, Ruiz y Pérez, 1983, 298 modalidad 1 de impresiones «a punta de espátula»), Pallantia (Castro, 1971, lám. X) y más al Este, entre las más antiguas numantinas (Wattenberg, 1963, est. II).

Al Oeste, esta técnica aparece sólo puntualmente en los círculos de Cogotas, quizá posibles perduraciones de épocas anteriores (Molina y Arteaga, 1976, 177 y tab. 2.6-22). Así queda constatada en ejemplares singulares de sus castros como sobre un asa de Mesa de Miranda o una urna de su necrópolis La Osera (Cabré, Cabré de Morán y Molinero, 1950, 38.7 y XC).

En el Guadiana sólo conocemos un fragmento con motivos triangulares variante 4.21, en las cerámicas del castro de Vaiamonte, Monforte (Arnaud e Gamito, 1974-1977, 185.67).

5. *Impresiones*: conforman uno de los conjuntos más numerosos y variado de las soluciones decorativas. Digitadas, pellizcadas, unguladas o punzadas, aparecen junto a tipos curvos, rectangulares y triangulares «a punta de espátula», puntilladas sencillas, a peine o dentadas.

En sucesiones sencillas aparecen formando paralelas y espigados, o completando otros incisos, en forma de bandas de quebradas. Sobre las primeras, las soluciones puntilladas tienen escasas opciones y por ello son poco usadas, casi con exclusividad en cerámicas finas «a mano».

Las digitaciones (lám. 4.a/c), como se dijo al tratar sobre los cordones, se consideraban muestras de los llamados «campos de urnas tardíos», hasta la constatación de estos materiales en poblados del Mediterráneo y de la costa africana que ponen en evidencia la debilidad de las interpretaciones sencillas (Pellicer, Escacena y Bendala, 1983, 364).

De nuevo son numerosas las digitaciones en los siglos VII-VI a. C. de yacimientos como Cástulo, Setefilla o Cerro Macareno (Pellicer, Escacena y Bendala, 1983, 66-69).

Pero tal sistema decorativo, sobre formas y fabricaciones simples, es uno de los más sencillos de aplicar y por ello las interpretaciones que de él se extraigan deben tener en cuenta el contexto y la cronología de aparición.

Conocemos numerosas digitaciones procedentes de poblados del Suroeste, como el Castro de Segovia (39.a); Alcazaba de Badajoz (4.a) o Villasviejas del Tamuja, Cáceres, en fechas iniciadas a partir del siglo VI y con anterioridad del II a. C. (Gamito, 1981 fig. 2 y 1983; Hernández, Rodríguez López y Sánchez, 1989, 122.12-13). Sus contextos, como los de Capote, las incluyen no sólo en groseras producciones a mano, generalmente de tamaños medianos o grandes y sin decoración, sino también acompañando esquemas más complejos en pequeños vasos de mejor factura.

Estos motivos pueden haber recogido y potenciado esquemas y técnicas peninsulares mucho más antiguas, rastreables entre los complejos Cogotas I y afines, o más allá en el campaniforme puntillado y la cerámica calcolítica, como los triángulos invertidos incisos, rellenos de impresiones, etc. (Blasco Bosqued, 1983, 119-120; En-

riquez Navascués, 1986, 16-17 y 1988; Almagro Gorbea, 1977, 85; Delibes, Fernández Manzano y Rodríguez Marcos, 1990, 64-105; González y Alvarado, 1988, fig. 7.1-3; Cabré, 1930, XXIII.10 —véase también vaso XL para esquemas complejos inciso-puntillados—).

Las impresiones a punta de espátula son mucho más específicas. Al menos la variante triangular sigue los pasos de la pseudoexcisión, con la que a menudo se confunde. Conocemos estas impresiones en yacimientos prerromanos ya mencionados como Las Erijuelas de Cuéllar, Numancia, Castrojeriz I —en disposición específica destacando en hombro—, Pallantia, Cogotas o La Osera, recordando motivos y técnicas idénticas de las cerámicas campaniformes y de Cogotas I (Molina y Arteaga, 1976, 191). En Extremadura, sin embargo, la modalidad de punta redonda aparece puntualmente en algunos poblados de la provincia de Badajoz, como la Ermita de Belén —5.a— (Rodríguez Díaz, 1990, 342.20 y 1989, 189). Mucho más numerosas son las improntas rectangulares que, por el contrario, tienen escasa presencia en las excavaciones peninsulares (lám. 4.f/g).

También las *impresiones puntilladas a punzón* y *a peine* aportan importantes indicios interpretativos (lám. 6.a).

Técnica de raigambre muy antigua, presenta motivos y adaptaciones que difieren de los más abundantes de la Edad del Bronce. Realmente los casos conocidos son réplicas de los motivos incisos (quebradas múltiples), con los que a veces está aplicada (cruces) o van compaginada con estampillados. Su presencia en yacimientos de la Edad del Hierro, especialmente a partir del siglo IV a. C., es relativamente escasa, y aunque la conocemos en poblados como Cogotas, La Mesa de Miranda o más al Norte, Cuéllar y Palenzuela, es una técnica que va tras el uso del peine (Cabré, 1930, XXIII.10 o XXXVIII.5; Cabré et alii, 1950, XXVII.16 y 17 o XXXVI.9 y 12; Barrio, 1988, tab. II; Castro, 1971, XVI.52, etc.). No es por el momento, muy conocida en el Sado-Guadiana, aunque la documentamos en materiales del Cantamento de la Pepina —51.b— (Rodríguez y Berrocal, 1988, fig. 1.3.142).

6. *Estampillados*: las estampillas junto con los elementos aplicados y los motivos inciso-impresos constituyen el tipo decorativo más característico de estas cerámicas (Arnaud y Gamito, 1974-1977). Es importante indicar que, en este caso, se trata de una técnica usada tanto en la cerámica «a torno» como «a mano», siendo dominante la primera en las vasijas de almacén, la segunda en la vajilla fina o común.

Circulares, discoidales, rosetas, concéntricas, cuadradas, cruces, poligonales radiadas, espirales o laberintos, reticulados, escutiformes, ovas y sucesiones de «S» o «C», e, incluso, figuraciones son algunas de las numerosas y variadas soluciones realizadas con esta técnica.

Las *estampillas circulares* (lám. 3.c/e) representan el motivo más reiterado. En su modalidad pequeña se documenta como elemento principal en combinación con incisiones y, sobretudo, como elemento complementario, de relleno o refuerzo de otras técnicas como la incisión o la aplicación de cordoncillos, triángulos calados e incisiones.

Tiene gran importancia la constatación del valor de esta impronta porque representa un tipo específico de estampilla con notables implicaciones culturales.

Por una parte, la estampilla circular es la única realmente representativa de la comarca media del Duero, donde el estampillado sólo muestra cierta variedad en la zona más meridional —aunque las circulares estén presentes en Las Cogotas y otras zonas— (Barrio, 1988, 366; Cabré, 1930, XLIII y 1932, XXXVII, 28-33). Por otra, adquiere un importancia fundamental en el mundo indígena del Noroeste, donde convive con otros motivos, como los ornitomorfos, «S» o soliformes, siempre en lugar destacado (Fariña et alii, 1983, 123 y ss.).

El importante castro do Mosteiro, en Orense, es un magnífico ejemplo para comparar la dispersión de las estampillas circulares (Orero, 1988, figs. 53-55, 58-59).

Si se buscan paralelos en los poblados del Suroeste, la escasez de motivos sorprende, cuando se compara con el conjunto de Capote. Aunque el estudio del estampillado en la región alentejano-pacense se limita a trabajos ya clásicos, como el de Arnaud y Gamito sobre Vaiamonte (44.a) y las aportaciones sustanciosas de Garvão (16.a), lo cierto es que el estampillado se revela como la técnica más utilizada en todo el Hierro Dos de la zona y no hay excavación que no presente diversos motivos realizados con esta técnica.

Muy relacionadas con las anteriores, pero con una dispersión peninsular claramente mayor, están los motivos de *círculos concéntricos*, *discoidales* y *rosetas*.

Excepto el primero de ellos que mantiene una fuerte relación con los círculos simples y que tiene una presencia notable en el conjunto de estampillados de Vaiamonte y Garvão, los otros dos son muy comunes en todo el mundo prerromano de la Península, incluyendo, cada día más, las zonas propiamente mediterráneas. El tipo llamado «rosetas» es el más frecuente de éstos, con variables simples asociadas a incisiones e impresiones o con radios perfilados. Encontramos paralelos en los yacimientos alentejanos como los citados Miróbriga (27.a) o Pedra d'Atalaia (35.a) y en los extremeños del castro de Villaviejas del Tamuja, Ermita de Belén (5.a), Sierra de la Martela (24.a), Badajoz (4.a), etc. (Arnaud y Gamito, 1974-1977, fig. 1.2, 76-79, 82; Beirão et alii, 1985, fig. 25.5-8; Soares e Silva, 1979, est. III.30; Silva, 1978, est. II.2 IA; Hernández, Rodríguez y Sánchez, 1989, fig. 66.30-32; Rodríguez Díaz, 1990, fig. 9.76; Enríquez y Rodríguez, 1988, fig. 6.25).

Más al Norte, las rosetas forman uno de los temas más repetidos en los poblados de Cogotas Ib (Cabré, 1930, XLIX y 1932; Cabré et alii, 1950, figs. 73 y 24, XCVI.4, 6, 7, 8, 9; Fernández Gómez, 1986, figs. 462 y 463.Da-10 y LL-3).

En el castro de Capote, como entre los alentejanos, se trata de un tipo documentado en las cerámicas hechas a mano y a torno, fechadas en los siglos IV y III a. C. En otros poblados pacenses —Martela, Belén, Hornachuelos— suelen ser más reducidas, en vasos grises a torno y de fechas más tardías, que podrían iniciarse a finales del siglo III a. C. Dataciones similares se proponen para sus paralelos de Cogotas, aunque en el Raso y Fuente el Saz se sitúan en momentos anteriores (Fernández Gómez, 1986, 870; Blasco y Alonso, 1985, fig. 36.7-8).

Ovalados y *Escutiformes* muestran un desarrollo similar, especialmente los reticulados, como ocurre con los

cuadrangulares, aspas y esvásticas que no suelen faltar en los yacimientos alentejanos-extremeños.

Más importantes son los motivos que denominamos «*Polígonos radiados o semirradiados*» (fig. 69.b; lám. 4.h), por la frecuencia documentada y los grandes tamaños de estas estampillas que llegan a alcanzar los 5 centímetros de lado. Suelen estar asociados a vasijas de almacén de tamaños medios que conforman el tipo XIV, en las que decoran el tercio superior del cuerpo. Estos vasos se fabrican a torno, aunque hay ejemplares hechos a mano, con cocciones oxidantes o alternas.

Responden variantes de motivos cuadrangulares muy conocidos y reiterados por todo el Occidente peninsular (con excepción del Noroeste) pero, por lo general, en tamaños y vasos menores. Tienen un probable antecedente en los excavados en el castro de Segovia (39.a). En este yacimiento se documentan grandes estampillados de este tipo, en niveles 7-6, según Gamito fechados en los siglos VII y VI a. C., junto con cerámicas de cordones digitados, incisas y pintadas tipo «Medellín» (1981, 35 y 1983, 70-72).

En Capote, La Pepina, Chaminé o Vaiamonte, las estampillas se datan, con claridad, entre los siglos IV y I a. C. El depósito de Garvão también presenta un tipo idéntico (Beirão et alii, 1985, fig. 27.54), como se conoce otro procedente del castro de Chibanes —13.a—, Setúbal (Diogo e Faria, 1987, 95-96). Sin embargo, la variante que representa la mitad del anterior es más escasa, aunque está presente en algunos fragmentos inéditos del Cantamento de la Pepina (51.b), entre otros escasos lugares. También se conoce en la necrópolis del siglo IV a. C. de la Osera VI (Cabré et alii, 1950, XCVI.3) y en la de El Raso (Fernández Gómez, 1986, fig. 463.6-2). Más al Norte, los estampillados son cada vez más escasos, y el motivo sólo se puede seguir en las sucesiones de «M» tumbadas, que creemos estilización de esta variante (fig. 80.b.253).

La importancia de esta dinámica está en poder aislar, en la *cuenca inferior del Guadiana* y en la del Sado, uno de los focos más antiguos de aparición de estampillados poligonales complejos. Esta técnica que bien pudiera definir lo que se ha denominado Cogotas II, y especialmente los siglos más modernos de esta fase, fue fechada por Wattenberg a partir del siglo IV a. C. (1978, 167-168), aunque ciertos autores, como Esparza, proponen una datación algo más antigua (1983/1984, 142).

En relación con este adelanto de fechas puede considerarse la propuesta de Fariña, Arias y Romero de situar la aparición de estampillados en Galicia en el siglo V a. C., reforzando las dataciones de Esparza para los estampillados de los castros zamoranos y de Tras-os-Montes (1983, 120).

Sea como fuere y, a falta de excavaciones que confirmen estos datos, parece claro que la técnica estampillada más antigua se documenta entre los motivos excisos de los llamados «campos de Urnas» del Nordeste, así definidos por Ruiz Zapatero en su estudio sobre El Roquival del Rullo (1979, 267).

Este yacimiento, en su fase II —siglo VII a. C.— muestra tres tipos de estampillados: círculos, círculos concéntricos y triángulos, en igualdad formal con los principales motivos más importantes del Noroeste y Suroeste. A

esta corta panoplia en el siglo V a. C. se le añade, en el Noroeste, ornitorfos y sucesiones de «S» —que son esquematizaciones de los primeros—, en el Suroeste, los polígonos radiados y semirradiados, aunque no faltan ornitorfos y sucesiones en «S».

No podemos afirmar, pero sí intuir, que este estampillado antiguo procede de la evolución de motivos similares a los de El Roquízal y el Redal. No rechaza tal planteamiento la relación entre el estampillado cerámico, el troquelado metálico (muy claro en la llamada Cogotas IIb) y los trabajos en madera y asta, porque la misma cerámica excisa es una mera imitación en arcilla cocida de los vasos de metal, y este intento de imitación será el que dé lugar a la búsqueda de técnicas más eficaces y económicas, como el estampillado.

Una vez más el proceso evolutivo cultural de los pueblos del interior peninsular se desarrolla de forma paralela y convergente con los transpirenaicos celtas (Frey, 1991-b, 91).

Respecto al resto de estampillados no cabe duda que muchos de estos tipos pudieran representar relaciones similares, como *los aspeados* y *cruciformes en cuadrángulos*, *los reticulados*, así como las matrices trianguliformes, generalmente complejas en su campo, que llevaron a denominarlas «escutiformes». Estos esquemas triangulados son muy numerosos, tanto en la zona Sado-Gudiana como en el Noroeste. En los alentejanos Garvão (16.a), Vaiamonte (44.a), Pomar 1 (37.a), Miróbriga (27.a), Pedra d'Atalaia (35.a) y Serpa (41.a), o en los extremeños de la Alcazaba de Badajoz (4.a), Cantamento de la Pepina (51.b), Ermita de Belén (5.a) y Capote (4.a) no faltan estos motivos.

Otro de los temas son las *ovas* (fig. 80.c.255), fácilmente relacionables con la metalurgia, pero que es curiosamente escaso en el repertorio conocido, por el momento, del Suroeste. Lo documentamos en una pieza inédita del Cantamento de la Pepina (51.b), varias de Capote y más allá, en el Alentejo tampoco es tema localizado, aunque pudiera relacionarse con ciertos «escudetes» a medias entre triángulos y ovas (Beirão et alii, 1985, fig. 25.18; Arnaud e Gamito, 1974/1977, fig. 1.16).

Fuera de estos paralelos se conoce puntualmente en algunas estaciones de la Meseta Occidental como Las Cogotas o la Osera VI, junta sucesiones de «C» (Cabré, 1930, LI.1; Cabré et alii, 1950, XCVI.11 y 14), pero se trata de un motivo escasamente conocido y cuyo origen metalúrgico (Gomes e Beirão, 1988, 134-135) pudo reproducirse en otras técnicas ornamentales cerámicas más eficaces como los mamelones incisos, cordones en guirnaldas u ovas.

Aunque aún en proceso de estudio, debemos llamar la atención sobre la importancia del interesante «Círculo de Valdepeñas», donde parecen tener una presencia dominantes los esquemas en «ovas» idénticos a los documentados en Capote (Vélez y Pérez Avilés, 1987, 182, fig. VII).

Otros motivos estampillados como las *aplicaciones de granos*, que veremos bien documentadas en las fusayolas, *sucesiones en «S»*, «C» y *serpentiformes* son muy conocidos entre los yacimientos del Suroeste (Arnaud e Gamito, 1974/1977, fig. 2.7, 99 y 100), con relaciones más

meseteñas en castros pacenses, cacereños y salmantino-abulenses, aunque las «S» y *ornitorfos* tendrán su máximo desarrollo en el mismo Noroeste (Rodríguez Díaz, 1989, fig. 4; Hernández et alii, 1988, fig. 66. 22-23 y 67.6; Fernández Gómez, 1986, 854.2; Carballo, 1987, 113).

El planteamiento más original de los estampillados del Suroeste lo representan las «*estampillas figurativas*» (lám. 5). Documentadas en Badajoz (4.a) y Capote (6.a) son tipos de motivos que configuran una novedad en la Protohistoria Peninsular, aunque se conocían casos aislados.

En el primer yacimiento, un tema de caballos y otro de infante, profusamente acompañados de motivos geométricos en «horror vacui», aparecen en sendas vasijas de almacén (lám. 5.1-2). En el segundo, recogemos un tema mixto de caballo y antropomorfo, y dos de pegasos o grifos, con la variante de que estos últimos se documentan sobre vasijas menores y hechas a mano, a diferencia de los ejemplos anteriores (lám. 5.5/6). Un cuarto motivo, de caballo bajo soliformes, fue localizado en este castro, pero en niveles inmediatamente posteriores y sobre una gran vasija de almacén (lám. 13.HE-A/19).

Conocemos, gracias a la doctora Blasco Bosqued, la presencia de una estampilla con motivo de grifo o esfinge en la colección del Padre Belda, Alba de Tormes, procedente de una recogida superficial del Cerro de las Cabezas de Valdepeñas y otra también superficial, es recogida por Cura Morera como procedente del poblado leridense de Margalef, Torregrossa (1971, 58 y fig. 2.12 y 13).

Creemos que se puede considerar un fenómeno similar al de las figuras pintadas sobre la cerámica celtibérica de Numancia, Cogotas o Botija (Cabré, 1930, LX; Wattengberg, 1963; Rivero de la Higuera, 1974) y como éstas, los materiales referidos de Capote y Badajoz reflejan fechas tardías (finales del II y siglo I a.C.), a diferencia de las estampillas del Depósito A de Capote.

Su origen puede rastrearse en la toréutica y orfebrenría. Resulta de especial interés encontrar un precedente en el friso de pegasos de la diadema del tesoro orientalizante de Gaio, cabo de Sines, fechado en el siglo VI a. C. (Beirão e Gomes, 1984, 445-446 y fig. 12; Costa, 1974).

7. *Incisiones*: este sistema aborda diferentes tipos incisos realizados con técnicas (bruñidas, ungladas, punzadas, corridas y acanaladas) que a menudo se realizan en combinaciones complejas. Se aplican sobre producciones a mano, básicamente, siendo una constante que los esquemas más complejos aparezcan sobre las vasijas de fabricación más fina.

Motivos de paralelas verticales u oblicuas aparecen solos o combinados con sucesiones contrapuestas, espigados, quebradas, ángulos y triángulos, así como meandros, grecas y guirnaldas.

El análisis de los motivos incisos resume, genéricamente, todas las relaciones apuntadas en las restantes técnicas ornamentales.

Ciertamente, las sucesiones de incisiones paralelas, verticales, oblicuas o espigados sobre las cerámicas fabricadas a mano, se conocen desde los inicios de la cerámica, y están especialmente documentadas en los diferentes períodos de la Edad del Bronce del Oeste Peninsular.

No obstante, son las asociaciones de estos motivos con elementos aplicados, impresiones, calados o estampillas las que matizan el encuadre cultural y cronológico de nuestras representaciones. Por otra parte, son los esquemas complejos, resultantes de las combinaciones y desarrollos de los motivos simples citados, los que sirven para definir mejor relaciones e interpretaciones deducibles de estas vasijas. Aunque los espigados y otros motivos incisos simples están presentes en tradiciones decorativas remontables a la Edad del Bronce de Extremadura y el Alentejo, éstas reflejan porcentajes, combinaciones y soportes muy diferentes de las documentadas en el Suroeste prerromano (Parreira und Soares, 1980, Abb. 4; Arnaud, 1979; Enríquez Navascués, 1986, 16-17; 1988, fig. 4; Almagro-Gorbea, 1977, 91).

Pedra d'Atalaia (35.a), Miróbriga (27.a), Pomar 1 (37.a), Castelo Velho do Rôxo (72.b), Garvão (16.a), Serpa (41.a), Azougada (3.a), Chaminé (11.a), Castillejos 2 de Fuente de Cantos (9.a), El Cantamento de la Pepina (51.b), Castillo de Jerez (19.a), Alcazaba de Badajoz (4.a), Belén (5.a), Capote (6.a), el castro de la Martela (24.a) y del Castillo en Aroche (55.b), por citar los mejor conocidos, han proporcionado fechas conjeturables para estas producciones, que oscilan entre los siglos V y III a. C., inclusive.

Uno de los motivos más abundantes, dentro de los que presentan esquemas de complejidad creciente, es el de *quebradas entre paralelas*, pudiéndose complicar al presentar quebradas dobles, triples, etc., hasta romper el esquema original y ocupar todo el espacio entre las paralelas.

Los motivos triangulares, como esquemas relacionables con los anteriores, son los que presentan la gama más rica de decoraciones sobre cerámicas «a mano». Es la disposición de triángulos apuntados hacia abajo la que realmente demuestra esta importancia, con flecos, «folhas d'acacia», perlados o rellenos múltiples (lám. 6).

Fuera del Sado-Guadiana inferior es difícil encontrar paralelos a esquemas tan complejos, por el momento.

Las decoraciones incisas, con la excepción de las peinadas que forman grupo aparte, se asocian a las producciones a mano del Hierro I de la Meseta y ciertamente, en estos contextos llegan a tener una cierta importancia. El ejemplo de algunas piezas similares a las nuestras en los niveles 25-22 de Cerro Macareno, fechados en el siglo VII a. C., habla por demás de la difusión de una técnica que mantenía una tradición desde el Bronce Pleno (Cogotas I y afines) (Pellicer, Escacena y Bendala, 1983, 68, figs. 70 y 76).

Paralelizables en el tiempo pueden ser las vasijas hechas «a mano» del túmulo A de la Mesa de Setefilla, cuyas decoraciones repiten triángulos y dameros rellenos con puntillado simple o las más numerosas de los recipientes de Cástulo, con quebradas, triángulos rellenos de paralelas y trenzados sobre vasos medianos y grandes que recuerdan a los del Cerro de las Cabezas de Valdepeñas, y en menor grado otros poblados meridionales de Sierra Morena, como Cerro Salomón, cuya similitud formal con ciertos vasos de Capote, no es desdeñable (Aubert, 1981, 141 fig. 58; Blázquez y Valiente, 1983; Vélez y Pérez Avilés, 1987, láms. III y IV; Blanco, Luzón y Ruiz Mata, 1970, n. 179, 300, 329, 359).

De nuevo vemos, como los cordones y mamelones digitados son parte de una tradición arraigada en las tierras andaluzas durante los primeros siglos del milenio, enraizada en un gusto geometrizable del que los mejores paralelos se encuentran en las cerámicas pintadas de tipo Carambolo. Sobre su origen existió una ardua polémica mantenida por partidarios de los focos centroeuropeos, mediterráneo-orientales o indígenas con relaciones con el Geométrico griego, en la que la razón parece inclinarse hacia estos últimos (Ruiz Mata, 1984/1985; Buero, 1984; Werner, 1987; Lucas Pellicer, 1987, etc.).

Sin embargo, no parece que las producciones a mano del Hierro Dos del Sado-Guadiana respondan a perduraciones de estas tradiciones. Las cerámicas «a mano» del Bronce Final-Hierro I en Extremadura y Alentejo se caracterizan por la escasez de decoraciones inciso-impresas y ni siquiera la cerámica policroma tipo «Medellín» apunta a un desarrollo geométrico de sus esquemas decorativos homologable a las de tipo Guadalquivir I (Almagro Gorbea, 1977, 456-457).

Por el contrario, los paralelos, como se han apuntado, contemporáneos o precedentes inmediatos recorren rutas que llevan al Nordeste de la Península Ibérica.

No queremos con ello caer en las viejas interpretaciones de conquistas e invasiones ultrapirenaicas, y nuestra posición sobre el nacimiento de las cerámicas estampilladas —uno de los rasgos que se supone de procedencia extrapeninsular— así lo corrobora, pero lo cierto es que estas cerámicas y sus motivos suelen ser considerados como legados de las poblaciones de los cuestionados «Campos de Urnas Tardías» (Almagro Gorbea, 1977-b; Ruiz Zapatero, 1985).

Nuevamente el castro de Villasviejas del Tamuja se presenta como un nexo septentrional inmediato para estas decoraciones que tienen cierta representación entre las cerámicas de los siglos IV y III a. C. (Hernández, Rodríguez López y Sánchez, 1989, 118-119). Quebradas simples y múltiples, espigados sencillos o dobles remiten a nuestros tipos básicos y sirven de unión geográfica con los documentados en los círculos Cogotas II (Cabré, 1930, láms. XXIII y XLVIII).

En estos castros, y pese a tener el componente de la fuerte tradición local que fuera Cogotas I, no parece que las decoraciones inciso-impresas sobre cerámicas «a mano» tengan una presencia notable.

Donde estas técnicas y motivos vuelven a cobrar cierta importancia es en la Cuenca del Duero Medio, en épocas celtibéricas, que se incrementará, como en todo el Nordeste, cuanto más próximas se encuentren del Hierro I.

Conocemos un buen repertorio de sucesiones de oblicuas y verticales paralelas, espigados, quebradas y aspas en las Erijuelas de San Andrés, Cuéllar, donde se alcanzan motivos complejos entre las incisiones bruñidas, en disposiciones y vasos muy similares a los nuestros (Barrio, 1988, tabla II y 377-378). En sus comentarios, Barrio Martín hecha en falta un conocimiento profundo de las facies «Soto», que definiría el Hierro I del Duero Medio. Por ello y por su constatación en otros yacimientos prerromanos como Palenzuela, Roa o Castrojeriz I, Numancia o Miraveche (Castro, 1971; Abásolo et alii, 1983, figs. 45 y 46; Wattenberg, 1963,

tabla II y fig. 10), no queda más remedio que remontar hasta el Hierro I y Bronce Final del Nordeste, con los paralelos de El Roquizal del Rullo, El Redal, Castillo de Henayo, Cortes de Navarra, El Castillar de Lodosa, San Miguel de Arnedo y demás yacimientos alaveses, navarros y riojanos (Ruiz Zapatero, 1979; Blasco Bosqued, 1973 y 1974; Castiella, 1977; Maluquer, 1954 y 1958, Llanos et alii, 1975, etc.). Pero el mejor y más cercano se documenta en el yacimiento del Cerro de San Antonio, Madrid (Blasco, Lucas y Alonso, 1991, 116-121, 149).

Sin embargo no podemos afirmar que estas relaciones sean únicas, ni siquiera que tengan un sentido de procedencia, habida cuenta de la existencia de otras zonas peninsulares con las que las tradiciones ornamentales son igual de claras.

Es aquí donde los triángulos y abanicos nordoccidentales tienen un desarrollo comparable a lo documentado en Capote, donde además su asociación a círculos demuestra el seguimiento de patrones comunes. Estas composiciones tienen un momento de esplendor a partir del siglo IV a. C. (Ferreira de Almeida, 1974, 185-188), aunque su presencia en el Noroeste parece retrasarse a los siglos anteriores. Esta es la tesis planteada por Esparza (1983/1984, 142) y no parece gratuita la combinación de estampillados ornitomorfos —creídos intrusivos— junto con motivos incisos de triángulos rellenos de paralelas, quebradas, rombos, «dientes de lobo» o cuadrados cuarteados en aspa, en los siglos VII-VI a. C. del castro de Baiões, en la Beira Alta, considerados como específicos del «Bronce Final Atlántico» (Silva, 1978; Savory, Coffyn, 1983). Si el origen de esta tradición nordoccidental está en los componentes meseteños derivados de la llamada tradición de «campos de urnas» del Nordeste (Almagro-Gorbea, 1986) o en las técnicas metalúrgicas de la rica orfebrería atlántica del Bronce Final del Oeste —que desarrolla igual temática— es algo que está por ver.

8. *Pintura*: aplicada a pincel, sobre la vajilla fina oxidada, hecha a torno y con pastas depuradas, ocupa toda la superficie exterior o interior, en colores rojos, bicromos (rojos y negros) y, más escasamente, negros. Algunas de sus formas son ejemplos claros de las producciones turdetanas del Valle del Guadalquivir (Pereira, 1988-1989), como la misma técnica que varía según la calidad de la pigmentación (hay ejemplares con tonos muy diluidos frente a otros densos, que se conservan muy bien).

Desarrolla esquemas de bandas horizontales e incluso algunos motivos en semicírculos concéntricos, flecos y abanicos, decorando gran parte de las vasijas. No es una técnica especialmente abundante (lám. 7).

El dominio de la modalidad bicroma se ha apuntado en algunos yacimientos prerromanos de la Bética (Pellicer, Escacena y Bendala, 1983) como un índice cronológico que debe tenerse en cuenta dado el predominio documentado en el depósito de Capote frente a lo que se constata en Garvão, que es la monocromía.

Por otra parte, unida a este indicio de relativa modernidad (s. III/II a. C.) es interesante apuntar la existencia de vasijas con decoraciones estampilladas combinadas con pintura, especialmente asociadas a las bandas en rojo de las vasijas del depósito portugués. Estas cerámicas se

conocen bien en el Este y Norte de la provincia pacense, quizá, en relación con el «Círculo Valdepeñas» (Rodríguez Díaz, 1989, fig. 9; Vélez y Pérez Avilés, 1987).

Respecto a los tipos, según rasgos formales, tecnológicos y funcionales, se definen siete sistemas principales (I-VII) entre las vasijas hechas a mano, y otros cinco (X-XIV), entre las fabricadas a torno, todos ellos muy numerosos entre los yacimientos alentejano-pacenses (fig. 12).

2.I. CATINO (fig. 12 y lám. 8.1/4): ampliamente conocido en toda la Protohistoria peninsular, tradicionalmente se ha relacionado con las cerámicas prerromanas de la Meseta y en especial con los llamados «campos de urnas tardíos» y sus precedentes de Cataluña y el Ebro (Cerdeño, García Huertas y Paz Escribano, 1981; Palol, 1958, 209; Ruiz Zapatero, 1985; Blasco, 1974; Mohen, 1980, Pl. 40). La sencillez de su forma permite encontrarlo en diferentes ámbitos del Bronce Final meseteño, revalorizándose durante toda la Edad del Hierro del Norte-Centro Peninsular (Blasco, Calle y Sánchez Capilla, 1991, 126-129; forma 9.^a de las cerámicas pulidas de Castiella, 1977, 254-255; III de Hernández Vera, 1982; Barrio Martín, 1988; Almagro Gorbea y Fernández Galiano, 1980; Blasco y Alonso, 1985, 75; Blasco, Calle y Sánchez Capilla, 1988, 163; Sanz Martínez, 1990, 163.22, etc.).

Sin embargo la presencia en Extremadura y en el Alentejo presenta fechas más avanzadas. En Cancho Roano o en Medellín no es característico, pese a las similitudes engañosas con algunos platos «grises» (Maluquer de Motes, 1981, 302; Almagro Gorbea, 1977, 402). En realidad el origen de estos vasos troncocónicos debe relacionarse con los paralelos de la Edad del Hierro mencionada, quizá a través de las Cogotas II, donde cumplieron funciones de tapadera (Cabré, 1930, LXII; Cabré, Cabré de Morán y Molinero, 1951, lám. LXXXII; Maluquer, 1958, 51.1-3; Fernández Gómez, 1986, 859, forma 6) o de las Beiras, donde la cerámica a mano es muy similar (Silva, 1978, 187-196).

Es en la Segunda Edad del Hierro del Suroeste, a partir del siglo V a. C., cuando este tipo se documenta con profusión entre los poblados extremeños y alentejanos: Pedra d'Atalaia -35.a- (Silva, 1978, C2, est. II), Garvão -16.a- (Beirão et alii, 1985, 63), La Pepina -51.b- (Rodríguez y Berrocal, 1988, forma I), Cerro del Castillo en Aroche -55.b- (Pérez Macías, 1987, 65), Villasviejas del Tamuja (Hernández, Rodríguez López y Sánchez, 1989, 89 y 114), etc.

2.II. CUENCO (fig. 12 y lám. 8.5/7): como el anterior, se trata de un tipo de vasija conocida entre las cerámicas «a mano» de los llamados campos de urnas del Nordeste, con precedentes formales y técnicos cercanos en el Roquizal del Rullo y poblados navarros (Ruiz Zapatero, 1979, 271.6 y 7; Castiella, 1977, 249 y 288-289 para Variante IID), pero especialmente en la Meseta (Mena, 1984, 101, 107-108). Así se documentan variantes que muestran la base realizada y tienen, en algunas de sus formas, los bordes rectos e inclinados al exterior. A veces sus estilizadas bases permiten denominarlas «copas» (Mena, 1984, 101.VIII) y tienen importantes representaciones, posteriores y hechas a torno (Wattenberg, 1963, 96-100).

De nuevo en el círculo Cogotas II estas escudillas y cuencos hechos a mano son muy numerosos, pero a diferencia de los de Garvão y Capote, la presencia de bases anilladas o realzadas es bastante escasa (con excepciones como la forma 6 de Sanchorreja): compárese el buen conjunto de estos vasos de la necrópolis de El Raso, o Las Cogotas, con el de Cuéllar (Fernández Gómez, 1986, 859, formas 5, 7, 8, 9; Cabré, 1932; Barrio, 1988, tab. IV, for. VIII; Maluquer de Motes, 1958-b, 51.6).

2.III. VASOS OVOIDES (fig. 12 y lám. 8.13): presentan rasgos formales y técnicas que recuerdan tradiciones mucho más antiguas, conocidas durante la Edad del Bronce (Parreira, 1971-1975; Arnaud, 1979; Parreira und Soares, 1980), así como aparecen documentados en registros de la Primera Edad del Hierro Septentrional (Castiella, 1977, 284-286; Mañanes y Madrazo, 1978, 3.5; Ruiz Zapatero, 1979, 272; Hernández Vera, 1982, formas V y X). Así con asa pequeña lateral y decoración de cordones se localizan en El Castañuelo -8.a- (Del Amo, 1978, 305, 336), donde se les relacionó con las producciones de la Meseta Norte (Fernández Gómez, 1986, 757; García-Soto, 1990, 29.4), aunque recuerdan a ciertas formas definidas en el Bronce Final del Valle Medio del Guadalquivir (López Palomo, 1983, 94-96, 118).

No obstante, no puede negarse que los paralelos y precedentes más claros apuntan a los círculos prerromanos del Nordeste, donde estas tacitas, acordonadas o no, son formas habituales hasta la llegada de la «iberización» (Hernández Vera, 1982, forma VIII; Almagro Gorbea, 1969, sep. LIX).

Pero es durante la Segunda Edad del Hierro Alentejano-Pacense cuando este tipo parece alcanzar un desarrollo especial y característico, en el que las piezas ovoideas se decoran hasta alcanzar barroquismos desconocidos y es base de gran parte de los vasos calados o «quemadores».

Constituye la forma cerámica más característica de Garvão (16.a), *copos ovoideas* idénticos a los de Capote, donde las decoraciones aplicadas y las bases ligeramente destacadas son rasgos principales (Beirão et alii, 1985, 61 y 1987, fig. 5) y se conocen por diferentes yacimientos alentejanos, como la necrópolis de Chaminé -11.a- (Viana e Deus, 1950, fig. 3-4), Pedra d'Atalia (Silva, 1978, c. 2), Mirobriga -27.a- (Soares e Silva, 1979, 161-162), Segovia, 7-5 (Gamito, 1981, 36-38; 1983, 69-71), Pomar I -37.a- (Parreira e Berrocal, 1990).

Estos paralelos, que se documentan desde el siglo VI a. C. en el castro portugués de Segovia -39.a- (con grandes cordones digitados en el borde) hasta el III a. C., de Garvão, Mirobriga o Pedra d'Atalaia (con motivos decorativos más complejos y variados, y tamaños progresivamente menores), nos permiten consolidar fechas entre los siglos IV y III a. C., para desaparecer en el II a. C. (no se está documentado en el nivel 2 del Castrejón de Capote).

2.IV. VASOS EN «S» (fig. 12 y lám. 8.8/12): presentan formas rastreables en precedentes de la Beira-Alta, donde se repiten, con similares decoraciones incisas, puntilladas, impresas y aplicadas en un contexto considerado como del Bronce Final Atlántico, de tipo

Baiões, pese a cierta presencia de cerámica estampillada. Una muestra de C14 (2650±130 BP.) del castro de Baiões parece apuntar una fecha muy temprana para estos materiales que, o bien perduraron en el lugar, o fueron renovados por una posterior reocupación durante la Segunda Edad del Hierro (Silva, 1978, 189-19; Coffyn, 1983, 187). Se localizan vasijas similares, dentro de los estratos de la Edad del Hierro en yacimientos cercanos, como Conimbriga (Alarcão, 1975, 42, núms. 55-57)

Por otra parte, parece clara cierta vinculación con vasitos en «S» decorados con incisiones y apliques, junto con bases que a menudo son polípodas (de tipos y decoraciones documentados en Garvão) localizadas por diversas áreas del Duero central y Alto Ebro, como en las necrópolis de Cuéllar (Segovia), de Palenzuela (Palencia) o en los importantes asentamientos de Lara, El Redal, Numancia, Castrojeriz I o Castillo de Henayo (Barrio Martín, 1988, tabla IV, formas V y IXA, IVB; Martín Valls, 1985, 124, N50-1/2; Abásolo, Ruiz y Pérez, 1983, 295-296; Blasco, 1974, 184, fig. 5.h; Llanos y otros, 1975, tab. XXVI.1-9; Gil y Filloy, 1986, F e 1). También más al Este, en tierras riojanas y navarras vemos una presencia importante de estas copas, que en numerosos casos repiten formas y técnicas idénticas al SO (Castiella, 1977, 258, figs. 209.2-4 y 245, fig. 198.3; Maluquer de Motes, 1954, fig. 26.8).

En general podríamos observar cómo en los yacimientos del Bronce Final e Hierro I del Alto/Medio Ebro hay una tendencia hacia el aumento de la curvatura de inflexión de vasos en «S» o de las carenas de los bitroncocónicos, y hacia su localización en el hombro del vaso, conforme las vasijas son más modernas. Véase esta tendencia en Cortes de Navarra o Castillo de Henayo (Ruiz Zapatero, 1985, figs. 176 y 190).

Según las apreciaciones de los excavadores de Castrojeriz I las cerámicas de este tipo se fecharían en este poblado en momentos coetáneos a Cogotas IIb y la ausencia de estampillados se explicaría por los diferentes desarrollos autónomos de las comarcas de la Meseta Norte (Abásolo, Ruiz y Pérez, 1983, 311). También los vasos de perfil simple en «S» con máxima inflexión en los hombros, son muy numerosos en este área, en cierta medida definida por la vieja calificación de Protoarévaca-vaccea de Federico Wattenberg (1963, 31 y ss., tab. I; Sanz Mínguez, 1990, 163.27, 38).

Contrastan estos tipos con las vasijas similares del círculo cultural de Cogotas II, que suelen responder a tipos generalmente mayores y más toscos, y formas con curvatura máxima en el centro de la altura del vaso, a veces denominadas «de perfil bitroncocónico ondulado» (Cabré, 1930, XLVIII; Cabré, Cabré de Morán y Molinero, 1950, 167, tipo VI; González Tablas, 1989, 119). No ocurre igual con vasos menores llamados de ofrendas o urnas funerarias de tamaño medio, que en Las Cogotas y El Raso presentan formas idénticas a variantes de este tipo del Depósito A (Schütle, 1969, talf. 127; Fernández Gómez, 1986, 856.1, 858.1 y 4.1).

Son yacimientos del Suroeste como Mirobriga de los Célticos, (27.a), Cerro del Castillo en Aroche (55.b), La Pepina (51.b), Serpa (41.a), Pomar 1 (37.a), Garvão (16.a) o Belén (5.a) en los que estos vasos abundan y re-

pitén formas, decoraciones y características idénticas a los del Castrejón de Capote. Para estos recipientes, fabricados a mano, proponemos una cronología entre los siglos V y III a. C.

2.V. VASOS EN «S» CON HOMBRO MARCADO: en las producciones «a mano» del Vertedero de Castrojeriz llama la atención la ausencia total de carenados, fuera de una pieza bitroncocónica (Abásolo y otros, 1983, 296). Sin embargo, los vasitos de carena media y alta u hombros marcados son característicos y bien conocidos, al menos, desde la Primera Edad del Hierro del Ebro y Duero, a veces con sorprendente similitud formal (Llanos et alii, 1975; Castiella, 1976, forma 13.a de las cerámicas pulidas hechas a mano; García-Soto, 1990, 29 fig. 6.3; Ruiz Zapatero, 1979, 271 formas 3 y 4; Blasco, 1974, fig. 5; Castiella, 1977, 235). Por otra parte, son estas tazas y cuencos de carena media o alta, de las formas 13 y 14 de Ruiz Zapatero y I de Castiella, las que más se caracterizan, junto a los bitroncocónicos, por las bandas incisivas, impresas y excisas que tanto recuerdan a los esquemas decorativos de Capote (1979; Llanos, 1972, 81-97). Igual puede decirse respecto a las copas, más estilizadas, del I y II Hierro de Navarra y la Rioja (formas 6 «pulida» y 5 «grosera de Castiella, 1977, 291). En general repetimos el comentario realizado sobre el tipo anterior: progresiva presencia de carenas altas u «hombros marcados» conforme se avanza en las fases cronológicas de poblados como Cortes o Henayo.

Más conocidos, pero siempre singulares, aparecen posteriormente en ambientes celtibéricos, como el importante conjunto de la casa 2 de los Castellares de Herrera de los Navarros, en Zaragoza, o más al sur, en los poblados del Hierro I de la región de Madrid y posteriormente, ya a torno, en las necrópolis de Cuenca y Guadalajara o en el círculo cultural de Cogotas II (Buriño y Sus, 1988, 66; Blasco y otros, 1988, 164.4; Almagro Gorbea, 1969; Mena, 1984, 119, forma VIII-A; Cabré, 1932, LIV.3; Cabré, Cabré de Morán y Molinero, 1950, 168 tipo VI, a torno, de La Osera).

Un grupo de vasos de ofrenda de la Necrópolis de El Raso de Candeleda, Avila, muestra características similares aunque carecen de decoración y presentan un asa anular vertical desde la carena al borde (Fernández Gómez, 1986, 858.2 y 3).

Cronológicamente este tipo desaparece en el siglo II a. C., transformado en cuencos fabricados a torno, lisos, pintados o decorados con pequeñas estampillas y aunque parece tener una vieja tradición que remonta sus precedentes, al menos hasta mediados del siglo VI a. C., su presencia principal debe fecharse entre los siglos IV y III a. C.

2.VI. VASOS PIRIFORMES: A diferencia del tipo anterior estos vasos muestran claras relaciones con formas muy arraigadas en la Prehistoria final del Suroeste, con precedentes bien conocidos a partir del vasito pintado de la necrópolis conquense de Las Madrigueras (Almagro-Gorbea, 1969, LIV). La presencia de estas vasijas piriformes de bases inestables se ha puesto en relación con el Bronce Final y en este sentido apuntan ciertos paralelos apropiados, pero también se localizan

en ambientes contemporáneos tan alejados como el Languedoc Occidental (Guilaine, 1978, 42).

Documentados en El Castañuelo (Del Amo, 1978, lám. IV-30), Cerro Salomón (Blanco, Luzón y Ruiz Mata, 1970, n. 11, 371, etc.) o Cerro Macareno (Pellicer, Escacena y Bendala, 1983, 174, tipo 5), pudieron recoger tradiciones indígenas más antiguas, como parece deducirse de la amplia difusión que esta subvariante muestra entre el llamado «Horizonte indígena de Alhonor» del Bronce Final del Guadalquivir (López Palomo, 1983, 92-94) o entre las posteriores y algo diferentes urnas exhumadas en Medellín o Setefilla (Almagro Gorbea, 1977, 400; Aubet, 1981).

Pero estos precedentes sólo tienen un reflejo cercano a estas vasijas que presentan una forma nueva en la Segunda Edad del Hierro del Alentejo y Extremadura, con cronología, según el Castañuelo y Capote, de los siglos V y IV a. C.

2.VII. VASOS TRONCOCONICOS: típica forma de la Edad del Hierro del Nordeste de la Península, la encontramos presente en la mayoría de sus yacimientos durante los siglos previos a la «iberización» (Maluquer de Motes, 1958-a, 139 y ss.; Hernández Vera, 1982, forma IX a y b; Mena, 1984, 98, forma VII-2A; Ruiz Zapatero, 1979 y 1985; Castiella, 1977, for. 8 y 13).

Tal como ocurría en el tipo III, llama la atención la similitud en forma y decoraciones de ciertas variantes de este tipo con las urnas más conocidas de la necrópolis gerundense de Agullana III (Palol, 1958, tipo la y c, 33). Este dato, junto a la identidad de ciertos vasitos miniatura o «jarritos de ofrendas» (núms. 32-33, 81), no puede sobrevalorarse, conocida la distancia geográfica y cronológica que separa ambos conjuntos cerámicos, pero en modo alguno debe olvidarse.

Un nexo geográfico y cronológico más acorde puede rastrearse entre las cerámicas de las Beiras, donde se localizan algunos vasos bitroncocónicos de bordes dentados y cocciones reductoras similares (Alarcão, 1975, 64). No es una forma muy documentada en el sector occidental de la Meseta Norte, donde se conocen bajo la denominación de «vasos bitroncocónicos de perfil ondulado» (Barrio, 1988, 259 y ss.; Fernández Gómez, 1986, 857.8), como tampoco es forma frecuente en la Segunda Edad del Hierro del Suroeste, localizándose en el Depósito A de Capote el conjunto más completo conocido hasta la fecha.

2.X. ESCUDILLA (fig. 12 y láms. 9.1/4, 10.1/2): el sencillo cuenco de cuerpo de casquete esférico es la forma más representada en los depósitos de Capote y Garvão. Por su proliferación y uniformidad podría catalogarse de producción «industrial», en términos protohistóricos, pues concuerdan en fabricación, formas y medidas, y en la presencia de dos agujeros bajo el borde (Beirão et alii, 1985, 65-67).

Igual ocurre en el depósito de materiales descubierto en el nivel II del poblado andaluz de Alhonor (López Palomo, 1981, 105-107), y más allá vemos su proliferación como tapadera de las urnas en necrópolis ibéricas o turdetanas (Pereira Sieso, 1988, forma 16B-D; Blázquez, 1990; Belén, 1982, 276, etc.), y especialmente en las conquenses como Fuente de la Mota, bien fechadas en los siglos IV-III a. C. (Sierra, 1981, 272-282; Mena,

1984, 109, forma I), extremeñas como la del Castro del Castillejo de la Orden (Esteban, Sánchez Abal y Fernández Corrales, 1988), alentejanas —Chaminé 11.a— (Viana y Deus, 1950 y 1955), sin que falten en las abulenses y salmantinas (Fernández Gómez, 1986, 867.7).

Evidentemente se trata de una forma muy simple como para no esperar una amplia difusión sin que ello conlleve certeras relaciones. Sin embargo, la gran similitud entre las piezas de Garvão y Capote, y el papel dominante que ejerce en ambos depósitos, nos permite suponer una función específica, quizás ritual, para estos recipientes, que en el yacimiento portugués fueron considerados como portadores «normalizados» de ofrendas. Es por ello que defendemos una fecha de los siglos IV y III/II a. C. para el uso masivo de estas escudillas en ciertas actividades del mundo prerromano del Sado-Guadiana.

2.XI. CUENCOS CARENADOS (fig. 12 y lám. 9.11/12 y 10.6/7): con numerosas variantes, las formas bien documentadas en la Submeseta Sur (Blasco y Alonso, 1985, 83, formas 6 y 7) reflejan más similitudes con las conocidas en el Suroeste que las procedentes de ambientes turdetanos (Pereira Sieso, 1989, grupo formal 16). Mejores paralelos se encuentran entre las vasijas funerarias del reborde meridional de la Submeseta Norte, tanto en las tierras orientales (Mena, 1984, forma VIII; García Huerta y Antona, 1988, figs. 1.2, 3 y 2.2, 3) como en la occidentales (Cabré, 1932, LIX; Cabré, Cabré de Morán y Molinero, 1950, tipos IV y VI; Fernández Gómez, 1986, 863.4/6).

2.XII. OLLITAS (fig. 12 y lám. 9.6/7 y 10.9): lisas o pintadas en rojo, a bandas, destacan en su variante con asas de cesta conocida en Garvão (16.a), El Castañuelo (8.a), Capote (6.a), Belén (5.a) y Badajoz (4.a). Estas suspensiones se localizan en diversos poblados meridionales de los siglos VI y V a. C., como Cástulo, Colina de los Quemados o Tejada la Vieja, y en el mismo Suroeste, en la necrópolis orientalizante de Fonte Santa, Ourique (Del Amo, 1978, lám. VIII.1; Blázquez et alii, 1979, lám. LII.2; Luzón y Ruiz Mata, 1973; Fernández Jurado, 1987, nivel IVc, fig. LXII.23; Beirão, 1986, fig. 19). Sin embargo, como se ha indicado anteriormente, es en la Meseta Norte donde las asas de cesta son elementos ordinarios entre las cerámicas de la Segunda Edad del Hierro.

2.XIII. URNAS GLOBULARES (fig. 12 y lám. 10.8/10): son vasijas muy conocidas en el Protohistoria peninsular. Se constatan paralelos dentro del mundo turdetano, con ejemplares idénticos en Castellones de Ceal, La Guardia o Cerro Macareno, donde se han fechado en el siglo V (Pellicer, Escacena y Bendala, 1983, 201/núm. 1113), mientras en yacimientos más occidentales se datan en fechas más tardías (Alhonor, Pajar de Artillo) (Pereira Sieso, 1988, 157, forma 6-A.I).

Sin embargo, es en las tierras occidentales de la Península donde las urnas globulares de este tipo alcanzan tanta importancia como para constituirse en la forma indígena más numerosa de los yacimientos prerromanos tardíos y alto-imperiales de gran parte de Portugal y Extremadura.

Tiene una importante presencia en las regiones del Oeste, como se demuestra en los niveles prerromanos

de Conímbriga, donde perdura hasta niveles alto-imperiales (Alarcão, 1975, 50-51, núms. 75-91), en el Raso de Candeleda (Fernández Gómez, 1986, 866.2, A3.23, 862.1), en el importante castro de Cabeço de Vaíamonte —44.a— (Arnaud y Gamito, 1974-1977, fig. 6.4) o entre las tumbas de cremación de Elvas —11.a y 34.a— (Smit Nolen, 1985, 167-168).

En Extremadura se reconoce con frecuencia como urna funeraria en la necrópolis de El Peñascón, localizada en la zona centro-oriental de la provincia de Badajoz (Rodríguez Díaz, 1987/1988, 28), así como en el Cantamento —51.b—.

2.XIV. CONTENEDORES PIRIFORMES (fig. 12): recipientes de tamaño medio, cuya altura oscila entre 0,5 y 1 metro pensamos que, formalmente, están relacionados con las vasijas de formas similares y tamaños menores, pero de las que se diferencian por la fabricación (mayoritariamente realizadas a torno), la decoración (fundamentalmente estampillada) y, naturalmente, en la funcionalidad ordinaria.

Un recipiente publicado por Del Amo, entre los aparecidos en El Castañuelo —8.a— (1978, lám. IV.3), como los numerosos de Cerro Salomón (Blanco, Luzón y Ruiz Mata, 1970, n. 11, 149, 233, 301), podría estar relacionado con nuestros tipos, aunque su forma más alargada y cerrada, responde mejor a los modelos del Bronce Final-Hierro I.

Quizás ciertas vasijas indígenas de almacén de los niveles del Primer Hierro de Cástulo puedan incluirse en este grupo, definidas por sus fabricaciones a mano, coccciones reductoras, acabado grosero, decoraciones plásticas e incisivas y cuellos curvos y cortos (Blázquez y Valiente Maya, 1981, 539, 540, 548, 607, 664, 607, 930, 931, 982, 993, y pp. 215-220).

Más extraño es la presencia de este tipo entre las cerámicas numantinas, que localizamos con el núm. 132, caracterizado por una decoración de pastillas aplicadas e impresiones a ruedecilla con estampillado circular (Wattenberg, 1963, 78.132).

También se localizan variantes derivadas entre las grandes vasijas de almacén de El Raso de Candeleda, con formas ovaladas que acaban en pequeñas bases y son absolutamente idénticas a las que conocemos en Capote, especialmente en el nivel de ocupación siguiente —2^a 1/2 siglo II a. C.— (Fernández Gómez, 1986, 864.B1-43 y C3-38).

VASOS CALADOS O QUEMADORES (láms. 11-12): no forman estos vasos una categoría taxonómica propia, puesto que corresponden formal y técnicamente a producciones comunes y finas, hechas a mano. Tampoco presentan una sola forma o tienen perfiles diferentes respecto a otras vasijas.

Sin embargo, caracterizados por su espectacular decoración fenestrada y por la/s específica/s función/es para las que estaban diseñados, no es difícil señalar que forman uno de los grupos más llamativos de las cerámicas prerromanas del SO.

Dentro de las producciones comunes y finas «a mano» forman un grupo de copas y vasijas pequeñas: vasos troncocónicos profundos, copas semiesféricas, ovoides y de perfil en «S».

Formalmente los quemadores documentados en el Depósito tienen perfiles abiertos y semiabiertos, aunque algunos tipos muestran su tendencia hacia cierto cierre de la boca. Este objetivo se logra bien adoptando formas semicerradas o con un borde especial torcido y proyectado hacia el interior.

En los tres primeros tipos se constatan ejemplares sin asas o con doble asa vertical anular, de secciones circulares o cuadradas, pero no conocemos mamelones u otro sistema de suspensión. Sí podemos constatar la presencia singular de argollas, como la que apareció acoplada a una de las asas del ejemplar más notable de Capote, la pieza núm. 2320.

Asimismo estos vasos se caracterizan por sus bases alzadas (cónicas, cúbicas, polípodas y prismáticas), que en más de un caso adquieren decoraciones especiales, como las excisiones de la mencionada pieza núm. 2320.

La decoración en estos vasos suele ser tan especial como los elementos formales descritos. Hay un claro intento de lograr el «horror vacui», aunque no se manifiesta en todos los recipientes. Algunos ejemplares presentan bandas horizontales, entre calados, con incisiones paralelas oblicuas, grandes estampillados circulares y, en casos más excepcionales, repetición de los esquemas calados en técnica excisa (Capote, 2320, Garvão, láms. 11.1 y 12.3). Otros tipos de calados, menos numerosos, repiten motivos ovalados y circulares, a menudo combinados con triángulos.

Los vasos quemadores comenzaron a conocerse puntualmente en algunos poblados dispersos de la Meseta y Portugal, pero ante la extrañeza de las formas y la facilidad de fractura era frecuente que pasaran inadvertidos, se obviarán o incluso se consideraran como materiales de épocas más antiguas. Vemos vasijas o fragmentos de quemadores entre las cerámicas del castro de Las Cogotas, de la Mesa de Miranda, Avila o de Aguilar de Anguita, Guadalajara (Cabré, 1930, XXXV y LXIII; Cabré, Cabré de Morán y Molinero, 1950, fig. 7.7, 21 y lám. XIX.30; Schüle, 1969, taf. 11.1) o en un magnífico vaso calado del Castelo do Cerro Furado —62.b— (Beleizão, Baixo Alentejo) que fue considerado neolítico por sus primeros investigadores (Ribeiro y Ferreira, 1971).

En las últimas décadas se han localizado vasijas similares de manera aislada en la Meseta Sur: Consuegra, Toledo, Villasviejas del Tamuja y la Coraja, Cáceres o El Raso de Candeleda (Almagro Gorbea, 1976-1978, 145; Hernández, Rodríguez López y Sánchez, 1989, fig. 42.365, 58.640; Rivero de la Higuera, 1974, fig. 7.29; Fernández Gómez, 1986, 306).

Incluso en la zona mediterránea y de influencia ibérica se conocen vasijas que presentan esta peculiaridad, desde piezas aisladas como la hallada en el interesante depósito de Alhonor (Sevilla), al magnífico conjunto de El Amarejo (Albacete) o algunos vasos numantinos. Otros ejemplos se conocen procedentes de Coimbra del Barranco Ancho o de El Cigarralejo (Molina y Nordstrom, 1976, 63-64; Cuadrado, 1987, 71-forma 24).

En Alhonor, entre los cientos de escudillas, se localizó un quemador a torno y decorado con «barniz» tardío ibero-turdetano, que muestra similitudes con alguno de los numerosos quemadores de Garvão al estar decorado con elementos aplicados ornitomorfos (López Palomo, 1981 y 1983-b, 23).

En el Amarejo, los quemadores forman un interesante conjunto por la homogeneidad y las características formales y técnicas que presentan. En forma de tazas con asa, hechos a torno, con pastas depuradas, decoraciones incisas y pintadas y grandes calados que en una sola banda cubren toda la pared del vaso presentan una producción que en nada recuerda, fuera de los calados, a los vasos «a mano» del Suroeste (Broncano y Blánquez, 1985; Broncano, 1989, fig. 116.172, 138.219).

En Numancia, por último, se documentan media docena de vasos de formas cilíndricas con paredes cóncavas, llamados de tipo «carrete» y más cercanos a los tipos de El Amarejo que a los Alentejano-extremeños, y son paralelos válidos del ejemplar de El Raso o de un segundo localizado en el «Vertedero de la Colegiata» de Castrojeriz I (Wattenberg, 1963, tab. XXIX; Abásolo, Ruiz y Pérez, 1983, fig. 47.23).

No cabe duda que los «quemadores» hechos a mano son característicos de los pueblos «célticos» del Suroeste. La concentración de sus ejemplares en poblados alentejanos y pacenses así lo confirman, hasta el punto que una gran mayoría de las excavaciones recientes presentan fragmentos de estos vasos calados. Pero además estas vasijas occidentales tienen rasgos fundamentales que las diferencian con claridad de las conocidas en algunos de los poblados peninsulares citados.

Por una parte, los calados se localizan en el cuerpo y sólo ocasionalmente aparecen también en la base. Este rasgo, que se confirma en Las Cogotas o Aguilar de Anguita, contrasta con el importante conjunto de vasos polípodas de Cuéllar, que aún se realizan a mano (Barrio, 1988, 381).

Por otra, no se constata la manufactura con torno, característica de los vasos ibero-turdetanos, donde además los calados afectan tanto al cuerpo —El Amarejo— como a estilizadas bases —El Cigarralejo, fechado en el siglo IV a. C. (Cuadrado, 1987, 71, sep. 96). Este rasgo tiene paralelos ultrapirenaicos que arrancan desde el mismo Bronce Final y se proyectan por la Primera Edad del Hierro. Así los conocemos entre las copas de Mont-de-Marsan, en los Landes franceses o entre Golasecca IC, donde se conocen como «calefactores» (Mohen, 1980, 278 y pl. 139.4; Ridgway, 1979, 460).

Por ello es factible individualizar los vasos fenestrados del Occidente meridional, con paralelos en Villasviejas del Tamuja, Las Cogotas o Aguilar de Anguita, frente a las producciones a torno conocidas en El Raso o Numancia.

En el Suroeste están presentes en Monte Fourado (62.b), Cerro del Castillo (55.b), La Pepina (51.b), Cabeço de Vaíamonte (44.a), Serpa (41.a), Badajoz (4.a), Azougada (3.a), Atafona (1.a), y, por supuesto, en los depósitos de Garvão (16.a) y Capote (6.a), donde se localizan los más completos y ricos conjuntos. En el Castillo de Serpa, entre fragmentos idénticos a los de Capote y Garvão, se localiza un tipo de quemador (núm. 11) que recuerda a los conocidos en El Amarejo.

La fabricación de estos vasos es a mano y las pastas comparadas entre las piezas de Capote y Garvão denotan unas diferencias que son achacables a la arcilla de cada lugar. Son por tanto producciones locales que, sin embargo, reflejan una gran homogeneidad en cuanto a formas y decoraciones. Patrones morfológicos, funcio-

nales y ornamentales comunes estaban muy presentes en las manos de los fabricantes y en las tradiciones más profundas de estos pueblos. La prueba más correcta está en la comparación de los tipos más complejos. No fue el azar la causa que propició vasos tan parecidos como el de Castelo de Monte Furado, Cerro del Castillo de Aroche, Garvão (pieza núm. 23) y el ejemplar núm. 2320 de Capote.

Otro rasgo que destaca en estos vasos es la complejidad de sus bases. Las que llamamos prismáticas tienen cierta representación entre los vasos calados de Garvão (núms. 23 y 24, así como GII-V 221, GII-V 170, GII 392 o GII-V 177, inéditos), Capote y el Cantamento de la Pepina.

En el castro cacereño de Villasviejas del Tamuja aparece una base polípoda como la del Depósito A junto a otra cúbica y fenestrada (Hernández, Rodríguez López y Sánchez, 1989, fig. 58.639/640). Es un dato significativo porque son los únicos ejemplares de este tipo entre un número muy considerable de piezas cerámicas. Pero en la necrópolis de las Erijuelas de San Andrés de Cuéllar, al Norte de Segovia, los calados aparecen como decoraciones en los mismos pies, anchos y altos, de copas polípodas no fenestradas (Barrio Martín, 1988, 381-382). Es por ello, como se indicó al tratar esta técnica decorativa, que el calado define funcionalmente a ciertos vasos, pero también los decora, como hace con otros, que presumiblemente pudieran estar relacionados de forma indirecta con esta funcionalidad específica.

Desconocemos su naturaleza. Se ha supuesto, por comparaciones etnográficas y por la forma especial de sus paredes, que funcionaban como quemadores o calefactores. Pero del medio centenar de vasijas o pies completos que hemos analizado, entre las piezas de La Pepina, Capote y Garvão, sólo un ejemplar de este último yacimiento presentaba huellas evidentes de haber contenido fuego en su interior (GII-V 177).

No obstante pudieran haber servido para quemar sustancias muy volátiles, a modo de incensarios, que desprendiesen mucho humo y aroma, y dejaran pocos residuos. En este contexto resulta interesante valorar el hallazgo de un vasito del Depósito A de Capote, que contuvo estigmas de azafrán y se localizó sobre la misma mesa-«altar». Probablemente en esta actividad, cuyo grado de cotidianeidad es difícil de definir por el momento, se veía auxiliada por la cobertura del vaso con una tapadera. Tienen así explicación las numerosas tapaderas cónicas documentadas en Garvão, a menudo con la textura, fabricación y decoración (incisa y plástica, sobre sus mamelones centrales) de los mismos quemadores, e incluso ciertas formas de éstos mismos que parecen abogar por su utilización como tales «tapaderas», es decir, en posición inversa a la supuesta base.

Cronológicamente estos vasos calados, fabricados a mano, se fechan en Garvão en el siglo III a. C., aunque remontables en su fabricación al siglo IV coincidiendo con los contextos de los hallados en Cáceres, en la Mesa de Miranda o en el Cantamento. Con anterioridad se datan las dos bases prismáticas de Cástulo (siglos VII-VI a. C.), con las que pudiera haber cierta relación, aunque estos vasos no pueden considerarse «quemadores». Tampoco lo son los procedentes de Cuéllar, donde las

dataciones sí coinciden con las del Suroeste. Por último en el Amarejo y en Alhonor se proponen fechas similares que serían algo más tardías las extrapolables para Numancia.

TAPADERAS: el conjunto más significativo de tales piezas, específicamente realizadas para cubrir las vasijas, procede del depósito de Garvão. Muestra formas cónicas, prominentes asas centrales (a veces con forma de doble paloma) y decoraciones inciso-impresas.

No proliferan en otros yacimientos porque, siguiendo la costumbre más frecuente, escudillas y catinos debieron ser usados para tal fin. De las primeras ya hemos hablado, en relación a la frecuencia con que aparecen cubriendo urnas funerarias. Lo mismo ocurre con los vasos troncocónicos, los cuales en necrópolis como La Osera tienen la exclusividad en cuanto a su función como tapaderas. Incluso la frecuencia de pies destacados y realzados observable en estas formas «a mano» nos hace plantear que fuese debido, en parte, a facilitar esta doble funcionalidad de vasija y tapadera.

c) LA FASE III o TARDIA

La *FASE TARDIA* oscilaría desde la primera mitad del siglo II a. C. al cambio con el primero. Se caracteriza básicamente por la práctica desaparición de las cerámicas a mano, reducidas a porcentajes mínimos ya desde los momentos finales anteriores, y la masiva reutilización del torno (fig. 13).

Las formas y cocciones son generalmente regulares y reiteradas, tanto en las vasijas oxidantes como en las más características, reductoras. Estas muestran pastas negras muy bien depuradas, aunque micosas y con acabados pulidos o bruñidos. Sus formas, en cierto sentido, retoman las tradiciones orientalizantes que nunca desaparecieron pero que estaban en claro receso. Así vemos proliferar urnas globulares de cuellos rectos y bordes doblados al exterior, junto a numerosos platos «grises» y cuencos con diversos grados de profundidad, entre los que no faltan las imitaciones de tipo «campaniense» (fig. 16).

Sus decoraciones son básicamente estampilladas, aunque no son escasas las pequeñas impresiones e incisiones, generalmente unguiladas. Se trata de un tipo de estampilla claramente distinta de la que prolifera en la fase anterior, puesto que no sólo cambia en tamaño, reduciéndose, sino que aparece más estilizada, en forma de reticulados, palmetas o rosetas (fig. 14.II, V y VI). Estas cerámicas están acompañadas de vasijas oxidadas similares a las conocidas en la Submeseta Sur y el valle del Guadalquivir, aunque pocas en decoraciones que, cuando aparecen, repiten bandas en rojo vinoso. De forma puntual documentamos otros tipos relacionables con los ámbitos mediterráneos, junto a las primeras producciones afines a las campanienses, ánforas y lucernas romano republicanas y neopúnicas.

En un intento inicial de aproximación a los principales o más característicos grupos morfológicos de la Comarca se han distinguido las siguientes formas, de las que se encuentran gran número de variantes (fig. 13).

3.1. Escudilla o cuenco de borde semicircular, cuerpo de casquete esférico y base anular ligeramente cóncava por el interior o sencillamente apuntada y de solero plano. Se trata de una producción que mantiene tradiciones ya señaladas (2.X). No obstante, frente a las homogéneas producciones oxidantes de los depósitos votivos y de las necrópolis de la fase 2, ahora suelen aparecer indistintamente como reductoras en negro u oxidantes, y aunque parece que siguen asociadas a las urnas de Chaminé (11.a) incluso hasta época romana, no se conocen asociaciones específicas durante este período.

3.2. Plato o cuenco de borde con labio semicircular o plano horizontal, cuerpo troncocónico y pie anular o indicado. Son piezas más escasas, que siguen en torno la extendida forma de los platos a mano, pero que se documentan en las dos fases de Los Castillejos 2 (9.a), Capote (6.a), Chaminé (11.a), etc.

3.3. Cuenco de cuerpo semiesférico y borde entrante, con base anular ligeramente destacada. Representa una variante de los tipos anteriores, que es más abundante en su forma curva que recta. Su éxito se debe sin duda a ser imitación o derivado de las páteras «campanieses» Lamboglia 21, 24-27, tal como se observa en Chibanes (13.a).

Otras variantes de las mismas piezas son las resultantes de conjugar bordes ligeramente engrosados al interior o apuntados con paredes de cuerpos curvos o rectos y bases anulares, apuntadas o planas. Algunos ejemplares, con el borde curvo al interior se aproximan a la forma 2 del Pajar de Artillo, que Luzón consideró como lucerna (1973, 37-39).

3.4. Platos de borde recto horizontal o inclinado al exterior, labio redondeado o plano vertical y cuerpo semiesférico (con o sin suave carena), con pie anular cóncavo o ligeramente apuntado. Se trata de una forma ampliamente documentada en estos momentos tardíos, que se conoce en el Cantamento de la Pepina (51.b), Alcácer (38.a), Castrejón de Capote (6.a), etc., dentro de las cerámicas «grises». Parece derivar de viejas a producciones mediterráneas, como los platos de barniz rojo fenicio (Ruiz Mata, 1986, 84-5) o a formas del Bronce Final del Suroeste (Savory, 1961, 354).

3.5. Cazuelas o grandes cuencos de cuello estrangulado, borde al exterior de desigual desarrollo, cuerpo semiesférico y pie ligeramente apuntado, plano o cóncavo. Son, por lo general, grandes recipientes multifuncionales que están muy bien estudiados en el yacimiento de el Carambolo por Pellicer, Escacena y Bendala (1983, 93) con una cronología desde el siglo VI a la romanización, por todo el Sur Peninsular. Sus pautas de evolución han servido para fecharlos en Nertóbriga a partir del siglo III a. C., así como en el Cantamento, Los Castillejos (W'3) y Garvão, entre otros.

3.6. Cuencos o vasos de perfil acampanado, o cuerpo globular, y cuello destacado mediante una línea de ruptura al interior, y ligeramente exvasado en el borde. Es una forma poco documentada, que se limita a algunos ejemplares de cerámica oxidada y gris de buena cocción procedentes del Cantamento de la Pepina

(51.a), Capote (6.a), Belén (5.a). En estos yacimientos se conocen en pastas anaranjadas y decoradas con bandas de pintura rojo vinosa, y grises lisas o con impresiones puntilladas. Se localizaron en escaso número en Los Castillejos 2 (A'3) y La Martela (Eje 3).

3.7. Ollas bajas y anchas, de tipología ibérica, con pie plano, cuerpo oblongo, cuello corto y borde exvasado. Debieron ser usadas como urnas funerarias en la necrópolis del Cantamento de la Pepina (51.a), donde se han localizado dos ejemplares profusamente decorados con bandas en pintura bicroma y motivos de semicírculos concéntricos y onduladas verticales.

3.8. Vaso de borde exvasado, ligeramente vuelto con cuello levemente estrangulado, cuerpo ovoide y alargado y base plana o indicada. Se trata de una forma no muy numerosa, en cerámica oxidada y con bandas monocromas en rojo. Sus perfiles y características remiten directamente a ciertos precedentes del Guadalquivir Oriental que tienen una perduración tardía occidental, como se demuestra por su aparición en Alhonor, Sevilla (López Palomo, 1981; Pereira Sieso, 1988, 155, tipo 5, B-I). En el Sado-Guadiana la localizamos en algunos de los yacimientos meridionales del interior, como el Cantamento (51.a).

3.9. Urna de cuerpo acampanado en «S», cuello y borde destacado ligeramente exvasado y labio redondeado. Pie plano o ligeramente cóncavo. A veces separa el cuello del cuerpo mediante una ligera carena, resalte o acanaladura.

A diferencia del tipo anterior, estas piezas aparecen en cocciones oxidantes, alternas y reductoras, decoradas con pequeñas y medianas estampillas de tipo poligonal, y se conocen con cierta profusión debida, sin duda, a ser productos de larga tradición local (2.XIV). Se documentan en ambas fases de Los Castillejos 2 (9.a), La Martela (24.a), Capote (6.a), La Pepina (51.a), etc.

3.10. Urnas de cuerpo globular, ligeramente bitroncocónico o acampanado, repie apuntado y base plana, cuello más o menos vertical y destacado, con tendencia saliente al exterior y borde recto horizontal (o inclinado) exvasado y acabado en labio redondeado o plano.

De nuevo suele mostrar una pequeña carena, acanaladura o un cordón poco sobresaliente marca el paso del cuerpo al cuello. Esta forma es la más representada en los yacimientos protohistóricos del Sado-Guadiana, siempre con numerosas pequeñas variantes morfológicas y de cocción, pues se conocen tanto en «grises» como en oxidadas y decoradas con estampillas, puntillados y resaltes inciso-ungulados, entre las primeras y pintadas a bandas rojo vinosas, entre las segundas.

En Badajoz (4.a), Belén (5.a), Capote (6.a), Los Castillejos 2 (9.a), Herdade de Chaminé (11.a), La Martela (24.a), el Cantamento de la Pepina (51.), etc., se ha documentado esta forma de manera prolongada hasta alcanzar la romanización.

3.11. Urna de cuerpo globular con cuello curvo y destacado al exterior, borde exvasado acabado en labio redondeado y apuntado, y base plana. Variante grosera del anterior, se documenta profusamente en todos los

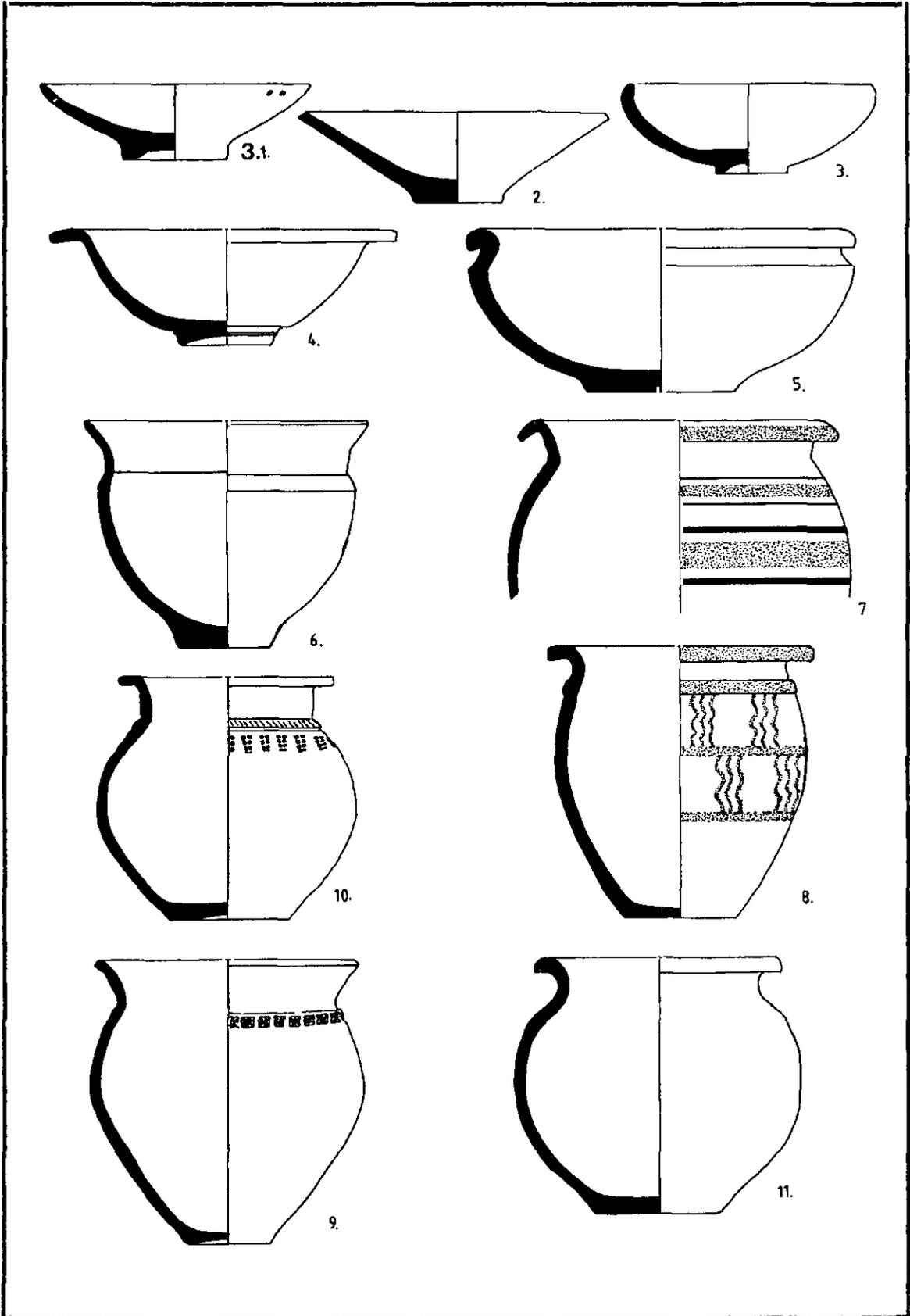


Fig. 13.—Formas principales de las vasijas prerromanas «tardías», siglo II a. C., Fase Tardía.

yacimientos de esta época, siendo el cuello más corto y pronunciado en épocas cercanas a la Romanización, por lo que observamos en Pedrão (35.a), Nertóbriga (31.a) y el Cantamento de la Pepina (51.a), y por su parecido con ciertas cerámicas comunes romanas (Ollas de borde vuelto hacia fuera tipos Lacipo 1 en Puertas Tricas, 1982 y Vegas, 1973).

En esta fase se observa como queda fuertemente definida la dicotomía técnica entre las producciones «a torno» realizadas con cocciones reductoras y las oxidadas:

a) Grises: Las cerámicas a torno reductoras se han equiparado comunemente con el mundo de las llamadas «grises occidentales».

Se caracterizan por una pasta depurada o con desgrasantes finos (de los que resaltan los micáceos), por la cocción reductora de tonos negros y grises, un acabado superficial alisado, pulido o bruñido y unas paredes de grosor pequeño.

Sus formas remiten a recipientes abiertos y cerrados, pequeños y de tamaños medios: urnas de perfil globular y borde exvasado de sección cuadrangular, tipo 3.10; vasos y urnas de perfil en «S» o acampanado, de borde ligeramente vuelto al exterior, tipo 3.6 y 9; cuencos/platos semiesféricos de bordes rectos y destacados al exterior, cuerpo curvo o carenado y base cóncava con umbo, tipo 3.4 y páteras carenadas a media altura (3.5).

Son producciones de larga tradición en el SO. donde habían alcanzado su auge entre los siglos VIII y V a. C. (Belén, 1976, 353 y ss.; Almagro Gorbea, 1977, 462 y ss.; Lorrio, 1988-1989; Pellicer, 1979-1981), tal como se documenta en Alcácer do Sal (38.a), Capote (6.a), la Martela (24.a), Los Castillejos 2 (9.a), El Cantamento (51.b) y Belén (4.a).

Sus decoraciones suelen ser estampilladas, con motivos dispuestos en una o más bandas horizontales a la altura del hombro. En ocasiones van acompañados de resaltes, unglados o inciso punzados, que marcan el inicio del cuello y entre sus motivos destacan los «escutiformes» rectangulares o triangulares, reticulados así como los círculos, concéntricos o no, aspás o «cruces de San Andrés» y algunas esvásticas, triángulos, reticulados o rellenos de paralelas, confrontados o no, meandros, ovas, espirales, (fig. 14). Se conocen tipos de «palmetas» en Nertóbriga (31.a), Capote (6.a), Martela (24.a), Vaia-monte (44.a), Veiros (46.a), Pepina (51.a), etc.

Otro conjunto de decoraciones propias de estas cerámicas «grises» o negras son las impresiones a peine y ruedecilla, formando guirnaldas y motivos radiados. Tanto unas como otras se fechan durante todo este período aunque el uso de la ruedecilla es un resultado más escaso y tardío que la impresión a peine, propia de la fase siguiente.

b) Oxidadas: Son de pastas depuradas, buena cocción oxidante, tonos rojizos y anaranjados, y tratamiento superficial que en ocasiones presenta engobado. Poseen formas muy variadas, aunque se engloban en las abiertas y cerradas de diferente tamaño (vasijas globulares y ollas, platos y cuencos) desarrolladas con anterioridad. Vasos globulares de cuello desarrollado; vasos abiertos, de perfil en «S» y tulipiforme; platos y cuencos de todos los tamaños, etc.

Nuevamente son materiales que se documentan en el

Mediodía Peninsular en los siglos anteriores y coetáneos a la presencia romana, sin que presenten claras divergencias cronológicas.

Dentro de este grupo de oxidadas, hemos de referirnos a un pequeño conjunto de materiales pintados con colores rojo vinosos y en algunos casos, negros. Son recipientes globulares, de paredes altas, que responden a modelos «ibéricos» denominados «ollas», «kalathoi», etc., frecuentemente usados como urnas funerarias (Aranegui y Plá, 1981; Pereira Sieso, 1988 y 1989), con pastas anaranjadas y rojizas, depuradas, cocciones oxidantes y alisado o espatulado superficial, tipos 3.7 y 8. Los motivos son, predominantemente, bandas más o menos anchas y paralelas monocromas en rojo, o negro. Sin embargo, hemos de citar algunos motivos de onduladas verticales y semicírculos concéntricos, al estilo de la fase anterior, pero con una presencia y complejidad menguante.

Es en esta fase de revitalización en los contactos con otras regiones peninsulares cuando cobra cierta importancia la presencia de grandes vasijas de almacén, realizadas a partir de los modelos anfóricos ibero-púnicos (fig. 15). Son contenedores de tamaño considerable en el que se han modificado, para hacerlos más eficaces en tierra firme, las bases que presentan paredes troncocónicas y suelos planos. Sus texturas y cocciones no son, sin embargo, equiparables a sus prototipos mediterráneos, dado que muestran gran fragilidad y una cochura irregular, o alterna, que no consigue buenas oxidaciones. Por otra parte, como demuestra la Etnografía, estas vasijas no se realizaban, por su tamaño, totalmente a torno, sino que la base y parte del cuerpo eran modelados a mano o sobre una sencilla platija, para adosarse después a la boca y parte superior a torno, lo que facilita la fragilidad del producto.

Las vasijas de almacén son grandes y regulares recipientes de largo cuerpo globular y base troncocónica de fondo plano, con dos asas anulares sobre el arranque del corto y poco destacado cuello y borde más o menos saliente; de cocciones alternas y oxidantes, pastas ocre, desgrasantes gruesos y superficies alisadas (fig. 15, lám. 13). No suelen tener decoración, fuera de algún engobe de color vinoso y por sus frágiles pastas suelen hallarse muy fragmentadas. No obstante, sus perfiles completos se han documentado en Capote.

De los diferentes ejemplares completos y de los bordes que se conocen en prácticamente la totalidad de los poblados en estudio, diferenciamos:

3.12. Labio semioval, borde grueso muy exvasado y vuelto, cuello corto invasado, panza globular con asa anular vertical y base plana. Es el tipo más abundante en Capote. Se trata de una forma local, derivada de las ánforas feno-púnicas del siglo VI y V, fechadas en Cerro Macareno XV (Pellicer et alii, 1983, 85).

Las diferencias respecto a estos modelos se explica por ser productos locales, fechados posiblemente varios siglos después y en los que las bases cónicas se transforman en planas.

3.13. Labio plano de tendencia trapezoidal, borde grueso, cuello vertical apenas destacado, panza globular y

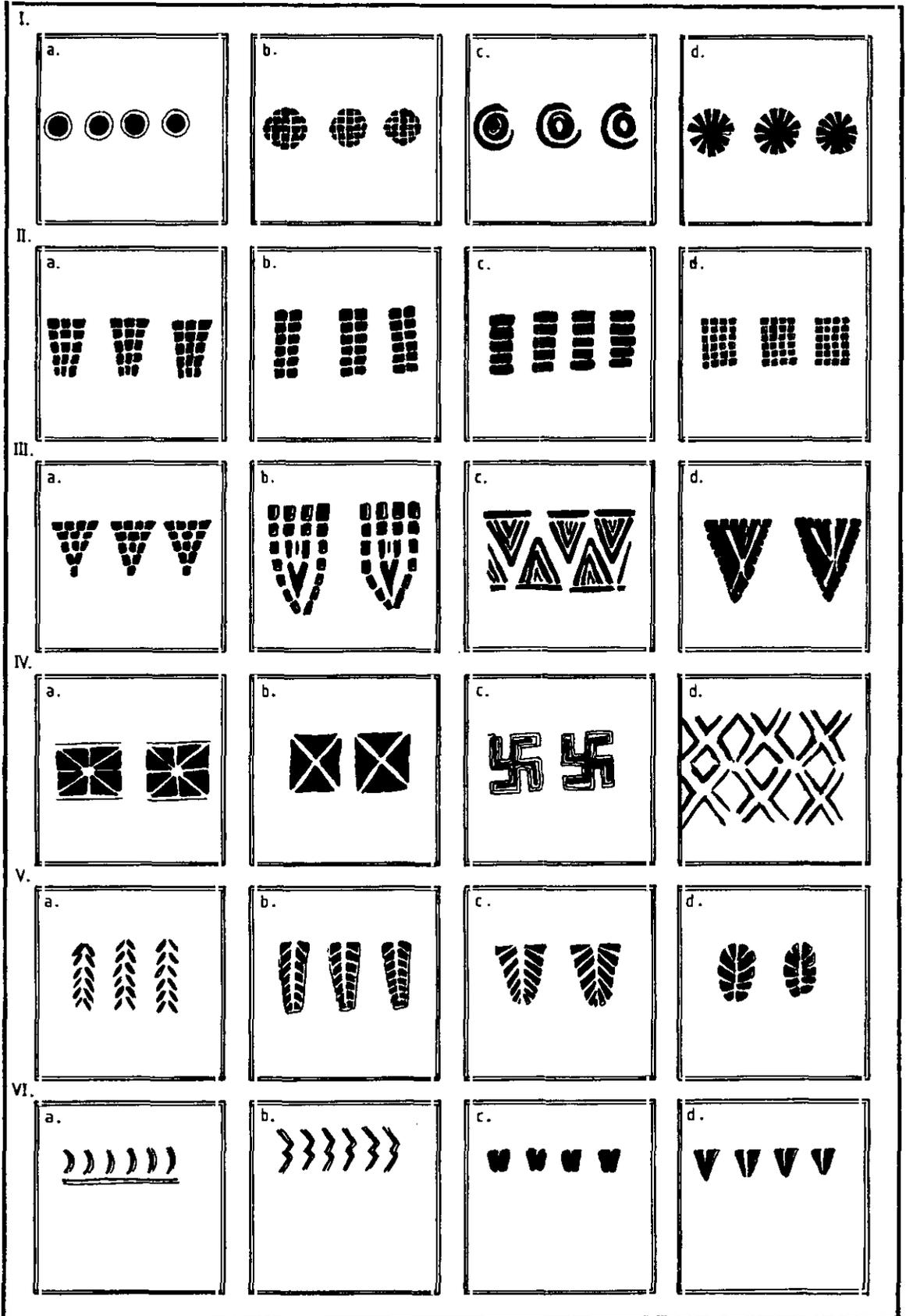


Fig. 14.—Muestra de motivos estampillados en las cerámicas de la Fase Tardía (s. II a. C.).

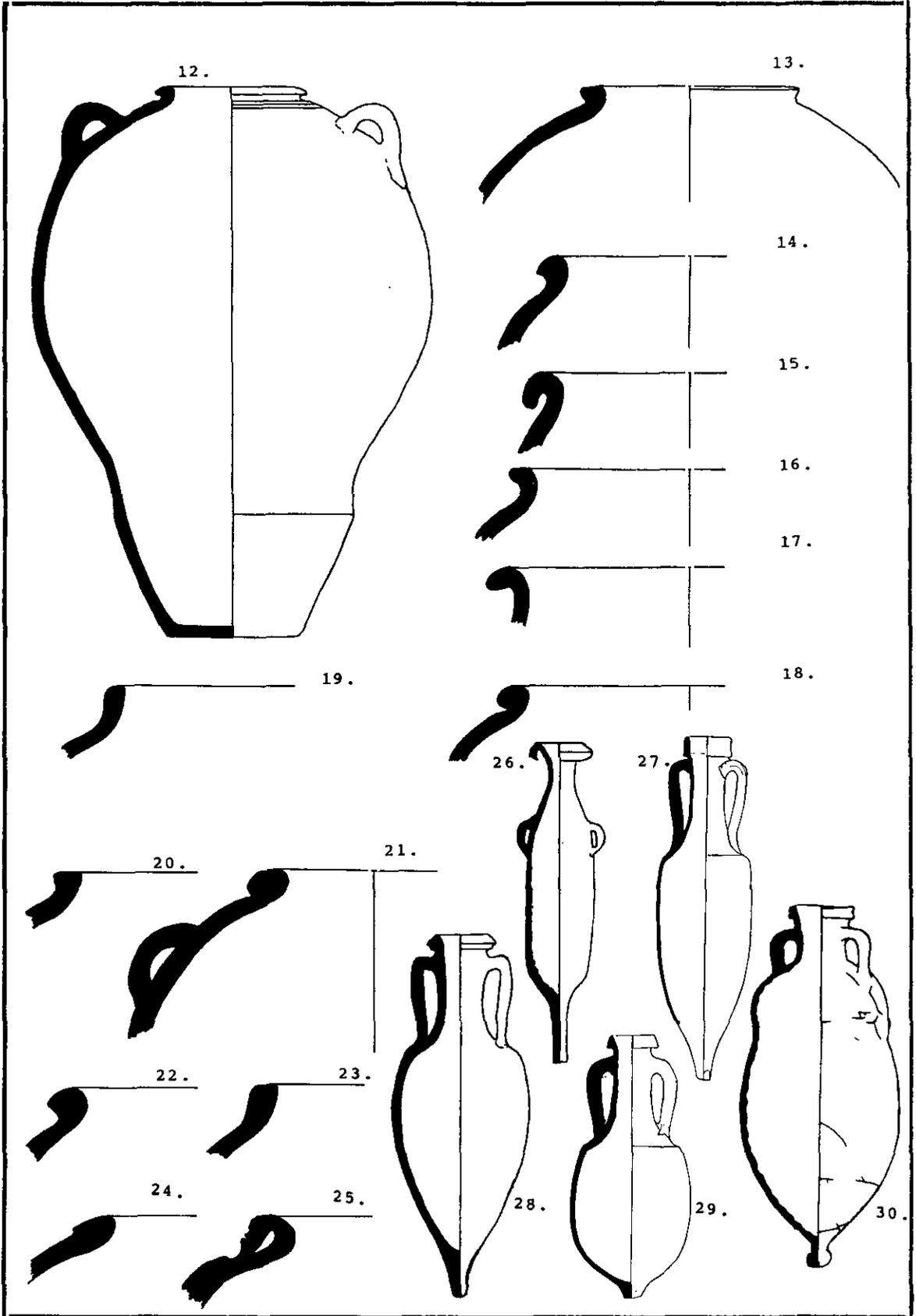


Fig. 15.—Tipos de vasijas de almacén (12/19), ánforas ibero-púnicas (20/25), greco-latinas y neopúnicas (26/30).

base plana. Responde también a prototipos de ánforas fenopúnicas fechadas desde los siglos VI al IV a. C., con escasa evolución en los bordes. Es otro importante grupo documentado en Los Castillejos 2 (9.a), Martela (24.a), Nertóbriga (31.a) y Degebe (61.b), entre otros yacimientos.

3.14. Labio semicircular apuntado, borde exvasado, vuelto y cuello destacado. Se documenta en el corte E'3 de Los Castillejos 2 (9.a).

3.15. Labio redondeado, borde y cuello curvo vuelto de tipo «bastón». Se documenta asimismo en Los Castillejos 2 (9.a), La Martela (24.a) y Nertóbriga (31.a).

3.16. Labio semicircular, borde exvasado en ángulo agudo y cuello invasado. Es una forma evolucionada y tardía.

3.17. Labio semicircular, borde exvasado en ángulo obtuso y cuello exvasado. El desarrollo del cuello diferencia este tipo, poco documentado en otros lugares pero que se puede considerar parejo al anterior y posiblemente bajo los influjos de las ánforas helenísticas.

3.18. Labio semicircular, borde ligeramente exvasado, cuello con ligero desarrollo, cuerpo globular y base plana.

Se trata de una forma con larga tradición local, bien conocida en las dos fases de Los Castillejos 2 (9.a), en La Martela (24.a), Cantamento de la Pepina (51.b), Cerro del Castillo de Bienvenida (56.b) y Capote (6.a).

3.19. Labio recto, borde exvasado en ángulo más o menos recto, cuello de escaso desarrollo y cuerpo globular. Es un modelo documentado ampliamente en Los Castillejos 2 (9.a), Fases I y II, Capote (6.a) y La Pepina (51.b).

En general las variantes a estos bordes son muy numerosas y prolongadas por lo que poseen poco valor cronológico, aunque tenemos un espléndido paralelo coetáneo en los vasos de provisiones del poblado de El Raso de Candeleda (Fernández Gómez, 1986, 864-865, B1.38-43). Como en este yacimiento abulense, sus decoraciones escasean, con algún ribete en torno al cuello (Conjunto I Capote) u ondas trazadas a peine (Los Castillejos 2, fase I). Un caso excepcional lo presentan cuatro ejemplares de Capote, con el nombre *ABLONIOS* inciso en fresco sobre el hombro (lám. 13.2).

Las ánforas, excepto en algunos puntos singulares como Odemira (102.c), Myrtilis (29.a) o Chibanes (13.a), son relativamente escasas, aunque no dejan de estar representadas. En general siguen las pautas de tales producciones en las fases anteriores, con la conjunción de los ejemplares iberopúnicos y las más tardías ánforas fenicias «de sacos», aunque éstas ahora son masivamente sustituidas por los nuevos esquemas de las neopúnicas y grecoitálicas (fig. 15).

Respecto a las primeras, los pocos ejemplares complejos permiten una corta clasificación que puede ampliarse con la ayuda de las tipologías realizadas por Pellicer para el Cerro Macareno (1978, 365 y ss.), Florido Navarro para el mundo sudibérico (1984, 219 y ss.) y el Carambolo en particular (1985, 487 y ss.), así como obras más generales como las de Ponsich (1974), Benoit (1957), Mañá (1951), Cintas (1950) y Peacock y Williams (1986).

Entre las itálicas destacan los tipos Dressel IC (Clase 5 de Peacock y Williams, 1986), Lamboglia 2 (Clase 2 de Peacock y Williams, 1986) y variantes derivadas de las greco-itálicas, como un ejemplar de Capote (LE-C), cuyo más próximo paralelo se conoce en Cáceres el Viejo (Beltrán, 1976; Ulbert, 1984, 155; Lamboglia, 1952, 264-265). Además, en Chibanes (13.a) y Odemira (102.c) se localizaron pequeños contingentes de ejemplares cartagineses tipo Mañá C-2 (Maia, 1978, 199-207; Coelho-Soares, 1986, 87-92; Pellicer, 1978, tipo I).

Todas las piezas presentan una pasta depurada, de color anaranjado o rosáceo, cocción uniforme y textura compacta que las diferencia claramente de las producciones locales. El acabado superficial es alisado y, en el caso de las greco-itálicas y romanas, presenta un engobado de color claro.

Se registran las siguientes variantes (fig. 15):

3.20. Derivadas de las de borde grueso saliente, muy extendidas por el Mediodía Peninsular, en especial en los ambientes claramente fenicios (Pellicer, 1978, 373-4). Destaca la de borde grueso con tendencia trapezoidal fechada en el Cerro Macareno en el siglo IV a. C. y registrada en Los Castillejos 2 (I'3 fase II) y La Martela (Eje 3).

3.21. Derivadas de las de borde grueso, tendente al exterior y labio circular o semicircular, correspondientes a las formas B y C de las iberopúnicas de Pellicer (1978, 377), con una cronología de los siglos III y IV que perdura hasta la romanización. Están bien documentadas en Los Castillejos 2 (A'3 y E'3, fase II), en La Martela (cortes 1 y 2) y en el Cantamento de la Pepina (51.b).

3.22. Derivadas de las de borde grueso, tendente al exterior y labio escarpado u oval acabado en pico, correspondientes al tipo IV de Florido Navarro (1984, 424), bien conocidas por Andalucía Occidental a partir de los siglos IV y V a. C. y en el SO en las fases 2 de Castillejos y Capote. Son prototipos de la forma 12 de las vasijas de almacén

3.23. Bordes engrosados verticales y realzados, con labio plano, correspondientes al tipo XI de Florido (1984, 428-9), fechadas en Macareno desde el IV al I a. C. (Pellicer et alii, 1983, 88-9). Están documentados en Los Castillejos 2 (fase II) y en La Martela (24.a).

3.24. Borde grueso almendrado, cuello corto invasado, panza globular con asa anular vertical y base plana. De nuevo, son prototipos de las vasijas 3.12, y a su vez derivados de las ánforas fenicias del siglo VI y V, fechadas en el nivel XV de Cerro Macareno (Pellicer et alii, 1983, 85). Se documenta en contextos fechados a fines del siglo II a. C., como el conjunto de Odemira (102.c).

3.25. Borde extremadamente engrosado, formado por el pliegue total del labio curvo sobre el arranque del cuello. Se conforma así un tipo básicamente invasado similar pero más desarrollado que el anterior. Se relaciona con producciones como las anteriores, de finales del II a mediados del I a. C.

3.26. Anfora cartaginesa o neopúnica de tipo Mañá C-2, fechada desde la segunda mitad del siglo II a. C.,

aparece en diversas localidades costeras de la región, como Pedrão (35.a), Salacia (38.a-n.242), Odemira (102.c) o, especialmente, Chibanes (13.a).

3.27. Anfora Dressel 1.C y B, fechadas en el Macareno en el siglo I a. C., aunque tienen una cronología remontable al II (Pellicer, 1978, 391-2). En este contexto las conocemos, en un número cercano a la docena, localizadas en Capote (6.a) y Myrtilis (29.a), ¿Odemira? (102.c) y, puntualmente, en otros yacimientos prerromanos, así como en algunos *castella*.

3.28. Anfora greco-italica, de cuerpo ovoide, alto cuello y borde triangular muy saliente. Corresponde a la forma G de Pellicer y se fecha desde el siglo III en el Macareno (Pellicer, 1978, 391-2). Se trata de una forma con amplia difusión por las Baleares y Costa Levantina pero poco conocida en el Sur Peninsular, donde se fecha desde el III a. C. Macareno y San Pedro (Huelva). Florido la cataloga con el n. XV (1984, 431). Está representada por varios fragmentos de bordes y una pieza completa sin cuello ni asas en Capote.

3.29. Anfora republicana de tipo Lamboglia 2, de perfil con borde triangular, cuello corto y cuerpo ovalado con ligero estrangulamiento central. Se trata de un modelo itálico, cuyo esquema, bien diferente de las Dressel 1, y origen itálico sudoriental ha llevado a suponerlas como contenedores oleolícolas. Suelen aparecer en contextos y fechas similares a estas últimas (Baldacci, 1969, 12-13). Fundamentalmente conforman el depósito de Mértola en compañía de varios ejemplares Dressel IC (Fabião, 1987).

3.30. Anfora republicana de borde y cuello cortos y verticales, cuerpo con ligero estrangulamiento central y mitad inferior ancha que acaba en una base de tipo botón. Se trata de un tipo híbrido entre los tipos Lamboglia 2 y Dressel 1. Se localiza en Capote (6.a) entre los siglos II y I a. C., con datación corroborada en Cáceres el Viejo (Ulbert, 1984, 155).

Además el componente importador queda destacado, en esta fase, por las producciones generalizadas de barniz negro de tipo «campaniense» y sus cerámicas afines que retoman el papel jugado por las vasijas griegas. Ciertamente existe una gran dificultad para distinguir entre lo que se publica como «campaniense» y las verdaderas producciones itálicas, e incluso las llamadas «Pseudocampanienses».

Desde luego las cerámicas de Ischia y del golfo de Nápoles del tipo A media y tardía de Morel (1981) están presentes desde momentos anteriores de algunos yacimientos como Alcácer (38.a), Miróbriga (27.a) o Badajoz (4.a), pero son mucho más escasas que la revisión de la bibliografía pudiera dar a entender en primera instancia. Aunque la importante necrópolis de Mártires (25.a) ha proporcionado los restos más antiguos, con algunos platos de los llamados «precampanienses» producidos en talleres itálicos.

Pero, como Manuela Delgado indicó ya hace años (1971, 403), la presencia de las cerámicas de barniz negro de la fase III tiene unas pautas muy claras en Portugal, y en el Sado-Guadiana en particular: escasas formas representadas en numerosas variantes (es decir, en afines a campanienses).

Así, sus afirmaciones generales siguen siendo válidas en cuanto a que ponen de manifiesto la poco menos que exclusiva presencia de los tipos A y B, y de las imitaciones del B. Hoy, confirmada la práctica ausencia de producciones C (sólo dudosamente localizada en algún yacimiento como Alcácer do Sal, Soares, 1976, 140), podemos afirmar que las imitaciones y cerámicas afines de los tipos B son ciertamente las más abundantes. Así observamos una proliferación de las formas 1 y 5, junto con la 3, entre éstas y, en menor entidad, las imitaciones 5/7 y las 27c, entre las del tipo A, que en general son más escasas y más variadas (24A, 28, 31, 32, 36, 68 y 71). Además las formas B, 2 y 4, suelen aparecer entre las imitaciones más repetidas (fig. 16).

Estas, por otra parte, se conocen a partir del tipo D, ya identificado por Lamboglia (1950, 160), y fueron catalogadas por Delgado con las letras E (pasta beige-rosada), F (pasta amarillenta), G (pasta ocre) y H (pasta ocre-amarillenta), junto con las I (pasta avellanada blanzuca) que considera locales (Delgado, 1971; Alarcão et alii, 1976, 21-22). Unamos a estos grupos una serie de bases y galbos conocidos en Nertóbriga (31.a) y Castrejón de Valencia (58.b) cuyas pastas avellanado-amarillentas contrastan con un «barniz» gris metálico, de no mala calidad, pero con una poco cuidada aplicación. Con paralelos conocidos en otros lugares, como La Bienvenida, han sido fechadas a mediados del siglo I a. C.

Cronológicamente la misma Delgado apuntó cómo las cerámicas de tipo A presentan en el Sado-Guadiana inferior características claramente tardías, que las fechan a partir de mediados del siglo II a. C. (1971, 407). Así se ratificó Soares en un trabajo posterior, con fechas confirmadas, en líneas generales, por el último trabajo de Morel (1976, 141-142; 1981).

De esta forma se observa la presencia de las «campanienses» en dos momentos correlativos: desde mediados del siglo II a. C. hasta el primer cuarto del I a. C., con piezas originales o buenas imitaciones del tipo B, y algunas del A, coinciden con la fase Reciente y, quizá a partir de las guerras sertorianas hasta el último cuarto o finales del siglo I a. C., para las imitaciones de Campaniense A tardía, de la B y de los productos locales masivos.

Los restos aumentan en relación con la colonización republicana de la región: *castella*, fortines y enclaves romanizados (Lousa, Almodôvar, Miróbriga, Nertóbriga, etc.).

d) LA FASE IV o FINAL

Proponemos una datación para la FASE FINAL entre las guerras sertorianas y el cambio de Era.

Se trata de unos momentos peor definidos que los anteriores, aunque tanto las importaciones como los cambios notables en la cerámica indígena sirven para ilustrar unos sucesos que serán definitivos para la transformación sociopolítica de la región. Técnicamente la cerámica indígena mantiene sus pautas reductoras de tonos negros y grises, acabados pulidos o bruñidos y pasta bien depurada, con la presencia de los pequeños componentes micáceos.

Lo que diferencia sus producciones, de formas idénticas a las de la fase Reciente, es la proliferación dominante de las decoraciones a ruedecilla, formando ban-

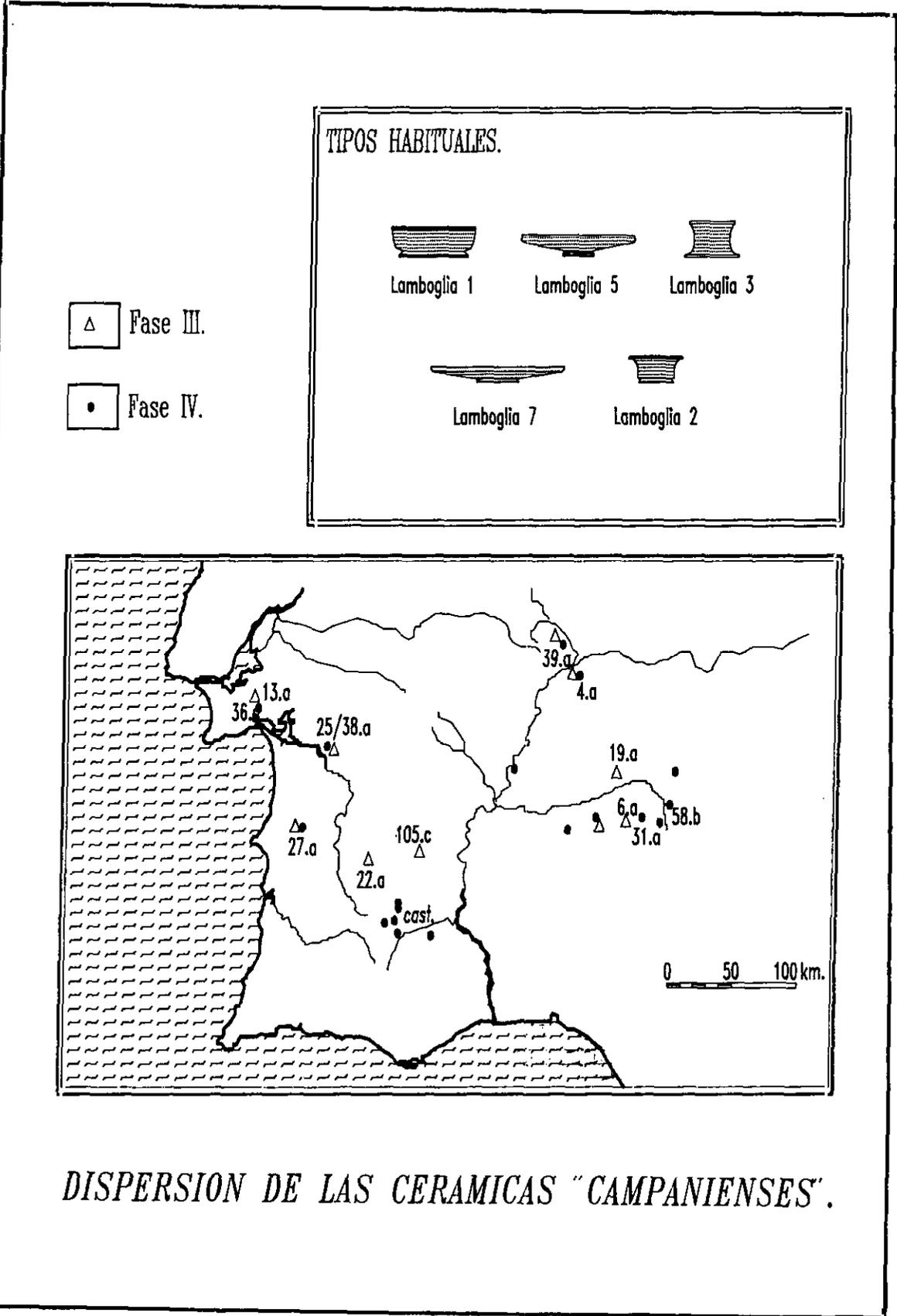


Fig. 16: Hallazgos de cerámicas "campanienses" y afines de Barniz Negro.

das, triángulos y especialmente guirnaldas, junto con motivos similares en bandas bruñidas y nuevas soluciones como la aplicación a lo largo de la banda principal del cuerpo de elementos plásticos de tipo pedúnculos, mameloncillos y espinas, todos ellos bajo la influencia de las cerámicas de Paredes Finas tardo-republicanas (figs. 17, 75, 77).

Estos materiales se localizan en La Martela (24.a), Miróbriga (27.a), Nertóbriga (31.a), el Castejón de Bodonal (53.b), Castillejos de Oliva (54.b), San Pedro (75.b) o San Sixto (76.b) en los siglos I a. y d. C. Pero además aparecen masivamente en algunas de las primeras presencias romanas, como hemos podido comprobar entre los materiales almacenados del Castelo da Lousa (21.a).

Sus decoraciones las relacionamos con procesos similares a las que llegan a los mismos resultados en los poblados septentrionales portugueses y galaicos en épocas precedentes y contemporáneas a la primera presencia romana, que claramente influye con formas y decoraciones de recipientes de «paredes finas» y preitálicas. Así parece deducirse de los ejemplares hallados en los castros de Romariz (Vila da Feira), Fiães, Monte Mozinho o en la misma Conímbriga (Ferreira da Almeida, 1971, 164 y Soeiro, 1981, 100; Alarcão, 1975, 56 y ss.), aunque nuestros antecedentes más inmediatos se localizan en la fase Reciente de castros como Capote (6.a), Martela (24.a) o Vaiamonte (44.a), con estampillados y guirnaldas muy similares a las de Nertóbriga (fig. 17.A/92) y más allá en el tiempo, en ciertos ejemplares del castro de Cogotas y su necrópolis (Cabré, 1932, XLVIII-XLIX y 1930, 51).

FUSAYOLAS Y PESAS DE TELAR

Las fusayolas son objetos característicos y relativamente habituales entre los conjuntos arqueológicos en la Protohistoria Peninsular. Son habituales no por su número, que en raras ocasiones alcanza dimensiones notables, sino por la frecuencia en que, aisladas o en pequeños grupos, aparecen entre las cerámicas, hierros y expolios orgánicos.

Así los reconocemos en todos los asentamientos excavados y en algunos de los prospectados, como el Cantamento (51.b) o San Sixto (76.b). No faltan en poblados como Chibanes (11.a), Pedrão (36.a), Pomar 1 (37.a); en necrópolis como Chaminé (11.a), Herdade das Casas (17.a) o Martires (25.a), e incluso en los primeros *castella* romanos, como el mismo Lousa (21.a).

Sin embargo, en ningún caso aparecen formando grupos con entidad notable y, con excepción de los contextos funerarios, es difícil precisar si cumplieron otra función diferente a la que, supuestamente, responde su diseño.

Afortunadamente, este panorama disperso podemos enriquecerlo con la excepción del Depósito A de Capote, dado que uno de los objetos mejor representado son las llamadas «fusayolas o fusaïolas» (fig. 18, lám. 14) (Berrocal, Ruiz Triviño y Maffiotte, en Berrocal, 1991-b, e.p.).

Tradicionalmente consideradas como pesas de telar, los trabajos de Castro Curel han puesto de relieve su función como pesas de huso. Componentes de su extremo sirven para dar mayor inercia y regularidad al necesario movimiento giratorio que facilita la formación y el enrollado del hilo en torno al eje (Castro, 1980, 127 y ss.).

Pese a una indudable documentación arqueológica que, en especial sobre representaciones sobre cerámicas griegas, muestran el uso de la fusayola individual como peso del huso, con el extremo más estrecho hacia abajo, la utilización de éstas como pesas de telares verticales aún es admitida por una generalidad de arqueólogos. Así se ha entendido en trabajos anteriores, sin tener en cuenta que, una forma tan específica como la de la fusayola, se plantea sólo desde la función de rotar o girar, a modo de peonza moderna (véase la bibliografía recogida en Alfaro Giner, 1984, 59 a 110).

Una de las razones que llevaron a esta interpretación fue la relativa abundancia de apariciones de fusayolas en pequeños grupos, como si fuesen parte de la desmembración de un telar. Igual ocurre con los «pondera» de alzado rectangular o trapezoidal, pese a que uno de los escasos estudios sobre estos hallazgos de conjuntos denuncie una falta de uniformidad en peso y número ilógica para suponerlos pesos de telares (Castro Curel, 1986, 169-186).

El Depósito A presentaba un número de 127 ejemplares, excesivamente alto para ser comparado con los conjuntos antes citados pero similar a los hallados en algunas estancias prerromanas, como la del poblado celtibérico de Los Castellares (Herrera de los Navarros, Zaragoza) y mucho menor al documentado en el edificio de Cancho Roano (De Sus, 1986, 183-203; Maluquer de Motes, 1981 y 1987).

Para su estudio se abordaron, en análisis cuantitativo, todos los elementos y componentes mensurables de estas piezas de las que cerca de la mitad registraban motivos ornamentales.

Todo ello permitió alcanzar conclusiones en las que se pone en duda la función genérica de peso de huso que, para las fusayolas, han dejado claro los estudios de Curel o Alfaro.

Con anterioridad eran escasos los trabajos españoles publicados, en los que las fusayolas fueran tema de estudio exclusivo, como los de Vidal (1952) o Blasco (1968 y 1969). En ellos se relacionaban, por similitud formal, con los topes de los husos artesanales pero no se descartaban otras funciones diferentes y desconocidas.

Pero fuera de la utilidad textil, para la que se diseñaron, hay suficientes indicios como para suponer que las fusayolas sirvieron para otras funciones más difíciles de precisar.

Desde un principio hubo investigadores que destacaron, con reservas, la presencia de signos, entre la decoración que podrían ser caracteres o grafitos epigráficos de los diferentes signarios «ibéricos» (Blasco, 1969, 124). En la actualidad este fenómeno ha sido estudiado por Prescott en algunas fusayolas catalanas que llegan a presentar inscripciones con varios términos (1980, 147-152) y que ponen en evidencia otras funciones y valores diferentes al de un sencillo peso (De Sus, 1986, 206).

No cabe duda que los grafitos documentados en cuatro de los ejemplares del depósito de Capote reafirman estas características, más allá de los territorios y pueblos que se extendían por el Noreste de la Península.

Otros indicios se extraen de los contextos de aparición. Sus hallazgos en poblados prerromanos suelen ser frecuentes y aislados, sin contextos ni agrupaciones es-

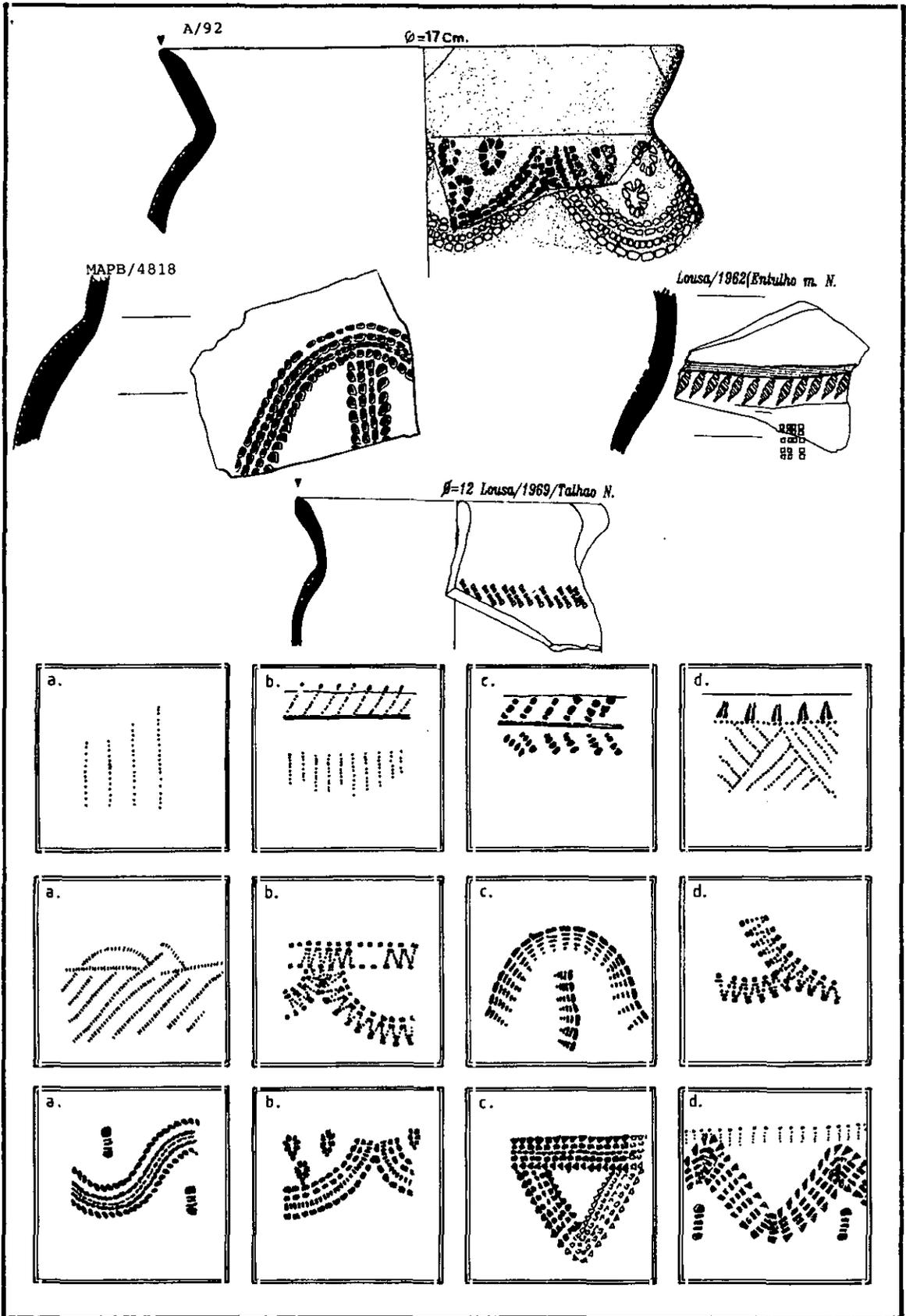


Fig. 17.—Vasijas y decoraciones de la Fase Final: cerámicas grises (A/92-Nertóbriga, MAPB/4818-Castillejo de Oliva, Castelo da Louisa); decoraciones impresas a peine y ruedecilla.

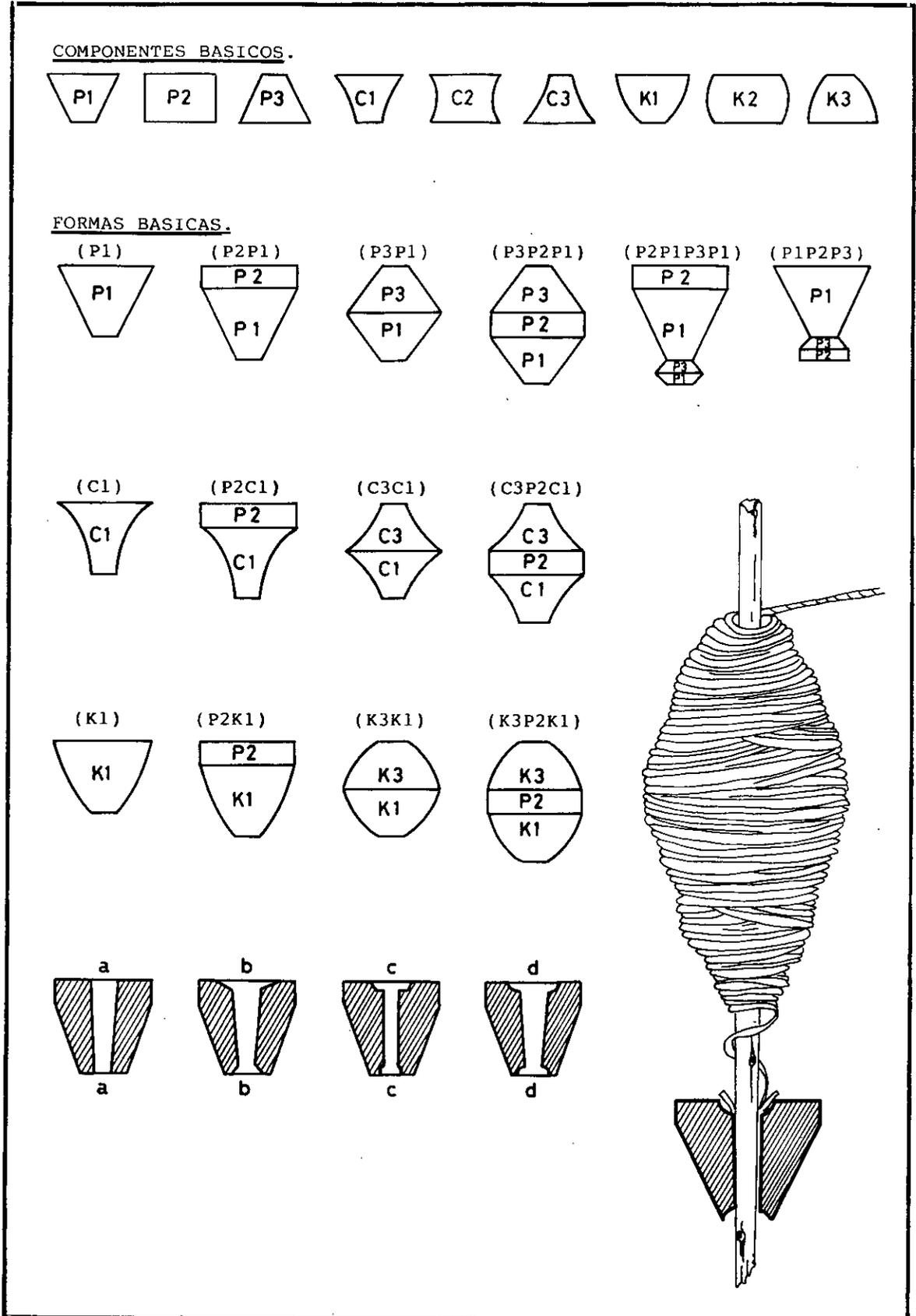


Fig. 18.—Tipos formales de las fusayolas de Capote (Depósito A).

peciales, con alguna excepción importante, como el conjunto de 60 ejemplares de Los Castellares de Herrera de los Navarros (De Deus, 1986, 198). Otros casos en que se documentan con contexto específico son las tumbas y santuarios.

En las necrópolis suelen formar parte de los ajuares, bien acompañando objetos de tradicional consideración masculina, como espadas y lanzas; o femenina, como joyas y colgantes, desde el Bronce Final (Castro Curel, 1980, 132).

Así se documentan en la importante necrópolis ibérica del Cigarralejo, donde aparecen aisladas o en grupos, en 120 de las 382 tumbas estudiadas (Cuadrado, 1987, 103 y ss.); en las celtibéricas de Aguilar de Anguita, Carabias, Atance, Atienza y otras del Alto Jiloca (Cabré, E., 1990, 205 y ss.; Aranda, 1990, 108; Requejo, 1978, 49-62; Cabré, 1930-b; Aguilera y Gamboa, 1916) o, en menor entidad, en las del complejo de Cogotas II (Cabré, 1932; Cabré, Cabré de Morán y Molinero, 1950, 73) e incluso en las del mundo de estos «Célticos» del Suroeste, donde se encuadra el castro de Capote, como en las necrópolis de Elvas -Chaminé 11.a- (Viana y Dias de Deus, 1950, 1955), de Herdade das Casas -17.a- o de Alcácer do Sal -25.a- (Costa Arthur, 1952, 369).

Pero el contexto más interesante para el estudio de las fusayolas de Capote es el de otros santuarios y edificios «palaciales» protohistóricos con numerosos ejemplares.

Este es el caso de las grandes edificaciones de difícil definición, como Cancho Roano, que presentan más de un millar de unidades (Maluquer de Motes, 1981, 315; 1987) o de los santuarios de Sierra Morena, como el de el Cerro de los Santos (Fernández de Avilés, 1966, 15 y 42).

Por último hay datos extrapolables de los análisis anteriores que permiten sospechar otras utilidades: la variada y rica decoración; la falta de huellas o marcas de penetración del eje en la mayoría de las unidades y, especialmente, el descentramiento del agujero en un 18,90 por 100 de las piezas, que las harían poco útiles para su función rotativa.

En conclusión, las fusayolas del depósito A de Capote se presentan como un conjunto homogéneo de piezas, cuyas formas muestran numerosas variantes de los tipos bitroncocónicos, troncocónicos y esferoidales (fig. 18).

Tienen claros paralelos en otros yacimientos protohistóricos del Norte y Oeste peninsular, así como en el Mediterráneo Ibérico, aunque faltan formas especiales como las llamadas «Cefaloideas y Hemicéfalas» que Vidal y López documentó en el poblado de San Miguel de Liria (1952). Muestran claros paralelos con las conocidas en el mundo «Celtibérico», así como en los ámbitos occidentales en general.

De sus pastas y fabricación parece concluirse que fueron ejemplares hechos en la comarca, posiblemente en el mismo yacimiento, aunque copiando modelos foráneos, que explican la presencia de grafitos ibéricos, extraños a la región.

Fueron modeladas a mano, posiblemente con la ayuda de plantillas y pesos aproximados, sin que se descarte el uso del molde para muchos de los ejemplares.

Sus pesos y medidas, muy variados, tienen ciertas concentraciones entre los 14 y 23 gramos de peso y los 29 y 35 milímetros de diámetro máximo, coincidiendo en general con las de otros yacimientos analizados.

La utilización de técnicas decorativas sigue las necesidades de una variedad notable de motivos decorativos, que no obstante, son factibles de analizar encuadrándolos dentro de un sistema de elementos básicos entre los que destacan los radiados, estrellas y orlas circulares, de posible simbología solar o astral.

Funcionalmente hay datos que permiten mantener que la mayoría de estas fusayolas nunca se hicieron pensando en su utilidad como pesas de huso, aunque sigan fielmente sus diseños y dimensiones, sino que debieron responder a funciones más complejas, relacionadas con el mundo cultural o comercial.

Siguiendo ejemplos como el de Los Castellares de Herrera de los Navarros (Zaragoza), estas fusayolas pudieron ser un medio de contabilidad y control de los numerosos materiales orgánicos -ofrendas- o inorgánicos -recipientes-, depositados en torno al «altar». Los grafitos y especialmente la decoración, con motivos concatenados en un sistema de complejidad creciente y de simbología conocida, hacen suponer que podrían estar dentro de un esquema de valores contables en el que el peso tampoco sería ajeno a ello.

La extremada variabilidad, dentro de unos topes lógicos, de pesos y decoraciones aboga por una utilidad más compleja que el de meros «exvotos» o pesas de hilar.

No obstante, su presencia en una estancia con prácticas rituales o en las necrópolis, formando frecuentemente parte de los ajuares, no permite descartar el uso de estas fusayolas como exvotos, a modo de «talismanes» preservadores de los buenos augurios.

COROPLASTICA Y TERRACOTAS

Por último, en este análisis pormenorizado de las producciones cerámicas cabe analizar la presencia de pequeñas figurillas exentas, o aplicadas, que conforman un corto *corpus* coroplástico del Sado-Guadiana inferior en los siglos prerromanos. Contrasta su panorama de escasez y dispersión, como la misma toréutica, con la relativa brillantez de ambas especialidades en el Período Orientalizante (Almagro-Gorbea, 1977; Beirão, 1986; Beirão y Gomes, 1984, 431-467).

Realmente los conjuntos conocidos, procedentes de Capote (6.a), Garvão (16.a), Cantamento de la Pepina (51.b) y San Pedro (75.b), presentan una cierta regularidad formal y figurativa que en ciertos puntos llama la atención y remite a relaciones y tradiciones anteriores.

Cronológicamente parece claro que, sólo las piezas de Capote, integradas en el Depósito A, pudieran fecharse en el siglo IV a. C. o, quizás, antes. Garvão presenta materiales relativamente más modernos, como pudieran ser los del Cantamento y San Pedro, cuya datación alcanzaría fechas tardías (siglo I a. C.).

En este sentido nos parece relevante que los únicos apliques figurativos, entre tantas modalidades de decoraciones plásticas, del Depósito de Capote sean representaciones de cabezas humanas. Es relevante, además,

que ambas respondan a los esquemas generales trazados por Jacobsthal para definir las representaciones de cabezas humanas del Arte Celta: representación en relieve, no exenta; frontal; perímetro oval o piriforme; sin orejas; con la nariz triangular formando una sola línea con las cejas; papel fundamental de las cejas en la trama general de la cara; mínima representación de la boca; nula del pelo; imberbe, etc. (Jacobsthal, 1969, 12-14).

No cabe duda que el ejemplar núm. 4482 responde por completo a estas directrices, mientras que el núm. 2622 demuestra detalles y rasgos que le imprimen mayor grado de naturalismo (fig. 19.3/4). No obstante, la misma concepción de representar las cabezas, naturalistas, surge de la influencia mediterránea en el Arte centro-europeo que, cuanto más tardío y meridional, más se acerca a patrones etruscos, griegos o fenicios.

La primera pieza, modelada y alisada, en barro con desgrasantes pequeños y cocción irregular, se incluye como parte ornamental de un recipiente u objeto de las categorías hechas a mano. La segunda, por el contrario, presenta una pasta compacta y depurada, de color marrón claro y acabado perfecto, propio de una fabricación a molde, siguiendo las técnicas de su prototipos metálicos.

Tanto una, como otra, tienen numerosos paralelos en las producciones celtas ultrapirenaicas y, como no, en las cerámicas hispánicas en ellas inspiradas. Se conocen especialmente como apliques y pintura en recipientes numantinos (Waternberg, 1963, lám. XIII.1; Marco Simon, 1988, 117; López Monteagudo, 1987, 245-252) y también adornando piezas de orfebrería celtibérica, como en el tesoro de Drieves, Guadalajara (San Valero, 1945, fig. 3).

En este sentido hay que tener en cuenta que uno de los mejores ejemplos peninsulares procede, precisamente, de un poblado vecino a Capote, el castro de la Sierra de la Martela (24.a), en Segura de León. Unas pequeñas placas de oro muestran composiciones repujadas en las que se repiten las caras frontales en el más puro estilo de La Tène, hechas en buena técnica orientalizante (Berrocal, 1989-a; véase el apartado posterior sobre la orfebrería). Flanqueando las cabezas se documentan pares de hojas apuntadas hacia abajo, que son los símbolos de la jefatura celta —no exenta de cierto aspecto de héroe divinizado— y de la divinidad Esus-Baco (Jacobsthal, 1969, 15; Megaw, 1970, 27; Hatt, 1989, 48-49). Es en referencia a esta constatación cuando la segunda pieza del Depósito A cobra un interés especial, dado que sobre su frente aparecen lo que creemos son representaciones de las citadas hojas «a la inversa». Sus paralelos, muy próximos, con ciertas piezas magistrales del Arte centro-europeo así lo ratifican. En Schwarzenbach (Renania), Horovicky o Bescheid (Bohemia) se conocen representaciones en oro y bronce de cabezas regordetas y naturalistas, flanqueadas por hojas, que responden al tipo de la núm. 2622 (Frey, 1991, 136, 141; Haffner, 1991, 161).

Por último, cabe hacer mención a las piezas similares de Garvão (16.a), con tres cercanos paralelos: la tapadera de una urna de orejetas (Beirão et alii, 1985, 72 fig. 23), un fragmento de borde y un vaso calado procedente del depósito de Garvão (figs. 20, lám. 12.6). Este, de

perfil ovoide y sobre una base cúbica, presenta cuatro mameloncillos contrapuestos en el borde, con forma de esquemáticas cabezas humanas. En todos estos casos se muestran más similitudes etruscas que laténicas (Beirão et alii, 1987, 212 y figs. 5, 6 y 9).

Como representaciones del valor ritual que para el Mundo Occidental prerromano tienen las «cabezas cortadas» no pueden aislarse de los rituales de posible consagración, realizados antes de efectuar este espectacular depósito alentejano, en los que cuidadosamente se había depositado, bajo el lugar, una cabeza humana, cortada con una azuela pulimentada (Antunes y Santinho, 1986; Mota, 1986).

Las otras dos piezas de coroplástica de Capote aparecen realizadas en bulto redondo. Como las anteriores coinciden en el tema representado, que en esta ocasión son caballos.

La primera muestra una cabeza, realizada a molde en un barro fino y decantado de color rosáceo, sobre el que se observan minúsculos restos de pintura rojiza (pieza núm. 3968). La segunda, un fragmento de cuerpo con pata delantera de otro équido algo mayor, posiblemente hecho a mano, que presenta similares características técnicas que el anterior, con pasta anaranjada y restos de pintura roja vinosa (fig. 19.1/2).

Ambos ejemplares muestran huecos y agujeros realizados para permitir su encaje y articulación con otras piezas. Así el prótomo presenta una ligera oquedad en la rotura del cuello, para facilitar su acople con el tronco, mientras que un agujero entre los extremos de la boca permitiría pasar un pequeño bocado. El fragmento corporal, por su parte, debía estar ensamblado con otra mitad para formar un cuerpo exento y a su vez, una barra permitía su ajuste a otro objeto, quizás la grupa. Una oquedad que recorre longitudinalmente su cuerpo y otra, que lo atraviesa por el pecho, son restos de la articulación compleja a la que pertenecía el fragmento, quizá un carro en terracota, al estilo de los metálicos de Mérida y Almorchón (Almagro Gorbea, 1977, 251-252), aunque si se tiene en cuenta que presenta la misma disposición que el probable morillo ornitomorfo de El Castañuelo (8.a), queda la sospecha de encontrarnos ante una característica ornamentación de morillos, o de la parrilla que fue localizada sobre el Altar (véanse comentarios más completos sobre ambas en el apartado «Herramientas del fuego»).

Son éstas las piezas que más se acercan a los elementos coroplásticos de Garvão, porque también en el depósito votivo de este poblado se han localizado otras tres figuritas de caballos, que coinciden con dos prótomos y un cuerpo diferentes, cuyas ejecuciones son, sin embargo, más toscas que los de Capote (en este sentido no muestran signos de haber estado engastados articulados con el resto del cuerpo, sino que aparecen como fragmentos de piezas macizas y completas).

La presencia de caballos dentro de las terracotas prerromanas de la Península es relativamente frecuente y muestra una amplia difusión. Estas representaciones se suelen cotejar con las mucho más numerosas hechas en bronce y procedentes de los diferentes santuarios de Despeñaperros (Nicolini, 1969). No obstante, las piezas de terracota van conociendo una amplia difusión, desde

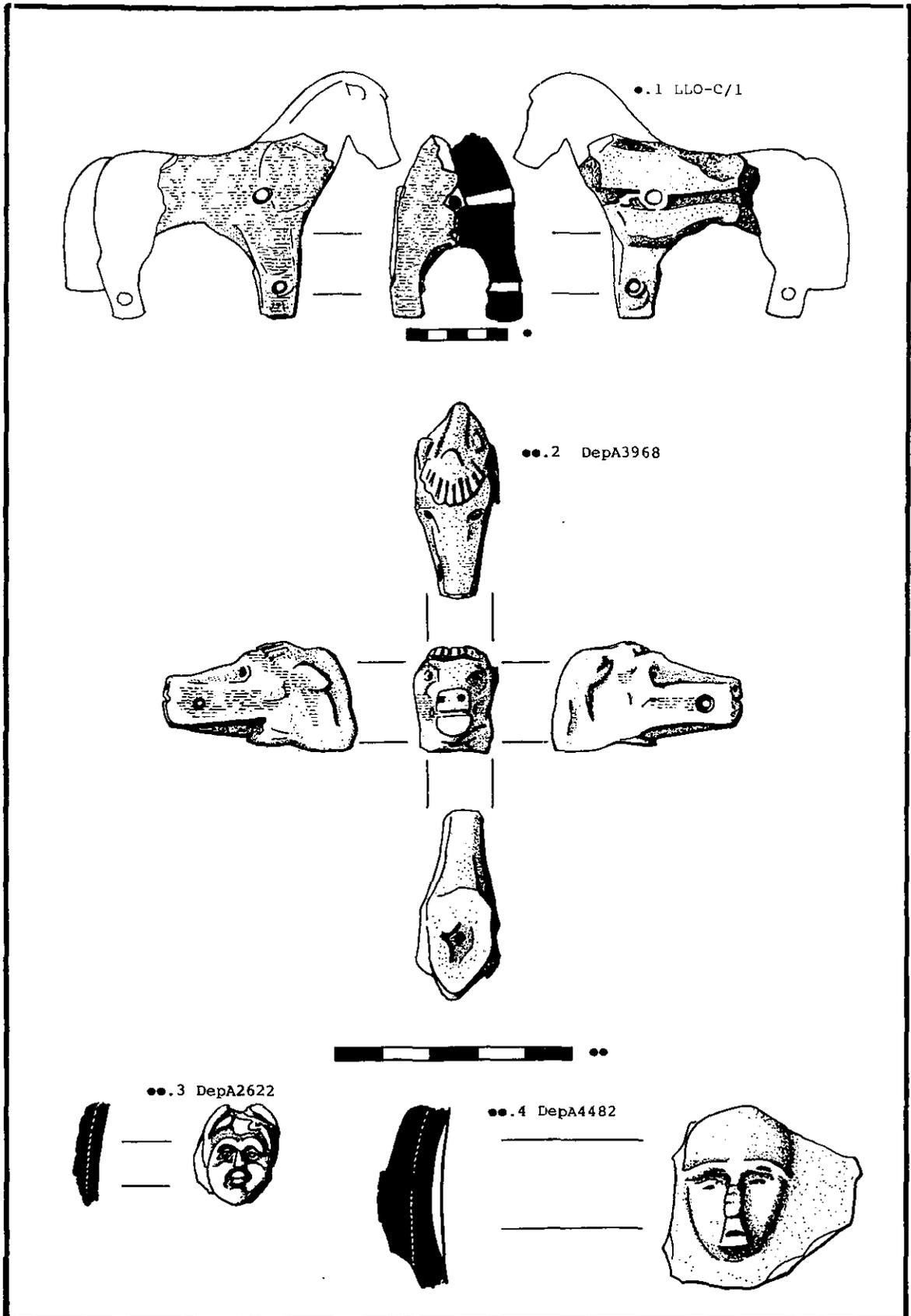


Fig. 19.—Coroplástica del Depósito A de Capote. Figuras hechas a molde (1/3) y modeladas a mano (4).

las figuritas y prótomos tardíos de Numancia (Wattenberg, 1963, 91. 461/463; Marco Simón, 1989, 117 y 127) a los documentados en Garvão durante el siglo III a. C.

El nivel 18 de Cerro Macareno, fechado a finales del siglo VI a. C., proporciona un excelente paralelo para nuestros fragmentos de cuerpos, en especial el de Capote, pues la pieza andaluza responde a su forma, tiene restos de pintura marrón, está partida por la mitad y muestra agujero transversal (Pellicer, Escacena y Bendala, 1983, 154.1084).

Mejor definidas están las relaciones proporcionadas por otros elementos coroplásticos de Garvão (fig. 20.2/5). Nos referimos a las figurinas antropomorfas que en un caso es un ejemplo femenino aislado y en otros dos son, aunque también exentos, elementos sustentantes de un contenedor profusamente decorado con bandas de pintura rojo vinosa (de mala calidad).

Ambos tipos figurativos responden a cánones similares que recuerdan por la tosquedad de sus rasgos y la ejecución de algunos específicos, como los apliques de «lentejuelas» y pastillas que funcionan como ojos, senos, collares y, en los casos masculinos, testículos.

Aunque Beirão y el resto de sus excavadores (1985, 110) apuntaron paralelos inéditos en figuritas procedentes de la necrópolis de Alcácer (25.a) y del poblado de Azougada (3.a), la factura de estas piezas remite claramente a las producciones de raigambre fenicia, bien conocidas en los depósitos votivos de Ibiza, como el de Puig de Molins o en piezas aisladas del Mediterráneo, como una valenciana (Picard, 1972, 81-92) y otra carmonense (Blanco, 1960, 161-162).

Pero, sin embargo, estas manifestaciones al gusto púnico aparecen en disposición y funciones que recuerdan mucho más a las adaptaciones etruscas, como las figuritas de pájaros sobre un borde de quemador, o las citadas cabezas varoniles, que, además de tener numerosos paralelos en la coroplástica peninsular (Cogotas, Numancia, La Serreta, Toya, Alhono, etc.) remiten a prototipos itálicos, como el del conocido túmulo Bernardini (Bandinelli, 1974, 134-135).

Lo más interesante de este estudio es que este mismo estilo antropomórfico perdura hasta la imposición de Roma en la región, tal como creemos que atestiguan las dos manos entrelazadas que localizamos en la necrópolis de El Cantamento de la Pepina (51.b) y la única terracota reconocida en tierras extremeñas, procedente del castro de San Pedro (75.b). Su hallazgo, junto a otras figuritas cuyas formas las tildan, inenudiblemente, de imágenes de la diosa Minerva, habla de la cronología tardía de este tosco ejemplar (fig. 21.a).

Sin embargo, su aspecto indígena y arcaizante va en consonancia con la cerámica «gris» decorada a ruedecilla e impresiones a peine que fue también recogida por nuestro colaborador don Aurelio Salguero.

Se trata de una escultura de bulto redondo, maciza, de unos once centímetros de altura, realizada mediante un tosco modelado y cuyos escasos elementos naturalistas se realizaron por la impresión de cañas y el aplique. Muestra una posible figura femenina vestida con un ancho traje, sin adornos y tocada con una probable corona de laurel. Sus manos se cruzan sobre el vientre.

Piezas como estas se han localizado en la última década en el santuario de la Cueva del Valle en Zalamea la Real (Badajoz) y, aunque aún se encuentran en período de publicación, parece claro que se trata de un numeroso conjunto de exvotos ofrecidos a divinidades indígenas de las aguas, según su excavador (Alvarez Martínez, 1986, 146).

Por último, y ya desde una perspectiva plenamente romana, incluimos las terracotas del Depósito B de Capote (6.a), que en su mayoría son de fábrica y arte romano, aunque consideramos algunas de claro aspecto indígena (fig. 21.b). Nos referimos, entre otras, a una representación de Venus en clásica disposición helenística, aunque con formas que remiten a gustos y manos indígenas. No hay paralelos conocidos en la Península, pero según M. Blech (a quién agradecemos la comunicación) se trata de una pieza que, como otras que la acompañan, tiene producciones equiparables en la Galia y por ello, provisionalmente, la consideramos fruto de los impactos romanizadores.

BRONCES VOTIVOS, DE PRESTIGIO O DE ADORNO

TOREUTICA FIGURADA

Un panorama similar se observa entre las producciones metálicas, limitadas a pequeños bronce que recuerdan a los exvotos ibéricos (Alvarez Osorio, 1941; Nicolini, 1969 y 1977; Prados, 1988, 82-93) y muy alejadas de las ricas importaciones de los siglos anteriores (Almagro-Gorbea, 1977; Gomes, 1983).

No obstante, debemos exponer nuestra reserva acerca de la supuesta utilización de estos materiales durante el período Orientalizante dado que, a menudo, la aparición de piezas orientales suele ocurrir sin contextos conocidos, por lo que opinamos que su cronología de amortización en Extremadura y el Alentejo podría oscilar desde poco después de la fecha propuesta de fabricación hasta la misma Romanización del Suroeste (dado que algunos de los objetos pudieron ser traídos en momentos tardíos como, por ejemplo, botín de las conocidas incursiones lusitanas).

Pero si seguimos el tradicional método de adscribir el uso de piezas de bronce, generalmente aisladas, a la época en que, por sus rasgos formales y técnicos, debieron producirse, no caben dudas sobre la escasez y «pobreza» del período prerromano, como de su diferenciación respecto a los depósitos y ejemplos conocidos en el Guadalquivir y Sierra Morena.

Metodológicamente hemos preferido dividir los ejemplos conocidos entre la consideración antropomorfa y zoomorfa de las figuras.

a.1. *Antropomorfas* (fig. 22.1/3)

Con la excepción de alguna pieza singular, como el guerrero de Alferraz (83.c), el único conjunto de figuri-

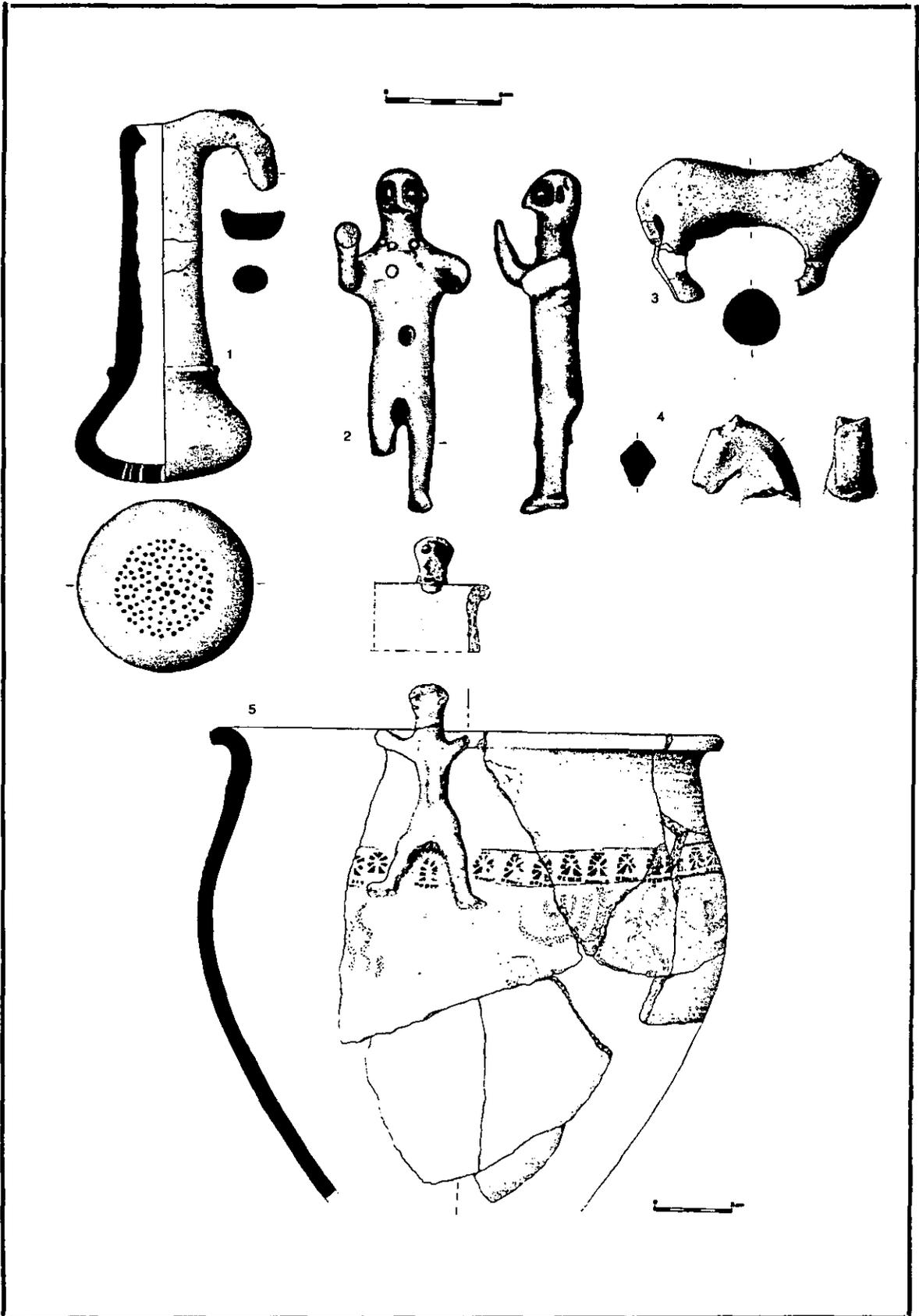


Fig. 20.—Coroplástica del depósito de Garvão, modeladas a mano. La pieza 5, sobre un recipiente fabricado a torno y decorado con estampillas y pintura (según Beirão et alii, 1985).

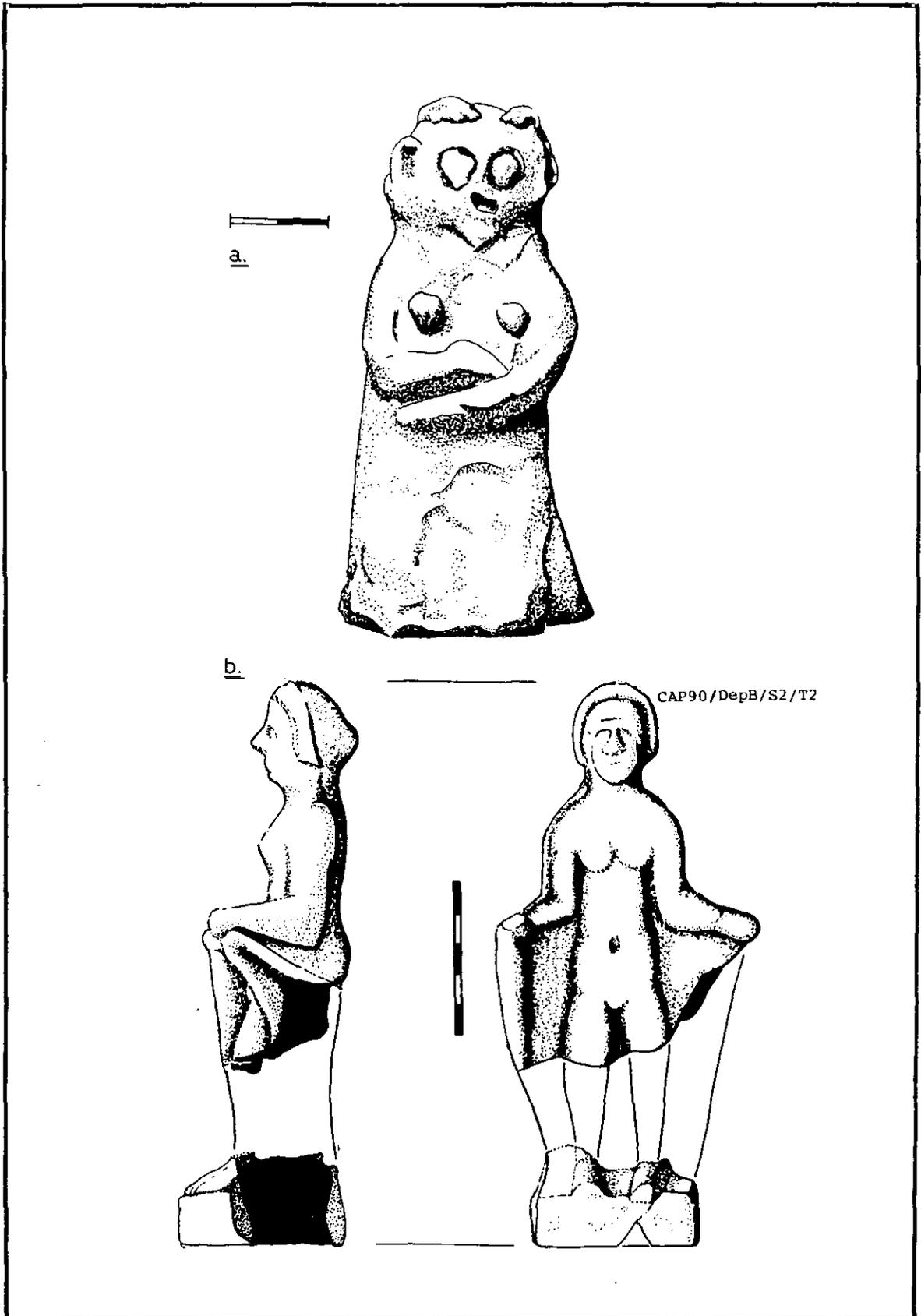


Fig. 21.—Coroplática tardía y romano-republicana, modelada (a del castro de San Pedro -75.b-) y a molde (b, del depósito B de Capote -6.a-).

tas de bronce reseñable en el Guadiana procede, supuestamente, del santuario de São Miguel de Mota (111.c).

La figurita de Alferrar ha sido recientemente tratada por Mario Varela Gomes (1990, 88-90) revisando opiniones anteriores (Ferreira e Silva, 1970, 99-104; Silva e Soares, 1986, 149-152), en las que, respectivamente, fue considerada como ejemplar romano y prerromano, respectivamente. En este caso, Gomes la pone en estricta relación con otras piezas precedentes de claro contexto y cronología orientalizante, como el «Smiting-God» de Azougada (3.a), cuya tradición representativa heredaría. Sin embargo, es cierta la afirmación de Silva y Soares sobre la similitud de su ejecución con la de numerosos exvotos ibéricos, con un tocado en casco con cimera que pudiera alcanzar incluso la época romana y estar bajo el influjo directo de esta Civilización.

Tampoco el contexto sirve para despejar la incógnita, dado que se trata de un viejo hallazgo, recogido en una zona de conocidas villas romanas pero a escasos centenares de metros y bajo el directo dominio del poblado de Pedrao (35.a). Por otra parte, no podemos obviar que su emplazamiento entre los estuarios del Tajo y Sado se encuadra en una de las zonas más transitadas de la Antigüedad y por ello, la aparición de una pieza post-orientalizante no entraña sorpresa alguna.

Para Silva y Soares una fecha cercana al siglo IV a. C. pudiera dar lógica respuesta a su parecido formal con numerosos exvotos de Sierra Morena y, por otra parte, reflejar la tradición de los dioses amenazadores (1986, 152).

Mejor definición permiten los bronce de São Miguel, que pudimos estudiar en el Museo de Evora. Se trata de tres ejemplares que representan a dos figuras masculinas y una mujer. Todos responden a patrones similares, pero el mayor de los varones y la única femenina se encuentran modeladas bajo el mismo patrón, ambas en posición de «orante» y ambas con rasgos similares a los antropomorfos en terracota de Garvão.

Citadas por Leite de Vasconcellos (1895, 153-154; 1905), los investigadores posteriores se han manifestado acerca de la cronología de estas piezas (Gamito, 1983, 67; Gomes, 1983, 209). Desgraciadamente, tampoco la presencia de paralelos cercanos en el Guadiana ha servido para definir esta datación y descartar la consideración romana de estas piezas (que coincidiría con los restos arqueológicos conocidos del Santuario). En esta época, pero en estratos revueltos con materiales procedentes del cerro de Medellín, se localizó una estatuilla de bronce similar a nuestro tercer ejemplar (Del Amo, 1985, 84-86; Almagro-Gorbea, 1985, 71-83).

Como los tres alentejanos, presenta un tronco exageradamente alargado y un destacado tamaño en los órganos sexuales. Almagro-Gorbea coincide con Del Amo en considerarla formalmente dentro de las pautas de los exvotos ibéricos en los que sus rasgos parecen apuntar un aspecto arcaizante, como el de otro precedente desnudo, también localizado en el Guadiana, en la localidad de Jerez de los Caballeros (19.a) (Almagro-Gorbea, 1985, 82).

Todo ello no sirve más que para manifestar la más absoluta reserva acerca de la cronología de estas piezas, a

las que, en todo caso, consideramos propias de datación tardía (protorromana).

a.2. *Zoomorfas* (fig. 22.4/8)

Semejante situación se plantea para las figuras zoomorfas. De nuevo encontramos piezas aisladas, como el toro de Corte de Pereiros (92.c), junto a otras que, si bien no tienen un origen común, muestran una homogeneidad en el tipo de representación y en la zona de procedencia (las cabriñas).

El toro de Corte Pereiro (92.c) apareció, también con contexto desconocido, en la última década del siglo XIX sobre las tierras rocosas que cercan por el nordeste el estuario del Sado. Varela Gomes, en su estudio (1986, 59-74), indica paralelos idénticos en el mismo Portugal (Vila do Bispo) pero se localizan muchos otros en el «corpus» de exvotos de Sierra Morena, en una cronología laxa que oscilaría, lógicamente, entre los siglos V y I a. C.

No obstante, este investigador apunta una conclusión que observamos con interés. Parece claro que tanto en el Sado como en la cuenca del Guadiana existe una carencia de representaciones de caballos (no ocurre lo mismo en la cerámica) y una preferencia exclusiva por la representación de toros y cabras (diez representaciones de los primeros por veinte de las segundas, de épocas protohistórica y romana, en todo el Sur de Portugal).

Una pieza más ha venido recientemente a incrementar las representaciones de bóvidos de la comarca, enriquecidas por las singulares connotaciones culturales que pudiera conllevar.

Nos referimos a una pequeña representación laminar en plomo, localizada en el Depósito A de Capote y, por tanto, con fechas de los siglos IV y III a. C., aunque sus paralelos transpirenaicos remontarían esta datación en algunas décadas.

Se trata de la figurita de bóvido (Berrocal, 1989-b, fig. 10.9), realizada sobre una lámina de plomo recortada, de la que sólo la cabeza muestra cierta tridimensionalidad —señalización de incipientes orejas y cuernos—.

Sus paralelos, tanto en lo referente a la ejecución como al metal usado, son muy escasos dentro de la Segunda Edad del Hierro Peninsular. Entre ellos apunta una figurita de ciervo, de hierro y procedente de la necrópolis navarra de La Torraza de Valtierra, fechada por Ruiz Zapatero en el siglo V a.C (Maluquer de Motes, 1953; Ruiz Zapatero, 1985, 562 y fig. 179). Pero esta pieza, ciertamente similar, es considerada por este autor dentro de los colgantes zoomorfos que se localizan por los poblados del Ibérico Antiguo de Cataluña y el Levante. Tampoco las conocidas teseras, fibulas y colgantes celtibéricos —como los de tipo *Stilisierte Schildkröten*—, con forma de animales, responden a la pieza localizada en Capote aunque el contexto profundo sea el mismo (Ruiz Zapatero, 1985, 979; Schüle, 1969, typ 6, 151-159, tafl. 164.170 y 172).

Sabido es que, tradicionalmente, se han considerado estas producciones como derivados peninsulares de prototipos itálicos y que su cronología las sitúan especialmente en la Meseta Norte desde el siglo V, para los

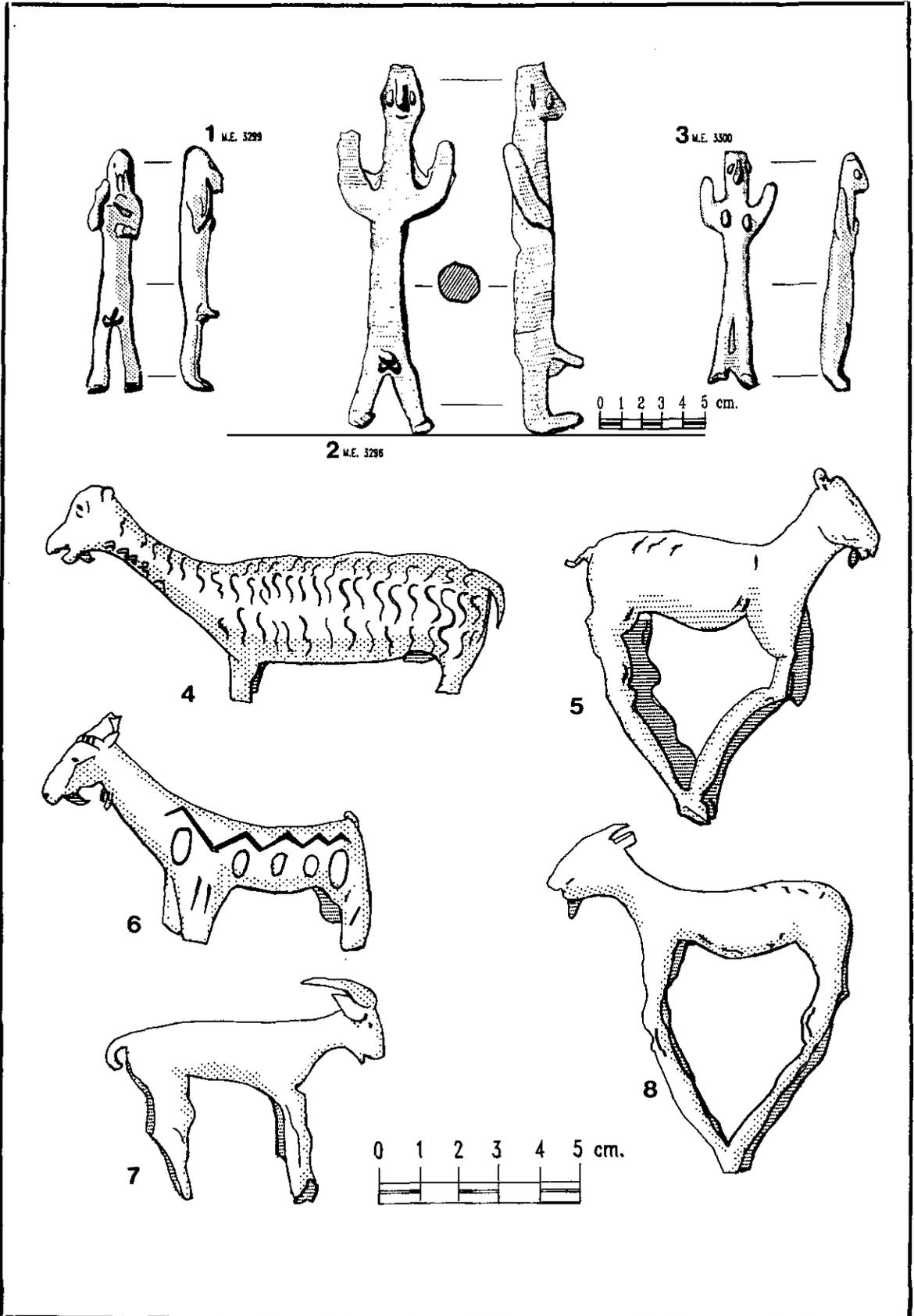


Fig. 22.—Exvotos de bronce. Núms. 1-3: antropomorfos eburenses; núms. 4-8: cabritas alentejanas, según Leite de Vasconcelos, 1895, 296 (4: Montoiito, Redondo; 6: Santa Cruz, Almodôvar).

colgantes, o IV para las fibulas hasta la Conquista Romana (Cabré, 1930, 88).

Pero nuestro objeto en cuestión no tiene más que vagos paralelos entre las piezas hispánicas, al contrario que cierto tipo de exvotos itálicos cuya especial factura comienza a estar bien definida. Con todo, las dataciones de estas figuras concuerdan con los llamados «bronzetti votivi di tipo schematico» característicos de la Umbr  meridional y bien conocidos en Grotta Bella, Colle Arsiccio o en el santuario del Pasticceto di Magione, Perugia (Monacchi, 1988, 79-78; Bruschetti, 1989, 119-120).

Como indica Monacchi, los exvotos con forma de bóvido fueron habituales y, en ciertos casos, llegaron a tener una importante dispersión europea alcanzando numerosas estaciones de la Galia Meridional (Eadem, 1968, 143 y ss.).

Por otra parte, tampoco el uso de plomo para estas piezas es algo extraño en estos contextos de la Italia Central y Septentrional. En el mismo depósito de Grotta Bella, Terni y por ahora, en la necrópolis prerromana de Amelia se han documentado una serie de figurinas antropomórficas, recortadas en una lámina de plomo y con dimensiones oscilantes entre 7 y 12 centímetros (Monacchi, 1988, 81, tav. XXXVIa-b).

El conjunto de cabras alentejanas publicado por Vasconcellos (1895-b, 296-301), como las conocidas en la cuenca media del Guadiana (Sáenz de Buruaga, 1968, 827 y ss.), parecen tener un cierto trasfondo común. Halladas a finales del XIX, no se sabe cuál es la procedencia de algunas de estas cinco cabritas que recogemos en nuestra figura núm. 22, aunque algunas, como la núm. 4, son recogidas por el famoso arqueólogo portugués como oriundas de contextos romanos y de las regiones alto alentejanas (aparecida según Sim es en una urna de cremación cerca de Redondo, junto con una moneda romana y «vasos de barro»). Otra (núm. 6) proviene de Almod var, en contextos desconocidos como las de las tres restantes (núms. 5, 7 y 8), de las que sólo se sabe que se depositaron en el Gabinete Numismático de la Biblioteca Nacional de Evora. Una sexta se localizó en las cercanías de Beja.

Todas estas piezas pudieron utilizarse como exvotos, bien prerromanos o, como es más probable, romanos en plena tradición indígena, aunque algunos no fueron realizados como piezas únicas, sino que debían coronar otros elementos mayores de la toréutica. No obstante, la similitud con las extremeñas dedicadas a Ategina y la constatación de la comunidad de culto hacia esta diosa en las tierras alentejanas fortalece su consideración como ofrendas votivas de la venerada diosa.

En este sentido recuerda Leite la cita de Estrabón (*Geog.*, III, 3, 7) sobre el sacrificio de machos cabr os a los dioses lusitanos, y así lo interpreta Varela Gomes respecto al toro de Corte Pereiros (Gomes, 1986, 70).

En consecuencia, del somero estudio sobre las figuritas de bronce del SO. podemos extraer las siguientes conclusiones:

1. *La falta de contextos y confirmaciones cronológicas* de las escasas piezas que, no obstante, pudieran considerarse culturalmente prerromanas con fechas que osci-

lar an desde el siglo IV al I a./d. C. La  nica contextualizada, procedente del DepA de Capote, confirma la cronología inicial pero, aunque en un trasfondo similar, refleja una configuración diferente.

2. *La personalidad de estas producciones* en el Sado-Guadiana, y de gran parte de la Extremadura española, queda patente por las diferencias referentes a la representación humana, la preferencia por cabras y toros, y la escasa incidencia en las manifestaciones religiosas de la región, distinguiéndose con facilidad de las pautas conocidas en las representaciones de Sierra Morena. Esta singularidad se observará también entre las producciones de orfebrería.

3. Además, dicha personalidad se ve acrecentada por la posible *relación de estos exvotos con el culto a los dos únicos dioses de categoría regional reconocidos: Ategina y Endov lico*, correspondiéndoles cabritas y orantes.

4. La probable cronología tardía de estas figuras que dicha relación cultural pudiera considerar como *productos de la toréutica indígena documentada en época romana*.

FIBULAS

Radicalmente diferente es el panorama que nos presentan las fibulas, cuya relativa abundancia destaca, aún más, si se tiene en cuenta el escaso número de necrópolis excavadas.

En efecto, con excepción del cementerio de N. S. dos Mártires de Alcácer (25.a) que proporcionó un total de 22 ejemplares útiles, los grandes grupos de fibulas publicadas proceden de tres poblados: Vaiamonte (44.a), con 68 unidades; Capote (6.a), con 25 unidades y Miróbriga (27.a), con 9 unidades. Además otros 26 yacimientos han aportado entre una y ocho piezas válidas, de los cuales sólo 4 son necrópolis (Casal o, 7.a; Chaminé, 11.a; Galeado, 15.a y Herdade das Casas, 17.a) que contribuyen con 15 piezas en total. Por ello puede concluirse que de las 185 fibulas útiles (es decir, de aquellas que conservan suficientes restos como para ser reconocidas), procedentes de 30 yacimientos, sólo 37 unidades son de ajuares funerarios, provenientes, a su vez, de cinco necrópolis.

A juzgar por el respetable número de fibulas halladas en los castros con mayor extensión excavada, como Vaiamonte (68), Capote (25) y Miróbriga (9), y desconociendo la cantidad real de otros como Segovia, no caben dudas de la profusión en el uso de las fibulas como elemento *ordinario* de vestido, aunque de cierto prestigio. En este sentido, debemos destacar el porcentaje altamente mayoritario de fibulas decoradas con repujados, troquelados, apliques y engastados, que no debe entenderse en detrimento de su uso habitual, según se desprende de los pocos ejemplares realizados en plata (singulares como una de tipo LTII/III en Los Castillejos 2).

El estudio tipológico de este par de centenares de fibulas ha sido abordado con el análisis interrelacionado de dos atributos fundamentales: la morfología y la cronología.

Morfológicamente hemos intentado dividir el conjun-

to según los rasgos formales básicos que pudieran integrarse en un método fenético de clasificación sencilla, siguiendo las pautas marcadas por Chapa Brunet (1984). No obstante, dada la dimensión de la muestra y el tratamiento diseccional que tradicionalmente se ha aplicado al estudio de las fíbulas, se han podido seguir las grandes divisiones de estas piezas prerromanas peninsulares, a partir del trabajo clásico de Emeterio Cuadrado (1957) y siguiendo por otras obras de este autor (1960; 1963; 1978), Schüle (1969), Argente Oliver (1974; 1990), Encarnación Cabré y Juan A. Morán (1979; 1982), así como de una investigadora con el gran bagaje de Salette da Ponte (1977; 1979; 1985-a y -b; 1986-b, etc.), y de otras publicaciones específicas (Iniesta Sanmartín, 1983; Ruiz Delgado, 1989, etc.).

Formalmente pueden registrarse tres grandes grupos de fíbulas:

- AN. Anular.
- LT. De La Tène/Trasmontana/Zoomorfa.
- AU. Aucissa.

Aunque algunos puedan tener una relación filogenética entre sí, su presencia en la Península es claramente significativa de una causalidad y un trasfondo diferente, que cronológicamente pueden solaparse en ciertos momentos, pero que presentan una dinámica distinta. En este sentido nos hemos permitido incluir en el estudio las fíbulas romanas de tipo Aucissa, aunque su constatación en el Suroeste esté ligada a la presencia física de esta Civilización pero que, como en cierta medida los tipos La Tène III (esp. Nauheim), pudieron representar entre la población la continuación del gusto local por los esquemas prerromanos.

Por otra parte, esta base de dinámica cultural nos permite, con las reservas necesarias, incluir dentro del grupo LT, ejemplares no laténicos como las fíbulas trasmontanas de tradición hallstática, las zoomorfas de caballito e incluso un ejemplar de fíbula-placa, que se incluye en el sistematizado Modelo 9 de Argente Oliver (1990, 257-258).

Pero no por ello entramos en contradicción con los conceptos que fundamentan este agrupamiento, dado que existe una comunión básica de atributos y, en este sentido, opinamos que

«los atributos referidos a la morfología de una pieza son algo inherente a ella y con un significado pro-

pio, ya que la forma no resulta escogida al azar, sino que es resultado de una tradición estética y de una funcionalidad, entre otros factores.»

(Chapa Brunet, 1984, 253.)

Los atributos, o componentes típicos, son:

- AN: Anillo - Puente - Muelle / Charnela - Aguja - Pie
- LT: ///// - Puente - Muelle / Ballesta - Aguja - Pie - Apéndice / Pestaña
- AU: /////- Puente- ///// Charnela- Aguja- Pie-Botón

Evidentemente tales atributos se definen en base a una forma, función y disposición diferente en el cuerpo de la fíbula, fuera de otros conceptos, como los elementos de construcción (que van del mero componente de la clásica La Tène a los cinco que pueden conjuntarse en la fabricación de una anular).

Estos grupos, a su vez, se reparten en las siguientes variantes (seguimos las clasificaciones de Cuadrado, 1957, para las anulares y Cabré y Morán, 1979, para las de tipo LT y asociados):

- AN: Anulares (xxxooxxoo).
- AN 4: fíbula de puente en navecilla.
- AN 9: fíbula de puente filiforme.
- AN 10: fíbula de puente en cinta.
- AN 2: fíbula de puente en timbal.
- AN 7: fíbula de puente ancho (variante en rejilla).
- AN 12: fíbula de puente laminar romboidal o de «laurel».
- AN 13: fíbula de puente trapecoidal.

- LT: La Tène/Trasmontanas/Zoomorfas (oxoxoxxxo).
- TR: fíbula tardía de pie vuelto y botón terminal.
- LT12: fíbula clásica de La Tène I.
- LT13: fíbula peninsular de La Tène I, con dos piezas.
- LT14: fíbula evolucionada peninsular de La Tène I.
- LT15: fíbula clásica de La Tène II.
- LT16: fíbula peninsular de La Tène II, con dos piezas.
- LT17: fíbula evolucionada peninsular: PseudolatèneII
- LT18: fíbula clásica de La Tène III. Tipos Nauheim.
- LT19: fíbula peninsular de La Tène III, con dos piezas.
- ZOO: fíbula peninsular de puente zoomorfo y dos piezas.

AU: Aucissa.

ATRIBUTO	AN	LT	AU
1 Anillo	x	o	o
2 Puente	x	x	x
3 Muelle/Charnela	x	o	o
4 Muelle/Ballesta	o	x	o
5 /////Charnela	o	o	x
6 Aguja	x	x	x
7 Pie	x	x	x
8 Apéndice/Pestaña	o	x	o
9 Botón	o	o	x

Grupo	Definición
	123456789
AN:	xxxooxxoo
LT:	oxoxoxxxo
AU:	oxooxxxox

TABLA DE FIBULAS

<i>N. Yacimiento</i>	03	04	05	06	07	08	09	11	13	15	16	17	19	21	22	<i>T.T</i>
<i>AN?</i>	-	-	-	-	1	-	-	-	-	1	-	-	-	-	-	02
<i>AN 4</i>	b2	-	-	c1	-	-	a1	af5	-	-	b2	g1	-	-	-	12
<i>AN 9</i>	b3	-	-	a1	-	a1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	05
<i>AN 10</i>	-	-	-	b2	-	-	-	-	-	-	-	a3	-	-	-	05
<i>AN 2</i>	-	e1	-	e1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	02
<i>AN 7</i>	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
<i>AN 12</i>	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
<i>AN 13</i>	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
<i>TR</i>	2	-	-	2	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	04
<i>LTI?</i>	?1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	01
<i>LTI 2</i>	-	-	-	ab2	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	02
<i>LTI 3</i>	-	-	a2	a7	-	-	-	?1	-	-	a2	-	a1	-	-	13
<i>LTI 4</i>	-	?1	-	a1	-	-	a1	-	b1	-	-	-	-	-	-	04
<i>LTI 5</i>	-	-	-	a2	-	-	a1	-	a1	-	-	-	-	a1	-	05
<i>LTI 6</i>	-	-	-	a1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	01
<i>LTI 7</i>	-	-	-	b1	-	-	-	-	-	-	-	-	?1	-	-	02
<i>LTI 8</i>	-	-	-	-	-	-	-	a1	-	-	-	-	-	-	-	01
<i>LTI 9</i>	-	-	-	a1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	01
<i>ZOO</i>	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	-	-	-	01
<i>PLACA</i>	-	-	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	01
<i>AU</i>	-	-	-	2	-	-	-	-	-	-	-	-	1	-	1	04
<i>Total en yaci.</i>	08	02	02	25	01	01	03	07	02	01	04	06	02	01	01	66

<i>N. Yacimiento</i>	23	24	15	27	31	36	39	40	42	44	52	56	62	65	76	<i>T.T</i>
<i>AN?</i>	-	-	2	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	02
<i>AN 4</i>	-	-	a10	ac4	-	-	-	-	-	blac3	-	g1	-	?1	-	20
<i>AN 9</i>	-	-	a2	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	02
<i>AN 10</i>	-	-	c3	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	03
<i>AN 2</i>	-	-	-	-	-	-	-	-	-	e1	-	-	-	-	-	01
<i>AN 7</i>	-	-	p1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	01
<i>AN 12</i>	-	-	3	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	03
<i>AN 13</i>	-	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	01
<i>TR</i>	-	2	-	-	1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	03
<i>LTI?</i>	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
<i>LTI 2</i>	-	-	-	-	-	-	-	-	-	28	-	-	-	-	-	28
<i>LTI 3</i>	-	-	-	?1	-	a1	-	-	-	?6	-	-	?1	-	-	09
<i>LTI 4</i>	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
<i>LTI 5</i>	-	-	-	a1	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	01
<i>LTI 6</i>	-	-	-	-	-	-	?1	-	-	?2	-	-	-	-	-	03
<i>LTI 7</i>	-	-	-	-	-	-	-	-	-	?8	-	-	-	-	a1	09
<i>LTI 8</i>	-	-	-	-	a1	-	ab2	-	-	a19	a1	-	-	-	-	23
<i>LTI 9</i>	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
<i>ZOO</i>	-	-	-	-	-	-	-	-	-	1	-	-	-	-	-	01
<i>PLACA</i>	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-	-
<i>AU</i>	3	-	-	2	-	-	1	2	-	-	-	-	-	-	1	09
<i>Total en yaci.</i>	03	02	22	09	01	03	02	02	01	68	01	01	01	01	02	119

Las anotaciones responden, primero en minúscula, a las series de los tipos de fíbulas, después a la cantidad de unidades.

AN 4: FIBULA ANULAR DE NAVECILLA
INVERTIDA, CON RESORTE EN MUELLE
O EN CHARNELA (fig. 23).

Variante 4.?:	1 unidad.
Variante 4.a:	17 unidades.
Variante 4.b:	5 unidades.
Variante 4.c:	5 unidades.
Variante 4.f:	2 unidades.
Variante 4.g:	2 unidades.
Total:	32 unidades.

Dispersión y comportamiento cronológico

Se trata del tipo más numeroso, con 32 ejemplares, bien repartidos en 12 yacimientos. Esto, en relación con el resto de las dispersiones, es claramente indicativo de la importancia de esta fíbula en el Sado-Guadiana inferior.

Dentro de las series definidas por Cuadrado (1957) vemos que existe una aplastante mayoría en la variante 4a, es decir en los puentes de navecilla con pie largo, en la que se concentran 17 unidades. El resto aparece repartido entre las 4b y 4c, con cinco unidades (normales y con terminales foliáceos) y singularmente las variedades 4f y 4g (anillos de sección variable y grueso), con dos ejemplares cada una.

Son fíbulas tradicionalmente fechadas en la Península entre finales del siglo V, en el caso de la variedad 4a, y el mismo II a. C., en el caso de la 4g (Cuadrado, 1960, 92). Alcanzan, por tanto, el máximo abanico de las fíbulas anulares hispánicas.

En el Sado-Guadiana las vemos representadas en la necrópolis del Olivar de N. Sr. dos Mártires de Alcácer do Sal (25.a), con 10 piezas que corresponden a la primera variedad. Si tenemos en cuenta la relación que parece haber entre estas fíbulas y las fases A y B de Mártires (25.a), concluiremos que su datación en esta región se situaría entre los siglos V y IV a. C. Otras localizaciones de esta variedad se sitúan en la necrópolis de Chaminé (11.a), con tres unidades en fechas entre el siglo IV y III a. C.; Vaiamonte (44.a), con dos unidades y contexto cronológico desconocido; y puntualmente, en Los Castillejos 2 (9.a), fase I, ratificando una datación final de fines del siglo IV al III a. C.; y Miróbriga (27.a), con datación específica desconocida.

El desarrollo cronológico de la fíbula de navecilla y pie largo (4.a) en el Sado-Guadiana tiene, por tanto, un comportamiento que decrece desde finales del siglo V a inicios del III a. C., en el que desaparece, siendo fósil-guía de los momentos más antiguos.

Otras variedades tienen menor peso específico. Las 4b y 4c, fechadas entre los siglos IV y III a. C., se localizan en los yacimientos de Miróbriga (27.a) con tres piezas en contextos cronológicos poco claros; Azougada (3.a), con dos piezas y de nuevo sin especificación de su nivel de ocupación, aunque sabemos que en este poblado los materiales más recientes no parecen bajar del siglo III a. C.; y Garvão (16.a), en donde están bien fechadas en

pleno siglo III. Después, singularmente, en Castelinho da Serra (42.a), con fechas tempranas de inicios del siglo IV a. C., Vaiamonte (44.a), con datación desconocida y en Capote (6.a), en donde su contexto de amortización se rebaja hasta pleno siglo II a. C., ya que apareció junto con materiales probables del siglo IV y III a. C. (falcata, denarios romanos de fines del III), reutilizados en un nivel 2 de fines del II a. C. (LE-C).

El comportamiento de estas variedades es, por tanto, intermedio aunque claramente tendente a los siglos más antiguos. Aquí la cúspide no se alcanza en los finales del V a. C., sino durante el IV-III, para descender y perdurar, sólo esporádicamente, hasta el siglo II a. C.

Por último destacamos la presencia menor de fíbulas de navecilla de arillo variable o grueso, en yacimientos como el poblado del castillo de Bienvenida (56.b), la necrópolis de Chaminé (11.a) y de Herdade das Casas (17.a), en fechas que, por sus armas, pudieran cuadrar muy bien en el siglo III a. C.

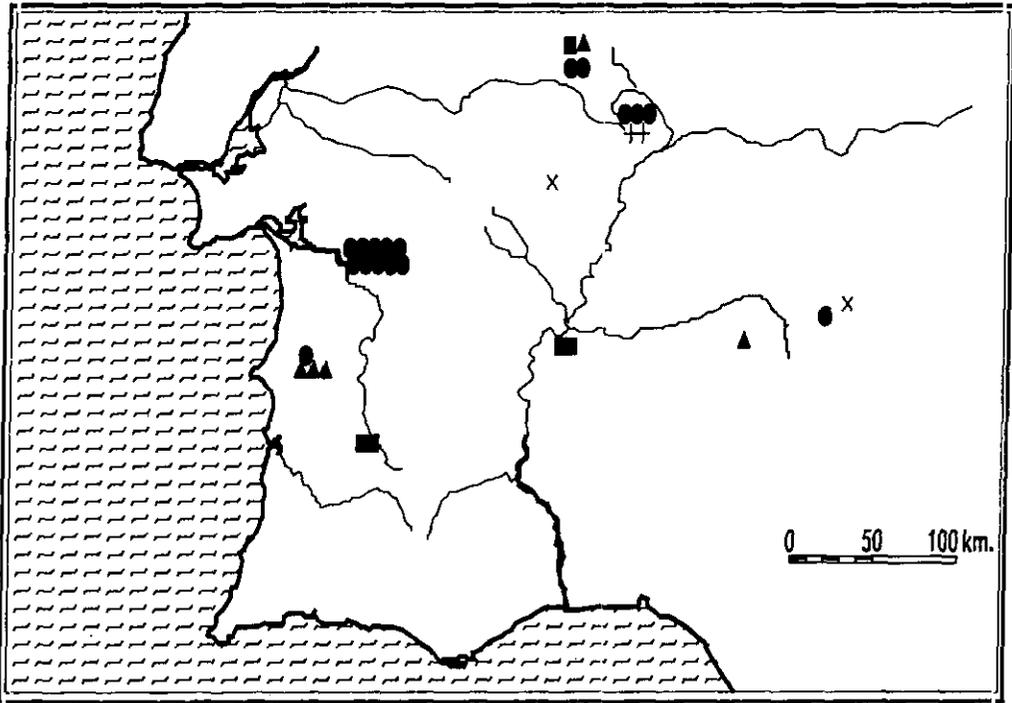
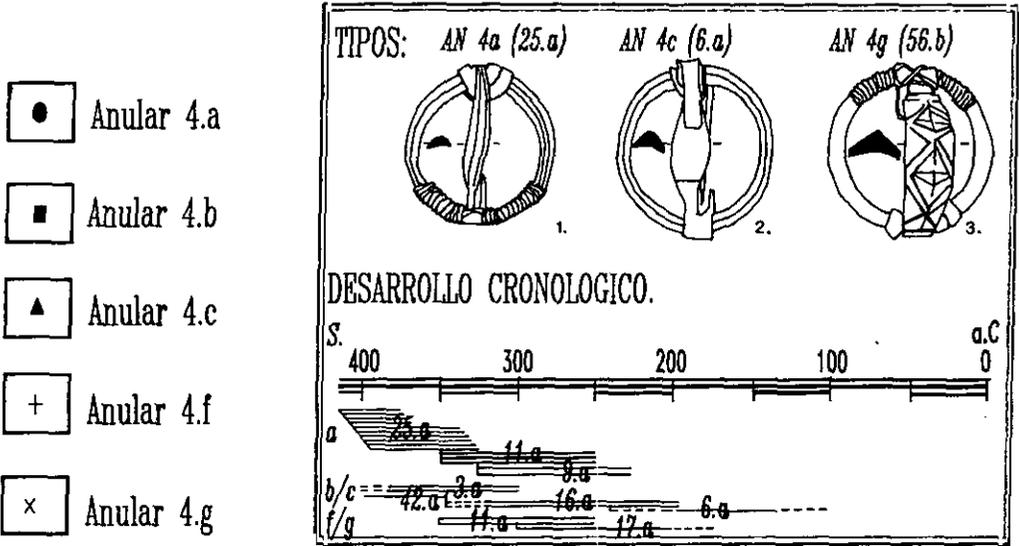
Cronológicamente, las fíbulas de navecilla en el Sado-Guadiana inferior representan, básicamente, la primera mitad del Período Prerromano, caracterizado por el impacto postrero de las importaciones greco-púnicas y seguido por una cierta cerrazón al mundo mediterráneo y una apertura total hacia el Norte y el Atlántico. La variante 4a es la mejor conocida y arranca desde finales del V hasta el III, compaginada en los siglos IV y III con las variantes 4b, 4c, 4f y 4g, que puntualmente pudieran llegar hasta inicios del II a. C., aunque marginalmente. La presencia de estas últimas variantes, permite observar una clara relación septentrional en el desarrollo final de estos tipos (Cuadrado, 1960), que contrasta con la dispersión meridional de los más abundantes y numerosos (Ruiz Delgado, 1989, 165 y ss., esp. 198).

AN 9/10: FIBULAS ANULARES FILIFORMES
Y DE CINTA, CON RESORTE
EN MUELLE (fig. 24.2).

Variante 9.a:	4 unidades.
Variante 9.b:	3 unidades.
Total:	7 unidades.
Variante 10.a:	3 unidades.
Variante 10.b:	2 unidades.
Variante 10.c:	3 unidades.
Total:	8 unidades.

Dispersión y comportamiento cronológico

Un segundo grupo, de menor implantación, entre las fíbulas anulares lo conforman las fíbulas tipo 9 y 10, de puentes filiformes y de cinta de Cuadrado (1957). Son formas con todas sus series principales conocidas (a y b; a, b y c) y una presencia, más o menos, equiparable, que



FIBULAS ANULARES DE NAVECILLAS (Cuadrado 4).

Fig. 23.— 1: Según Ponte, 1985-a; 2: Berrocal, 1989-b; 3: Rodríguez Díaz, 1987.

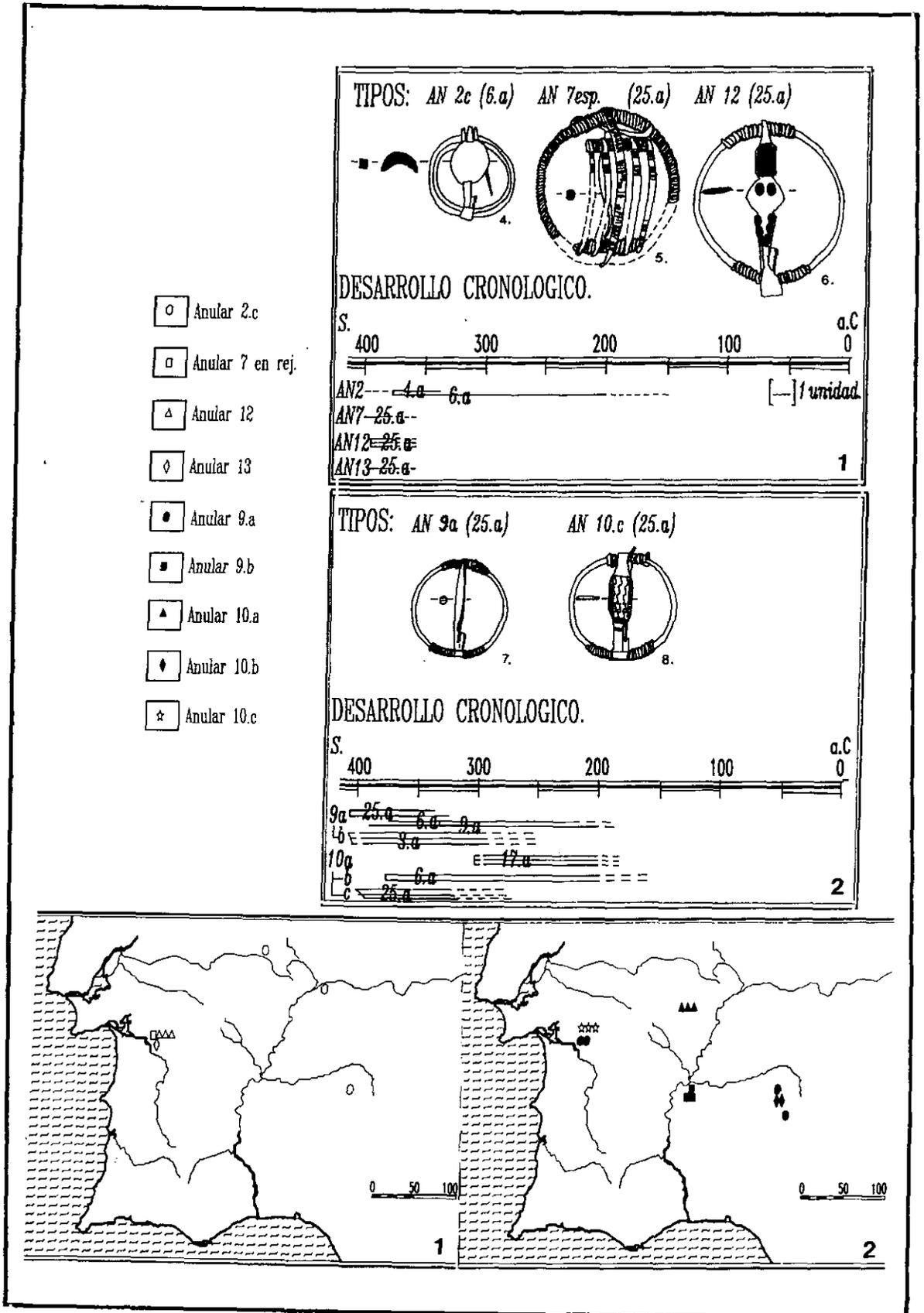


Fig. 24.—4: Según Berrocal, 1989-b; 5-8: Ponte, 1985-a.

oscila entre los dos ejemplares del tipo 10.b (de cinta gruesa) y los cuatro del tipo 9.a (filiformes de alambre fino). Estas escasas diferencias pudieran reflejar un cierto predominio antiguo de estas fíbulas dentro de la dispersión de los tipos 9 y 10.

Localizamos los tipos 9 en Azougada (3.a), variante b, con 3 unidades que no creemos bajen de la primera mitad del siglo III a. C., coincidiendo con la cronología de otras localizaciones: Mártires de Alcácer (25.a), Capote 4/3 (6.a) y Castillejos 2 fase I (8.a). El tipo 10 se documenta, también, en pleno siglo IV hasta entrado el III, con representaciones en Mártires (25.a), Capote 3 (6.a) y Herdade das Casas (17.a).

El comportamiento cronológico es claramente temprano aunque parece arrancar de momentos ligeramente posteriores al tipo 4, en razón de la menor presencia en Mártires (25.a). Sin embargo, tiene un desarrollo menor, desapareciendo antes de alcanzar el siglo II, probablemente a mediados del III a. C. Asociadas a las cerámicas estarían relacionadas con las fases I y, especialmente, IIa.

AN 2: FIBULAS ANULARES DE PUENTE EN TIMBAL (fig. 24.1).

Variante 2.c: 3 unidades.
Total: 3 unidades.

Dispersión y comportamiento cronológico

Un tercer grupo, cuya presencia es singular, aunque está localizada en tres yacimientos, es el de las fíbulas de timbal. No obstante sólo se conoce un ejemplar en Vaíamonte (44.a) y otro en Capote (6.a), en el nivel de ocupación 3, es decir con fechas de la segunda mitad del siglo IV a. C. Esta cronología pudiera incluso remontarse a la primera mitad del siglo IV si se considera la pieza de Badajoz (4.a), emplazado en el nivel 3 del corte SPC.

Su carácter singular e intrusivo en nuestra comarca queda confirmado por ser todos estos casos de la variante e, «sobre montantes», reflejando una incidencia bien distinta a la de los tipos 4, 9 y 10, y una cronología del siglo IV-III idéntica a la documentada en el resto de la Península.

AN 7/12/13: FIBULAS ANULARES DE PUENTE DE TIPOS ANCHO, HOJA DE LAUREL y TRAPEZOIDAL (fig. 24.1).

Tipo 7 esp.: 1 unidad.
Total: 1 unidad.
Tipo 12: 3 unidades.
Total: 3 unidades.
Tipo 13: 1 unidad.
Total: 1 unidad.

Dispersión y comportamiento cronológico

Este cuarto y último grupo de anulares refuerza la impresión de singularidad del tipo anterior. Son fíbulas de las que conocemos uno o más ejemplares únicamente en la singular necrópolis de N.º Sr. dos Mártires de Alcácer (25.a). Sus cronologías, de nuevo, remiten a los primeros momentos del Periodo Prerromano o a la transición del Orientalizante. Su riqueza, y la naturaleza septentrional de estas piezas (Ponte, 1985; Cuadrado, 1960), extrañas en el resto de la Península y con decoraciones claramente «célticas» confirman su inclusión en las nuevas dinámicas culturales.

Destacamos una fíbula especial, que Ponte clasifica como única y denomina «de tipo grande». No obstante creemos que se puede asimilar a las fíbulas de «puente ancho abombado» (AN 7) estudiadas por Cuadrado, con cronologías septentrionales que, en algunos casos son claramente tardías (Cuadrado, 1960, 96). Por ello proponemos una denominación de *fíbula de puente ancho y abombado en parrilla*.

TR/ZOO: Fíbulas TR: FIBULAS PENINSULARES TARDIAS DE PIE VUELTO Y BOTON TERMINAL. DOS PIEZAS. Fíbulas ZOO: FIBULAS PENINSULARES DE PUENTE ZOOMORFO Y RESORTE EN BALLESTA. DOS PIEZAS (fig. 25.1).

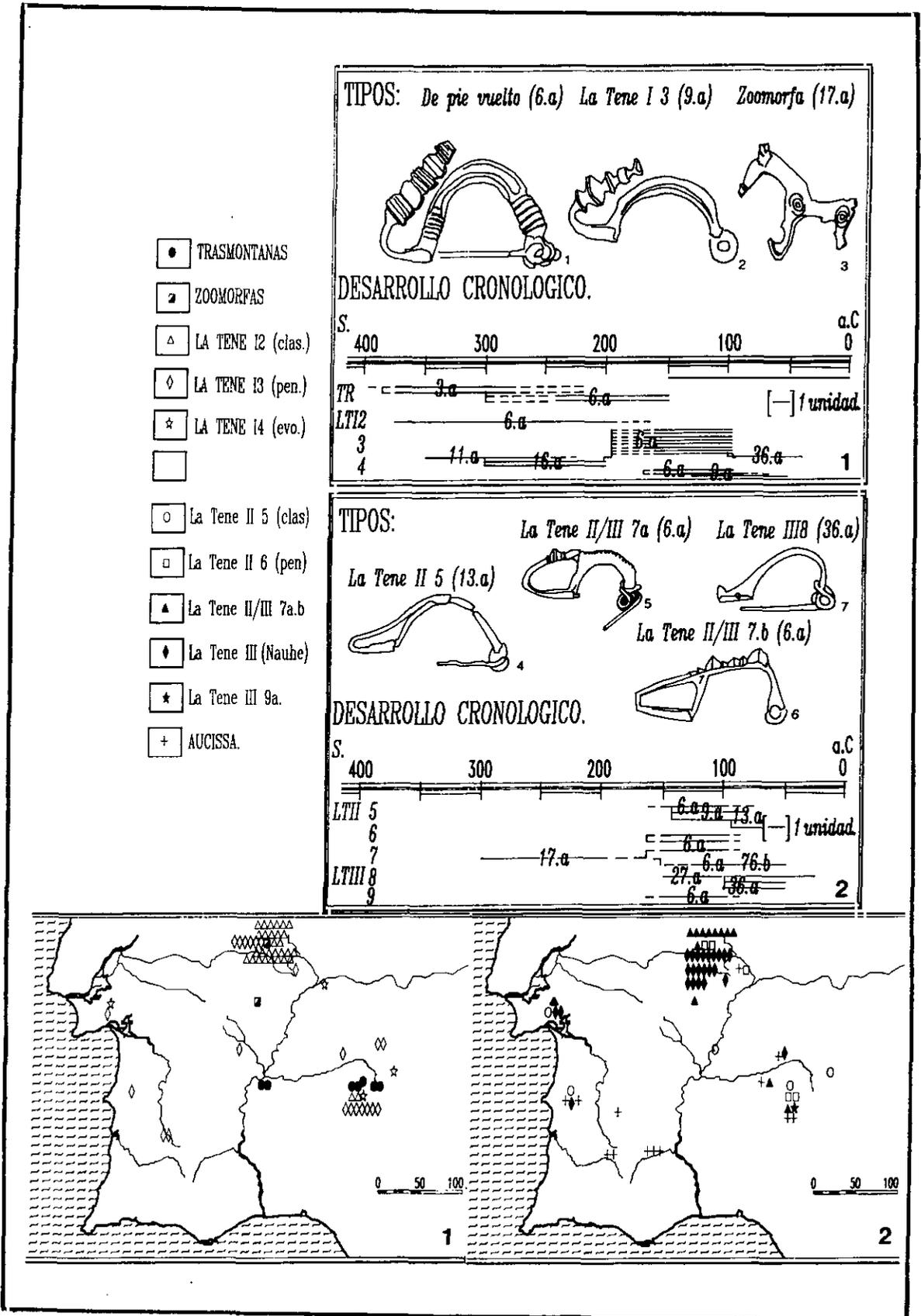
Tipo TR: 7 unidades.
Tipo Zoo: 2 unidades.

Dispersión y comportamiento cronológico

La fíbula peninsular tardía de pie vuelto y botón terminal conocida por «trasmontana» ha sido generalmente asociada al mundo del Noroeste, incluso como elemento cultural definidor de la «Cultura Castrexa». Aunque algunos autores, como Esparza y Ponte, se han encargado de demostrar la flaqueza de estos argumentos, tradicionalmente se ha considerado una fíbula especialmente ligada a las tierras nordoccidentales de la Meseta (1983, 111-113; 1983).

Hoy, la fíbula «trasmontana» se interpreta como un producto más del gusto por los esquemas de apéndice caudal vertical, heredado de las piezas afines al Halls-tatt. En este caso, la importancia del centro portugués, como núcleo motor de este tipo, ya fue destacado por Salete da Ponte (1973, 12; 1983).

Pero la auténtica fíbula trasmontana es, para nosotros, la compuesta por un puente de arco peraltado y pie vertical, adornado con sencillas pero numerosas molduras, con resorte aislado y, generalmente, de tipo ballesta que procede de prototipos anteriores entre los que no pueden eludirse los hallstáticos y los peninsulares (p.e. Bencarrón). Esta fíbula, junto con otros productos equiparables que desarrollan su botón terminal en disco o torrecilla, fue diferenciada e incluida en el tipo 4h por



Schüle, con una presencia anterior a los esquemas similares de La Tène I3, que Cabré y Morán situó en los siglos V, IV y III a. C. (Schüle, 1969, 150 y fig. 59-60; Cabré y Morán, 1982, 6). La diferencia es, sin embargo, frecuentemente eludida y se utiliza el hoy engañoso término *trasmontano* para aludir tanto a uno como a otro tipo de fibulas.

Pero, a diferencia de lo que veremos en las de La Tène I3, las auténticamente «trasmontanas» son relativamente escasas en el Sado-Guadiana, detectándose sólo siete ejemplares que se distribuyen equitativamente entre los poblados de Azougada (3.a), Capote (6.a), La Martela (24.a) y Nertóbriga (31.a), en cronologías imprecisas, pero que a juzgar por su presencia en Capote y Nertóbriga pudiera alcanzar el siglo II a. C.

Proponemos, por tanto, una cronología provisional para esta fibula desde inicios del siglo IV a mediados del II a. C.

Similar datación podemos aplicar a los escasos ejemplares zoomorfos de los que, al menos, el de Herdade das Casas (17.a) responde a una variante clásica pero reutilizada de las fibulas de caballito meseteñas, cuyos límites meridionales se situaban, hasta este momento en Fuente el Saz del Jarama (Madrid) y Cáceres el Viejo (Blasco y Alonso, 1985; Sánchez Abal y Salas Martín, 1983, 393-394). La cronología de este tipo, que oscila entre inicios del IV y comienzos del II a. C., permite confirmar su uso en el siglo III que proponemos para los ajuares y armas de esta necrópolis.

LT I: FIBULAS CON APENDICE CAUDAL CLASICAS Y PENINSULARES DE ESQUEMA LA TENE I, con una y dos piezas, respectivamente (fig. 25.1).

LT12: clásica de La Tène I.

LT13: peninsular de La Tène I, con dos piezas.

LT14: evolucionada de la peninsular de La Tène I.

Tipo LT12: 30 unidades.

Tipo LT13: 22 unidades.

Tipo LT14: 4 unidades.

Tipo LTI?: 1 unidad.

Total: 57 unidades.

Dispersión y comportamiento cronológico

Ciertamente los esquemas de La Tène I son los que alcanzaron mayor éxito en esta región, y ello viene a confirmar las pautas locales que fibulas como las de Bencarrón y Acebuchal, primero, y las «trasmontanas», después, marcaron en los siglos anteriores.

Aunque las cifras engañen a causa de la distorsión que producen las 28 fibulas de esquema clásico de La Tène I localizadas en Vaiamonte (44.a), estos ejemplares sólo se conocen en este yacimiento y en el de Capote (6.a), donde sólo con dos unidades están bien fechadas en el nivel 3. Es por ello que comprobamos un comportamiento lógico para estas piezas, que oscilaría entre mediados del siglo IV e inicios del II a. C.

Por el contrario, su traducción peninsular, definida

por Cabré y Morán como ejemplares de dos piezas —cabeza/puente/ pie-muelle/aguja— derivados de las anteriores (1979, 14-16, grupo III), suponen la explosión de estos tipos de fibulas con 22 ejemplares repartidos a lo largo de 9 yacimientos.

Considerado este tipo de fibula, básicamente en su variante «a» (con apéndice caudal en adorno bitronco-cónico o moldurado y en bulto redondo), como típico ejemplar meseteño, diferente a los numerosos paralelos del Sureste (Cuadrado, 1978, 331-333; Cabré y Morán, 1979, 16), destacamos la especial concentración que existe en el Sado-Guadiana.

La tradición local aludida justifica, por demás, este predominio a menudo equivocado con los tipos *trasmontanos* (véase la correcta diferenciación en Schüle, 1969, 150-151 y figs. 59-60, tipos 4h y 4i.).

En un segundo trabajo de Cabré y Morán (1982, 13-14 y fig. 17), sobre la cronología de las fibulas meseteñas, el grupo IIIa es considerado dentro de los esquemas de La Tène IB, con fechas que oscilan entre mediados del IV y mediados del II a. C. No obstante tales fibulas, como denuncian estos autores respecto a la perduración meseteña frente a las del Sudeste (Cuadrado, 1978, 331, ss. IV-III a. C.), parecen perpetuarse en el Suroeste hasta prácticamente el final del milenio.

Las localizamos especialmente en Capote (6.a), con 7 unidades y Vaiamonte (44.a), con seis. Según los primeros, dado que desconocemos los contextos de Vaiamonte, las de apéndice bitronco-cónico moldurado y exento (3a) se documentan en el nivel 2, propio de la segunda mitad del siglo II a. C. y alcanzan los inicios del I a. C., como se confirma por su presencia en otros yacimientos como Cáceres el Viejo (Sánchez Abad y Salas Martín, 1983, 393, fig. 1.4) o, dentro del mundo «céltico», en Jerez (19.a), Pedrão (36.a) y Miróbriga (27.a).

Otros ejemplares, sin embargo, se documentan en épocas anteriores. Durante el siglo III las localizamos en Garvão (16.a) y quizá poco antes en la necrópolis de Chamín (11.a), o entre los niveles de Belén (5.a) y Cerro Furado (62.b).

El comportamiento cronológico, por tanto, oscila entre finales del siglo IV e inicios del I a. C., con especial incidencia y desarrollo en los siglos III y II a. C.

El tercer conjunto se desarrolla técnicamente a partir de los anteriores, pero con una representación mucho menor, quizá porque su lugar siguió ocupado por los del grupo 3. Las fibulas evolucionadas de La Tène I peninsular se diferencian por la adhesión del apéndice al arco y la flexión del pie en curva, según la definición del grupo IV de E. Cabré y J.A. Morán (1979, 17-18, grupo).

En la Península alcanzan fechas entre finales del siglo IV a. C. e inicios del I a. C., como estos últimos autores indican (1982, 17-19). En las tierras alentejanas y extremeñas las localizamos, con un ejemplar respectivamente, en Capote (6.a), en la segunda mitad del siglo II a. C.; en Los Castillejos 2 (9.a) y en Chibanes (13.a), ambos con fechas similares, de finales del II a. C., y en Badajoz (4.a), sin posición cronológica definida.

Su comportamiento es, por ello, puntual y ciertamente tardío, centrado en el siglo II pese a que piezas como la de Capote (con el apéndice de tipo «palmeta») puedan apuntar dataciones más antiguas.

LT II: FIBULAS CON APÉNDICE CAUDAL CLÁSICAS Y PENINSULARES DE ESQUEMA LA TÈNE II, con una o dos piezas respectivamente (fig. 25.2).

LTII5: clásica de La Tène II.

LTII6: peninsular de La Tène II, con dos piezas.

LTII7: evolucionada de la peninsular de La Tène II o «pseudo La Tène II».

Tipo LTII5: 5 unidades.

Tipo LTII6: 5 unidades.

Tipo LTII7: 11 unidades.

Total: 21 unidades.

Dispersión y comportamiento cronológico

Conviviendo con las anteriores y con un mucho menor desarrollo numérico están presentes los tipos de La Tène II.

El grupo V de E. Cabré y J. Morán (1979) engloba a los ejemplares puros (de esquema centroeuropeo), hechos con sólo alambre y con el largo y abatido apéndice caudal unido al puente mediante grapa o voluminoso anillo.

Su cronología se desarrolla desde mediados del siglo III a. C., en el País Catalán, al I a. C. de alguna pieza alicantina, pero la mayoría de los escasos ejemplares paralelizables a los del Sado-Guadiana, son de mediados del II a. C.

En nuestra región, como el tipo anterior (LT I4), sólo aparece singularmente aunque en cinco localidades, dato que no es despreciable, especialmente cuando se ha llamado la atención sobre la escasez de estos tipos en la Península Ibérica (Cabré y Morán, 1982, 20; Voillier, 1908).

Las encontramos en Capote (6.a), Los Castillejos 2 (9.a), Chibanes (13.a) y Miróbriga (27.a), en unos niveles que parecen bien fechados en la segunda mitad del siglo II a. C., alcanzando el I con seguridad, como prueban las fibulas localizadas en el republicano Castelo da Lousa (21.a) y San Sixto (72.b), en pleno ámbito romano.

Todas estas piezas responden a la variante 5a, es decir a las de apéndices caudales simples, excepto la de Capote. Este interesante ejemplar es de tipo 5b, con una esfera en el apéndice y un anillo como agarre.

Sus contemporáneas de fábrica específicamente peninsular (LT II6a y b) son piezas que presentan, de nuevo, el resorte y la aguja en un bloque distinto al resto. Además se observa un claro enriquecimiento del apéndice, con sucesiones de molduras, elementos bitroncocónicos y globulares. Estas piezas, poco conocidas, han sido supuestamente derivadas de las de tipo LT I3, de apéndice caudal bitroncocónico, y fechadas desde mediados del siglo III a finales del II a. C. (Cabré y Morán, 1982, 21-22).

Por lo que respecta a su presencia en el Sado-Guadiana, tienen un peso similar a las clásicas, con cinco unidades, dispersas por Capote (6.a) y Vaiamonte (44.a), con dos piezas cada uno, y una quinta, probable, en Segovia (39.a). Sus fechas sólo están claras en el primero de estos castros: finales del siglo II a. C., junto con la LT II5b de esfera citada.

Por último conviene destacar una de las variantes de mayor interés que, evolucionada de las peninsulares ante-

rioros se conocía con profusión en las zonas celtibéricas de la Meseta Norte. Son piezas cuyos apéndices forman parte integrante de los mismos arcos, en plena evolución hacia el pie y mortaja en pestaña de los tipos de La Tène III (7a y b). Presentan sus resortes en ballesta, ya desarrollados, y los apéndices decorados con profusión de esferas y bitroncocónicos que en no pocos casos adquieren formas zoomorfas.

Aunque tienen una evolución muy parecida a ciertos esquemas germanos, se consideran propias de los talleres hispanos, en especial las de la serie 7b, caracterizadas por la flexión caudal en doble codo. Para E. Cabré y J. Morán (1979, 22) éstas serían piezas fabricadas en pleno territorio celtibérico, en su sentido estricto, dado que fuera de la Meseta Oriental sólo se conocía un ejemplar en El Berrueco. Por ello resulta de especial interés la importante presencia relativa que, de estas piezas, se documenta en el Occidente meridional.

Cronológicamente estos autores las sitúan en pleno siglo II a. C. (1982, 22), encuadre que viene a confirmarse en el Sado-Guadiana, con un ejemplar de la variante «a» en Herdade das Casas, quizá del momento final de uso de la necrópolis a comienzos del II a. C., aunque perduran hasta finales de siglo, como se observa en la pieza muy evolucionada del castro tardío de San Sixto, Encinasola (76.b).

Otro ejemplar, de la variante «celtibérica», idéntico al de El Berrueco, tiene una fecha de finales del siglo II en Capote (6.a), bien fechado por su asociación a un as de Sekaisa, de la serie de «Dos delfines». Por último, la importancia de estas unidades queda reforzada por la presencia de 8 ejemplares localizados en el castro de Vaia-monte (44.a) (Ponte, 1985).

LT III: FIBULAS CON ABERTURA CAUDAL CLÁSICAS Y PENINSULARES DE ESQUEMA LA TÈNE III, con una y dos piezas, respectivamente (fig. 25.2).

LTIII8: clásica de La Tène III (variante Nauheim).

LTIII9: peninsular de La Tène III, con dos piezas de las cuales una es el resorte en ballesta bilateral.

Tipo LTIII8: 23 unidades.

Tipo LTIII9: 1 unidad.

Total: 24 unidades.

Dispersión y comportamiento cronológico

Finalmente nos referimos a las fibulas de tipo Nauheim, bien conocidas en los ambientes en contacto con la primera presencia romana en el Suroeste (tipo LT III7a/b). Diferenciadas en sus variantes a y b, en razón de la forma de la abertura caudal, debemos referir que en el Sado-Guadiana, su número (24 unidades) está distorsionado con las 19 piezas de Vaiamonte (44.a) y que, de éstas, son muy pocas las que muestran la abertura b, circular, como el caso de un ejemplar de Pedrão (35.a). Este yacimiento, junto con su presencia en las tumbas tardías de Chaminé

(11.a) y su ausencia en los poblados abandonados a comienzos del siglo I a. C., ayuda a confirmar una cronología de mediados del siglo I a. C. para estos ejemplares. En Capote (6.a), nivel 2 de fines del II a. C., se localizó una rara variante con resorte en ballesta, conocida con tal cronología y contextos en la Meseta Norte, en yacimientos como Numancia y Arcóbriga (Cabré y Morán, 1979, 24).

AU: FIBULAS AUCISSAS O DE BISAGRA, CON MORTAJA DE PESTAÑA, PUENTE LAMINAR SEMICIRCULAR Y BOTÓN O PROTUBERANCIA FINAL (fig. 25.2). Remiten a los tipos derivados de Camulodunum 17 A y B, con arco decorado con molduras y acanaladura longitudinales y botón esférico o semiesférico.

Tipos A y B: 14 unidades.
Total: 24 unidades.

Dispersión y comportamiento cronológico

Se trata de una fibula de claro ambiente romano tardo-republicano que, a juzgar por su aparición en un conjunto como el depósito B de Capote (dos ejemplares), puede alcanzar los mediados del siglo I d. C., tal como está recogido en otros puntos bien fechados del Occidente peninsular (Ponte, 1979, 119).

En el Sado-Guadiana, destaca a partir de mediados del siglo I a. C., con un conjunto importante localizado en el *castella* republicano de Manuel Galo (23.a), y ejemplares únicos o en parejas documentados en lugares de posterior ocupación romana, como Jerez (19.a), Mangancha (22.a), Miróbriga (27.a), Segovia (39.a), Cola (40.a), El Cañuelo (52.b) y San Sixto (76.b).

En general, este panorama de piezas que, tras las cerámicas, han sido el principal y más numeroso objeto mueble recuperado, permite consolidar las *CONCLUSIONES* a las que llegamos en el estudio cerámico.

La personalidad de los pueblos del Sado-Guadiana inferior se infiere del desarrollo que adquieren entre ellos algunas fibulas que son, prácticamente, exclusivas de esta región aunque apunten relaciones con tierras septentrionales y orientales. En este sentido destacamos la abundancia de ejemplares en los poblados, que aboga por un uso muy extendido de estas piezas y el dominio de las fibulas peninsulares de La Tène I, en especial, del grupo IIIa de Cabré y Morán para sus paralelos en la Meseta Norte.

Por otra parte la dinámica temporal de este amplio conjunto nos ha permitido establecer las primeras pautas generales sobre el desarrollo de los tipos fibulares, tal como se observa en los sectores gráficos.

Por un lado parece claro el dominio de las fibulas anulares en el siglo IV a. C., como perduración de su presencia anterior, con ejemplares comunes a toda la península (Cuadrado 4, 9 y 10) y singular de otros específicos de la zona norte meseteña, incluidos algunos de riqueza y resultado único (fibula de puente ancho en rejilla).

Ya en el siglo IV, desde su segunda mitad y a lo largo

de los dos siglos siguientes, las fibulas de apéndice caudal van a ir imponiendo una presencia que ya tenían en sus precedentes «orientalizantes». Pero su dominio será absoluto desde mediados del siglo III a. C. en el que, prácticamente, desaparecen las piezas anulares hispánicas.

Por último, aunque durante el siglo I a. C. se van limitando las piezas de La Tène, la utilización de esquemas ya antiguos pero con gran tradición (LT I3) se compagina primero con las Nauheim, a mediados del siglo, para alcanzar el cambio de Era en combinadas con las Aucissa.

BROCHES DE CINTURON

Tan característicos como las fibulas, aunque mucho más escasos, son los broches y accesorios de metal de los cinturones. Sin duda porque generalmente estos elementos no aparecían en los sistemas de encintado más habituales (en los que el cuero o la tela debían ser un componente exclusivo) y porque sus hallazgos suelen ir ligados a los elementos de mayor prestigio, a menudo incluidos entre los ajuares, la aparición de broches metálicos es extremadamente escasa, dado el pequeño número de necrópolis localizadas y excavadas (fig. 26).

No es por ello de extrañar que el único conjunto constituido por varios ejemplares proceda de la necrópolis de Alcácer do Sal -25.a- (Correia, 1925-c).

En general, con estas unidades y algunas otras dispersas por yacimientos como Azougada (3.a), Capote (6.a), El Castañuelo (8.a), La Martela (24.a) y, probablemente, Segovia, sólo se atestiguan dos o tres modelos, con escasas variaciones entre ellos (fig. 26).

Básicamente hemos registrado, siguiendo las clasificaciones de Cuadrado y Acençao (1968), Schüle (1969), María Luisa Cerdeño (1978) y, en segunda instancia, las más recientes de Parzinger y Sanz (1986), cinco tipos adscritos a contextos prerromanos y un sexto cuyas fechas remiten a siglos anteriores. Está representado por unas pocas piezas de cinturones de placa rectangular cruzada por garfios de varillas, documentados en las fases orientalizantes de las tumbas de Alcácer. A continuación se localizan otros modelos más recientes que, en algunos casos, representan una auténtica excepción en el panorama arqueológico peninsular.

Nos referimos a tres ejemplares de «cinturones» *halls-táticos en lámina o tirilla*, de la más clásica factura del Hallstatt D2, cuya cronología en centroeuropa llega hasta mediados del siglo v a. C. (Werner, 1984, taf. 28.1, 2; Peroni, 1973; etc.), contexto en el que se encuadra como previo a los tipos peninsulares de broches trapezoidales con escotaduras y tres garfios. Las singulares piezas de la necrópolis de Alcácer do Sal presentan una decoración repujada y troquelada de excepcional calidad, con motivos geométricos, entre los que destacan los «dientes de lobo», y otros figurativos, como la representación de un ave (fig. 26.1).

Otra pieza, de diferente tipología aunque con fechas similares se documentó hace unas décadas en el ajuar contextualizado del tholos megalítico de Gatão, Ourique, donde suponemos que se realizó una sepultura secundaria de cremación, en un momento del Orientalizante Final o Tardío (Viana, Andrade y Ferreira, 1961; Almeida y Fe-

rreira, 1967, 82, fig. 1.6). Se trata de un *broche trapezoidal de un ancho garfio central y escotaduras laterales abiertas*, tipo que fue considerado de «tradicón hallstättica» (Cuadrado, 1961) y conforma la categoría CIII de Cerdeño, fechada entre los últimos cuartos de los siglos VI y V a. C. (Cerdeño 1978, 283 y 284). Se trata, por ello, no sólo de una pieza procedente de un contexto previo, sino también de un probable prototipo más o menos lejano de la categoría DIII, de tres garfios y escotaduras laterales cerradas que caracterizará la Segunda Edad del Hierro (otro ejemplar de igual categoría se localiza en O Crasto de Tavara-de, emplazado en la costa centro-septentrional de Portugal).

1. Tipo con placa-macho trapezoidal, tres garfios y escotaduras laterales cerradas (fig. 26.4).

Sin duda el broche más difundido y característico de esta región. Quizá por ello sea el más abundante en la misma necrópolis de N. S. dos Mártires de Alcácer do Sal (25.a).

De ella Almeida y Ferreira (1967, 81-96) destacaron cuatro ejemplares, tres de los cuales responden al esquema de tres garfios, escotaduras cerradas y decoraciones de sogueados o troquelados (tumbas XLIII y LII), como un cuarto que procede de la última campaña de excavaciones de La Martela (24.a). Pero además conocemos los restos de una probable quinta placa de este tipo, recogido por Schüle como ajuar LII (1969).

Desgraciadamente, ninguna de estas cinco piezas se documenta con otros restos de ajuares conocidos, con excepción de ésta última, donde aparece acompañada con piezas de una ajorca de colgantes amorcillados macizos. Tampoco aparecen con sus respectivas placas-enganches, aunque Almeida y Ferreira publiquen una serpentiforme (tmb. XLIII) que Schüle no recoge.

La pieza de La Martela (25.a), aún inédita, se encuentra depositada en el Museo Arqueológico de Badajoz. Se trata de una placa trapezoidal de bronce que hemos estudiado gracias a la gentileza de sus excavadores, Dres. Juan Javier Enríquez y Alonso Rodríguez Díaz. Broche de 9 centímetros de largo por 6,5 de ancho, es idéntico a la pieza de la tumba XLIII de Alcácer.

Todos ellos muestran uno de los modelos más abundantes en la Península Ibérica, teniendo hasta el presente una clara dispersión noroccidental, aunque sus paralelos más cercanos se encuentran en la «Celtiberia» occidental, con ejemplos en Quintana de Gormaz, Higes, La Olmeda, Aguilar de Anguita, etc. (Cerdeño Serrano, 1978, 285 y fig.12). El mismo tipo se documentó en el siglo V a.C de Medellín (Almagro-Gorbea, 1977).

Su origen o núcleo difusor se pretende localizar en el Sur de la Galia y, en la Península, responde al tipo «Osma» de Parzinger y Sanz (1986, 175-6).

Siendo uno de los modelos más tardíos, englobable en la categoría D-III 3 de Cerdeño (1978, 283-5), se fecha desde finales del siglo VI hasta el 400 a. C., por lo cual puede considerarse como una de las primeras piezas que indican la reactivación de las relaciones meseteñas.

Tanto en el caso de La Martela, cuyo contexto inmediato no es conocido pero sí el supuestamente atribuible, como en el de Alcácer do Sal, donde aparecen en las tumbas del tipo A, la fecha del 400, o incluso del primer ter-

cio del siglo IV junto con las cerámicas de figuras rojas, parece la más oportuna.

2. Tipo con placa-macho trapezoidal, cuatro garfios y escotaduras laterales cerradas.

En el mismo contexto, y época similar, debe considerarse parte de una placa de enganche o «hembra» de otro ejemplar de cuatro garfios procedente de el Castañuelo (8.a), en la que seguramente, debía haber una segunda fila de agujeros con los que formar un ejemplar de las llamadas «hembras de parrilla, con varias filas de vanos» (tipo E II-2 a) por Cerdeño, fechable en la primera mitad del siglo V y con idéntica dispersión geográfica que la placa anterior (1978, 283 y 286). Corresponde al tipo «Griegos» de Parzinger y Sanz (1986, 175), de similar contexto y dispersión algo más occidental.

3. Tipo con placa-macho cuadrangular, un garfio y placa hembra con uno o dos agujeros rectangulares (fig. 26.5).

En momentos más antiguos, Schüle documenta (junto con piezas de dos especímenes «tartésicos») fragmentos de tres placas cuadrangulares de un solo garfio, ricamente repujadas con incrustaciones de plata. Dos de ellas conservan sus placas-hembras, con agujeros de enganche rectangulares.

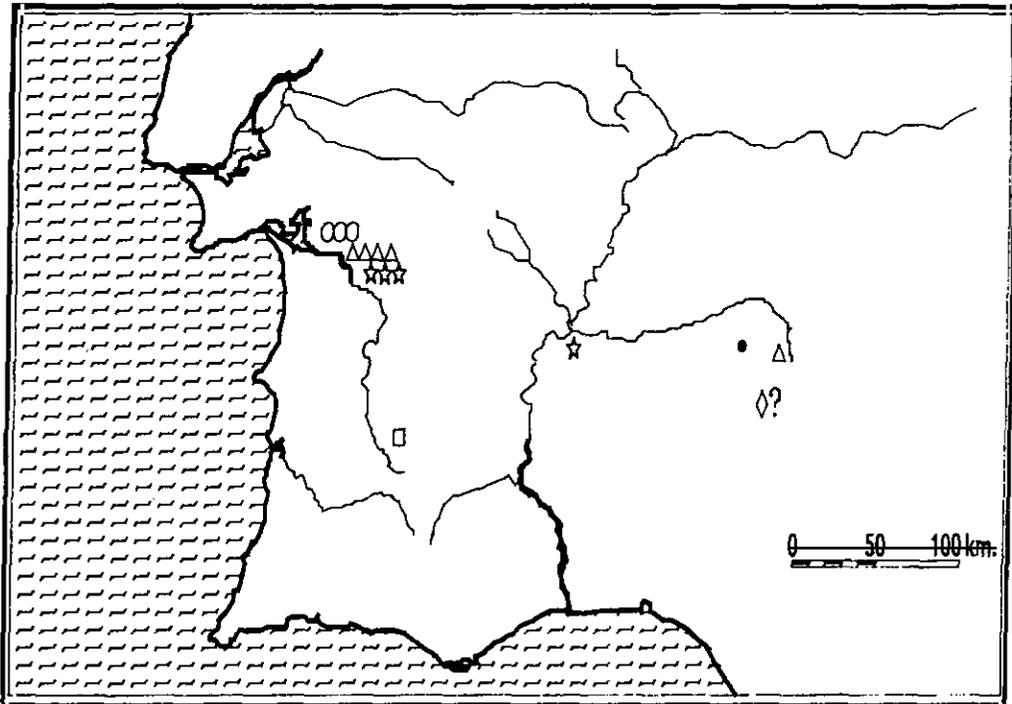
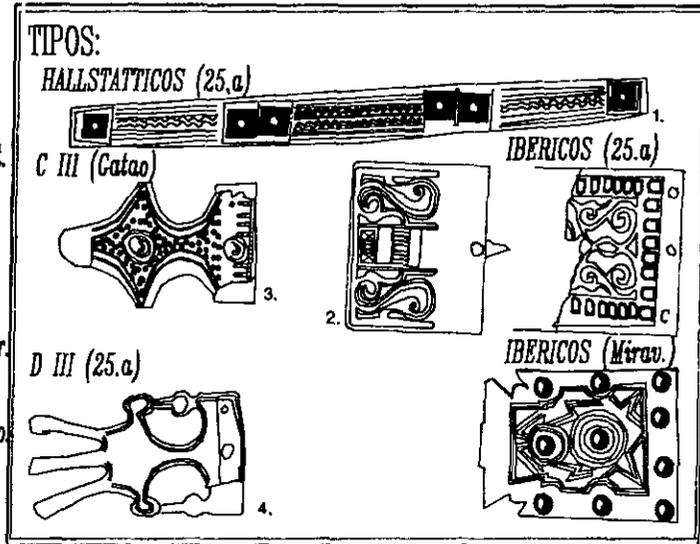
Tampoco de éstas tenemos datos concretos sobre sus contextos arqueológicos, pero por comparaciones con otros ejemplares peninsulares se pueden fechar entre finales del siglo VI e inicios del V a. C., como sitúa Varela Gomes un gran broche de cinturón de un solo garfio que, junto con asadores y «cerámicas rojas con bandas grafitadas», caracterizan la etapa final de los materiales orientalizantes de yacimiento de Azougada (3.a), aunque probablemente ya están influidos por las nuevas directrices culturales que reflejan relaciones meseteñas y continentales (Gomes, 1983, 208). Poco más puede decirse de este ejemplar pero parece claro que, en comparación con su contexto general y con el comportamiento general de estos broches, se trata de un tipo fechado en momentos tempranos de la Segunda Edad del Hierro.

La última pieza que podemos aportar procede de las excavaciones de Capote (6.a), en contextos muy tardíos, que no deben ser los originarios. A diferencia de los anteriores se trata de una posible pieza (sólo se conserva la parte central de la placa-macho) de un garfio, similar a los tipos reconocidos en La Osera. Presenta decoraciones repujadas en forma de motivos circulares concéntricos, a modo de «globeletes», que nos remiten a paralelos septentrionales, de tipo Miraveche, dado que conserva las pequeñas oquedades de los remaches o botones que, con forma semiglobular, decoraban el entorno de la placa (Cabré, Cabré y Molinero, 1950, sep. 185, 350; Schüle, 1969, t., 137, 152, 153; Sanz y Rovira, 1988, 193-197).

En el mismo ambiente, junto al citado fragmento de placa, aparecieron dos discos de adorno, siguiendo los paralelos del conocido ejemplo abulense de la Osera (tumba 350 de Cabré) y presentando motivos de un pentaskel repujado, en el disco adjunto, y sucesiones concéntricas de sogueados y triángulos con triple punto troquelado, en el otro. Son placas denominadas «ibéricas» (Rechteckige Iberische Gürtelplatten) para diferenciarlas de aquellas en las que la

TIPOS DE PLACAS-MACHO.

- HALLSTATTICOS.
- 1 GARFIO y esc. abiert.
- △ 3 GARFIOS y esc.cerr.
- ◇ 4/6 GARFIOS y esc.cerr.
- ☆ CUADRADOS y un garfio.
- IDEM con aletas.



BROCHES DE CINTURON.

Fig. 26. - 1-2, 4: Según Schüle, 1969; 3: Almeida y Ferreira, 1967.

raigambre transpirenaica es más patente, y remitir a su máxima dispersión por las tierras del Sudeste hispánico y a la riqueza de los motivos decorativos figurativos que ciertas piezas relevantes presentan (Schüle, 1969, 137-139).

Sin embargo, cada vez son más numerosas en ámbitos celtibéricos y célticos peninsulares, en períodos y tipos que, como la pieza de Capote, parecen concluir el uso de estos elementos de ornato y prestigio a mediados del siglo III a. C.

Para Cerdeño la presencia en el interior de estos broches de tipo «ibérico» debe entenderse como «llegados a la Meseta durante la Segunda Edad del Hierro, coincidiendo con la máxima expansión de la cultura ibérica» (Cerdeño, 1988, 133).

Pese al corto número de estas piezas, la dispersión septentrional y occidental, y la fechas deducibles del contexto arqueológico, son elementos representativos de ciertos cambios generalizados que en la cultura material y en la ocupación de yacimientos se observan desde, al menos, el último cuarto del siglo V a. C. en todo el Sado y Guadiana. Cronológicamente estas piezas desprenden fechas relativamente tempranas que en ningún caso parecen bajar del siglo III a. C.

OTROS BRONCES:

AJORCAS, PINZAS Y CYATHI

Queda mencionar, someramente, otros materiales en bronce de indudable interés cultural y cronológico, aunque de menor incidencia en los contextos arqueológicos.

Las *AJORCAS* con colgantes macizos, amorcillados o bolsiformes, son especialmente frecuentes en las necrópolis y poblados de los momentos más antiguos. Autores como Schüle o Del Amo incidieron en la especial profusión de estas piezas en el Occidente Peninsular y, especialmente, en las tierras portuguesas (1969, 214-215; 1978, 311).

Junto con otros yacimientos de cronología anterior, es importante la presencia de estas piezas en la necrópolis de Alcácer do Sal (25.a), donde aparecen formando conjuntos completos de ajuares desconocidos pero que suponemos eran parte de las tumbas de las fases A y B. En ellas encontramos tres buenos ejemplos de la variante «bolsiforme» idénticos a los de El Castañuelo (8.a), poblado cuya fecha confirma una cronología de finales del siglo V a. C. para las piezas de Alcácer. Esta suposición se refuerza por la asociación de tres colgantes y un fragmento de broche de cinturón con escotaduras laterales cerradas en la tumba LII, que pudiera suponer una presencia algo más tardía de estas piezas.

Otros hallazgos, en el Alentejo, no tienen contextos conocidos, caso de Terras Frías (Beja) o Mértola, y, especialmente Azougada, donde los materiales más tardíos reafirman la datación temprana.

No sabemos la perduración en uso de tan antiguos ornamentos. Schüle, y el mismo Del Amo, postulan la continuidad de los amorcillados de Alcácer hasta la Romanización, planteamiento que aparece débilmente corroborado por un único paralelo procedente del yacimiento proto-romano de Pedrão (36.a).

Otro de los objetos de uso personal que suelen apare-

cer en las necrópolis prerromanas son, en menor medida que las fíbulas, broches y colgantes, horquillas y *PINZAS* de depilar. Sin embargo, por la escasez de tumbas excavadas, estos elementos son prácticamente desconocidos. Ello puede responder a diversas razones, entre las que manejamos un uso reservado y singular por parte de ciertos individuos (que explica su carestía en los poblados, no sólo en esta región, sino también en otras donde se conocen con más profusión). Plantean así un panorama de utilización bien diferente al observado para las fíbulas, y mucho más próximo al de los broches de cinturón.

Pero además, a diferencia de estos elementos y de los colgantes, las pinzas no aparecen en la necrópolis de Alcácer (25.a). Tampoco se conocen en otros contextos del siglo V y IV a. C., quedando registradas únicamente en dos ejemplos: la necrópolis de Herdade das Casas (17.a), con un magnífico ejemplar decorado con espiralados calados y troquelados, y el castro de Chibanes (13.a), con una pieza similar pero sin aparente decoración.

Ambos ejemplares nos remiten a otros conocidos, tanto en el mundo ibérico como en el meseteño, con fechas que se dispersan por el período prerromano (Cuadrado, 1957 y 1987, 93; Aguilera y Gamboa, 1916; Cabré y Morán, 1982, figs. 24, 26 y 27). No obstante en el Sado-Guadiana se datan entre el siglo III y II a. C., según los yacimientos citados.

Por último, queremos hacer mención a un tercer grupo de materiales que, aunque documentados en escaso número, no dejan de tener un especial interés. Nos referimos a un tipo de *SIMPULUM* que, si bien no hace más que continuar las funciones de estos cazos prerromanos, entra de lleno en los modelos desarrollados bajo directrices romano-republicanas. Se trata de un *cyathus* de pequeñas y estilizadas dimensiones, con un mango de unos 20 centímetros de longitud y una cazoleta semicerrada de 5 centímetros de diámetro en boca.

Fueron tratados, recientemente, por Martín Valls dentro de un estudio sobre los *simpula* celtibéricos, como manifestación de los tipos finales, estrechamente relacionados con las referidas acciones bélicas.

En este sentido este investigador llama la atención sobre el interesante parecido entre los mangos de «*cyathi*» localizados en Castelo da Lousa (21.a) y Cáceres el Viejo, cuyas fechas pueden situarse a lo largo de la primera mitad del siglo I a. C. (Martín Valls, 1990, 167-169).

El interés se incrementa cuando se localiza un tercer mango, de nuevo idéntico a los anteriores y procedente de las excavaciones de la Martela (24.a) (Enríquez y Rodríguez Díaz, 1988, 121 y fig. 9.13) y un cuarto ejemplar, esta vez el único con perfil completo (faltan importantes partes del cuenco), localizado en el nivel 2 de Capote (fig. 27). Otros cuatro, también de reciente hallazgo, proceden de Mesas do Castelinho (26.a) y del Castelo Velho do Cobres, así como, más al norte, un ejemplar de Bombarral (Farreira, 1992, 24).

El interrogante sobre el significado de la presencia de estas piezas en contextos indígenas, al estilo de los celtibéricos, y romano-republicanos (Lousa, Cáceres el Viejo, Castelo Velho do Cobres), entra en las complejas relaciones entre ambas culturas, definidas por las zonas de conflicto en el siglo II, cuyo resultado final fue la romanización de la región.

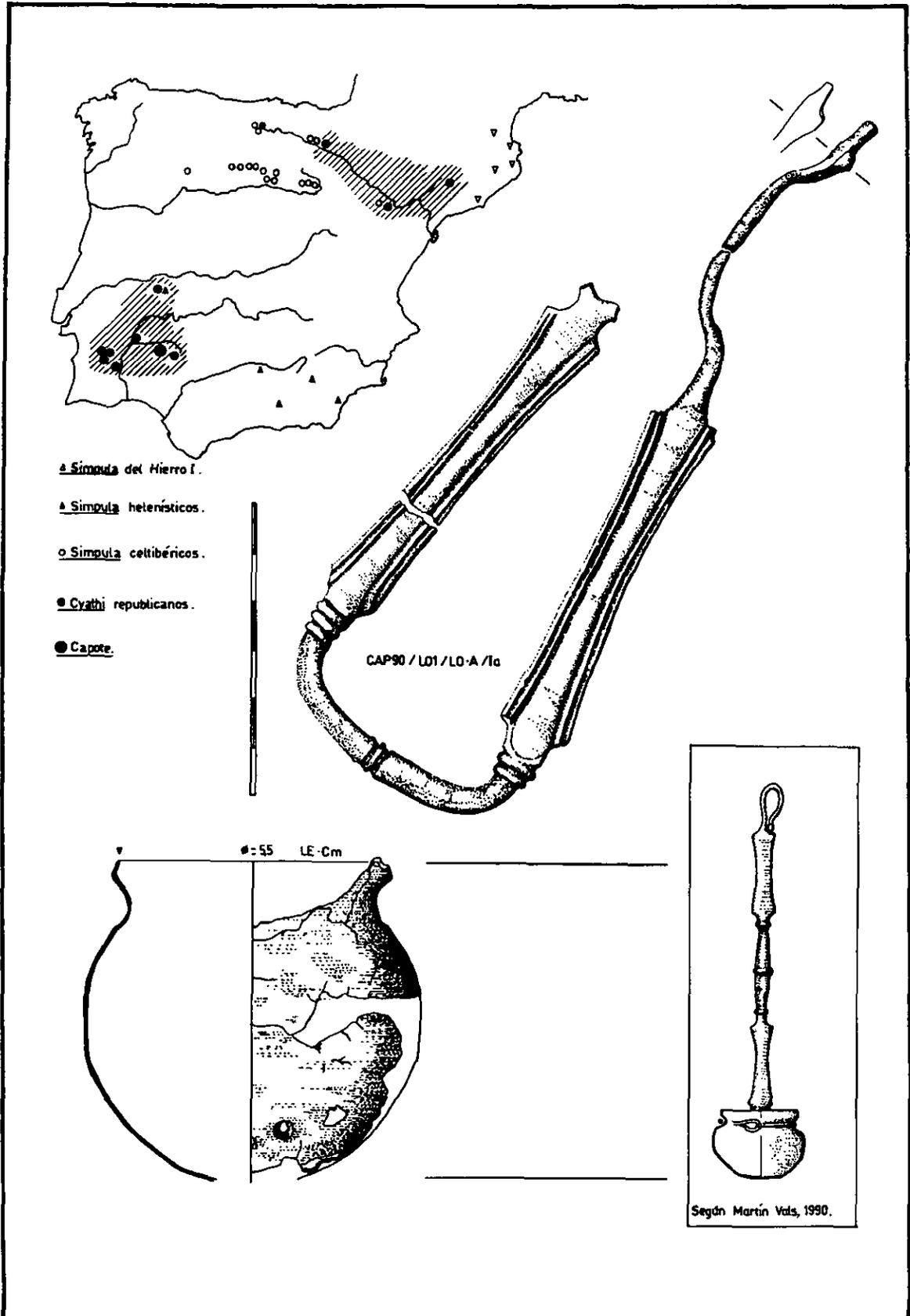


Fig. 27.—Cyathus de bronce hallado en Capote, nivel 2, y su dispersión peninsular, según Martín Vals, 1991, ampliada.

ORFEBRERÍA

PLACAS REPUJADAS Y OTRAS PIEZAS EN ORO Y PLATA

Uno de los aspectos culturales con mayor contraste respecto a lo conocido en los siglos anteriores es el referente a la orfebrería.

En sí no se repiten más que las pautas reconocidas en la toréutica, con una escasez de producciones que, en los pocos casos documentados, reflejan los gustos y técnicas locales.

Tanto los trabajos en oro como en plata se localizan en los momentos más antiguos, con la excepción de alguna pieza menor como la fíbula de La Tène II del nivel 2 (siglo II a. C.) de Los Castillejos 2 (9.a), junto con yacimientos de la órbita postrera del Orientalizante, como la necrópolis de Galeado (14.a), donde se halló un «nazm» de oro, en forma circular y con doble alambre retorcido sobre sí, cuyos extremos se cruzan y enrollan simétricamente en espiral. Mide la pieza 2,9 centímetros de diámetro por 0,2 centímetros de grosor, con un peso total de 1,1 gramos.

De probable ascendencia oriental, esta pieza recuerda por su sencillez a otra posterior que localizamos sobre el Altar de Capote, formando parte del Depósito A.

Se trata de una pequeña *pulsera o colgante* de 4,5 centímetros de diámetro y 0,2 centímetros de grosor. Realizado en plata de buena ley, presenta un sólo alambre, de sección cuadrada, retorcido y con extremos de tendencia esférica, vuelto sobre sí. Esta pequeña joya sigue los patrones de los torques con junco sogueado, tan corrientes en la orfebrería prerromana de la Península (Delibes y Esparza, 1989, 112). Pero lo más característico de este ejemplar es el tipo y sistema de cierre, que lo identifica como un modelo de ganchos o extremos vueltos, similar a muchos documentados entre los torques/pulseras de La Osera VI, del tesorillo de Drieves o de los más cercanos del zamorano Arrabalde, por citar algunos de los conjuntos prerromanos con piezas homologables (Cabré et alii, 1950, sep. 351 y lám. XXXV; San Valero, 1945; Martín Valls y Delibes, 1982).

Si relacionamos estos tipos con el IV de la clasificación de De la Bandera para los brazaletes orientalizantes e ibero-turdetanos podemos suponer que se trata de producciones basadas en esquemas de largo origen y tradición peninsular, con especial desarrollo en el Guadalquivir y penetración interior siguiendo las rutas occidentales (1984, 373 y 395). El sistema de cierre se documenta desde la transición del Bronce al Hierro Uno en Aquitania —túmulo J de Ibos— y el Languedoc al final del milenio en la Turdetania —tesoro de Mengibar en Jaén (Mohen, 1980, 297–298, pl. 69; Guilaine, 1978, 35.1; Alvarez Osorio, 1954; *Los Iberos*, 1983, 91).

Algunos pequeños objetos en plata u oro aparecen dispersos, en número extremadamente escaso, entre los yacimientos prerromanos del Sado-Guadiana. Su ausencia de los ajuares de la fase A y, probablemente, B de la necrópolis de Alcácer do Sal (25.a) es signo suficientemente significativo de los cambios operados en el trasfondo cultural y económico de estas tierras. Destacan los *anillos o argollas de plata* del depósito votivo de Garvão (16.a), que

forman un conjunto de una decena de sencillas piezas, junto a un pequeño brazaletes, un fragmento de címbalo y un probable lingote, todos en metal argentífero.

Pero podemos reconocer el uso de la clásica pareja de metales nobles en un tipo de «joya» que por su formato y aspecto no deja de sorprender y reflejar la personal creatividad de los habitantes del Oeste peninsular.

Nos referimos a las *PLACAS REPUJADAS*, pequeñas láminas que aparecen, probablemente durante en siglo V a. C. y que, pese a los escasos lugares de localización, parecen tener una dispersión exclusiva por Extremadura y el Alentejo (fig. 28).

En un trabajo anterior (Berrocal, 1989-a) destacamos la unidad de dos conjuntos aparecidos en Serradilla, Cáceres, y Sierra de la Martela (24.a), Badajoz. Pero, además, resulta de gran interés constatar que el tercer grupo importante de piezas nobles, integrado en el depósito votivo de Garvão (16.a), son también placas repujadas (aunque difieren de las anteriores).

Entre los más llamativos hallazgos áureos de los últimos tiempos en las tierras occidentales de la Península, hay que destacar unas pequeñas **placas procedentes del castro de La Martela (24.a)**, las únicas piezas de orfebrería de este período documentadas en la comarca del Ardila.

Son tres pequeñas placas trapezoidales y un colgante en forma de bellota y fueron halladas, según D. Florentino Girol, en el poblado citado. Su fecha, en el siglo IV a. C., fue extrapolada de las cerámicas, fundamentalmente urnas grises, estampilladas de aspecto tardío y bordes de ánforas y vasijas de almacén, que podrían alcanzar hasta el siglo II a. C.

Básicamente se trata de un grupo de placas de forma más o menos trapezoidal, con el lado mayor hacia abajo y el menor soldado a un canalillo de suspensión. Las medidas oscilan entre los cuatro y cinco centímetros de anchura, menos de cuatro de altura y un milímetro de espesor.

Técnicamente cada placa se compone de dos láminas trapezoidales, de las cuales la del reverso es lisa y ligeramente mayor y la del anverso está profusamente decorada. La sujeción de la placa anterior a la posterior se logra mediante el acabado abarquillado de los bordes de ésta, que permite el acople de la primera, reforzado por la soldadura de cordoncillos dobles y una hilera de gránulos. Además, en algunos ejemplares se observa la existencia de «grapas».

En la ornamentación se utilizan las técnicas del repujado (en la ejecución de motivos realizados aparte de la lámina y posteriormente soldados a ella); granulado (para varias funciones, como la de sujeción exterior; destacar las siluetas de los motivos repujados y sus rasgos internos más importantes y formar motivos ornamentales de trasfondo y complementarios que muestran un gusto por el «horror vacui»); la filigrana (cordoncillos sencillos o dobles torsos) y el engastado de esmaltes.

Los sistemas de suspensión responden a estructuras cilíndricas soldadas a las placas por los lados menores: bandas longitudinales independientes, decoradas con estrias ciseladas que se agrupan, en distancias determinadas, con arandelas triples, logrando así un continuado bombombamiento.

La temática decorativa se estructura en un nivel princi-

pal (cabezas humanas, prótomos de caballos y felinos, rosetas centrales, y foliformes invertidos), otro accesorio (para enmarcar y destacar el campo de cada placa, con círculos, «dientes de lobos», y entrelazados) y un tercero, complementario (dispuesto por semiesferas en trasfondo).

Este estudio parte de la consideración de los motivos descritos como elementos de esquemas globales, que son los que se reflejan en las placas. En todas existe un denominador común: la presencia de glóbulos y círculos destacados en abundancia que, camuflados como una ornamentación de apariencia accesorio, tienen un claro valor de simbología solar (E. Cabré, 1952). En las placas de la Martela estos motivos ocupan, en friso corrido, todo el tercio inferior, perdiendo efecto simbólico en favor del decorativo, pero la representación solar se ve reforzada por la colocación central de una gran roseta de seis pétalos.

El significado de estos elementos es algo aceptado por los especialistas en general (Sayans, 1966, 42 y Almagro Gorbea, 1977, 229; Nicolini, 1990, 613-616), especialmente cuando se ponen en relación con los motivos aquí asociados.

Con esta simbología común, la disposición figurativa se establece por la asociación de los restantes motivos principales, creando grupos de placas de significado homólogo: roseta y discos solares delimitan un par de cabezas humanas frontales, flanqueadas por dos grandes hojas apuntadas hacia abajo; o con la variante de la introducción de un prótomo, también frontal, de felino, en el centro del conjunto; y roseta y discos solares delimitan tres prótomos frontales de animales, separados por un par de hojas apuntadas hacia abajo.

Estas piezas muestran una ejecución y técnica típicamente oriental y mediterránea. Los paralelos de la conjunción de las distintas técnicas dentro de la orfebrería púnica, etrusca y griega fueron recogidos por Almagro-Gorbea para las placas de Serradilla, aunque las joyas en cuanto a su concepción general son raras en este amplio y bien conocido mundo. Sólo en la orfebrería orientalizante de la segunda mitad del siglo VII de la isla de Rodas se encuentran paralelos demasiado evidentes como para no destacarlos respecto a los demás (Lafinneur, 1978, 167-178 y 1980).

La existencia de series de placas rectangulares es el hecho más interesante, no ya por la escasez de este tipo de joyas sino por la absoluta concordancia en cuanto a técnica y ejecución con las extremeñas. Este rasgo, por su complejidad y peculiaridad, permite considerar a las joyas rodias como remotos antecedentes técnicos de las hispánicas. También muestran una lejana relación en el trasfondo simbólico, limitado en esta joyería oriental a representaciones fundamentalmente de la «*potnia theron*» en claro estilo dedálico. La aparición de placas con cabezas frontales como motivos principales, prótomos de animales felinos, de la *potnia* «de las aves» y de rosetas recuerdan la temática de nuestras placas (Lafinneur, 1978, 19 y ss.).

Sin embargo, y sin negar el origen oriental de las piezas estudiadas, la iconografía representada en las placas extremeñas presenta cambios evidentes que responden a gustos y creencias propios de mundos occidentales.

Reflejan una relación entre hombre y caballo frecuente

en las sociedades guerreras de la Meseta y del mundo ibérico. Así los sectores E 2 y 5 de Cancho Roano proporcionaron conjuntos de piezas de atalajes de caballos con figuraciones que manifiestan la importancia de este sentimiento (Maluquer de Motes, 1981, 324-333).

Las cabezas representadas en la Martela responden a cánones (la forma general de la cara, la unión de ojos y nariz en una sóla línea, la falta de orejas o la ejecución sencilla del pelo, que podría reproducir su remate en moño, con el círculo que corona las cabezas —fig. 28.c—), propios de ejemplos celtas con influencias mediterráneas, identificación que se ratifica por las representaciones de hojas apuntadas hacia abajo que las flanquean, rasgo específico de las cabezas celtas y que, para Jacobsthal, denotaban cierto grado de sacralidad o relevancia de estos personajes, unido a una función profiláctica, mientras Hatt las ha considerado atributo de la divinidad gala Esus (Jacobsthal, 1969, 16, 21; Megaw, 1970, 27; Hatt, 1989, 48-49).

Las placas reflejan significados análogos: las supuestas cabezas, figuraciones del posible culto a la «*tête coupée*» creído entre los celtas (Deyts, 1976, 78-85; Pernaud, 1979, 120 y ss.; Jacobsthal, 1969, 23); los adornos de grandes calderos de la necrópolis de Hallstatt, de sículas, ánforas, armaduras y demás toréutica alpina (Megaw, 1970, 51, láms. 21 y 22; Mehart, 1969, Tafel 44, 47, 48 y 50; Jacobsthal, 1969, figs. 365, 393.a-d, 297) responden a fenómenos de aculturación en regiones de contacto entre celtas y etruscos (Nash, 1985, 45 y ss., 55-63).

El uso y destino de estas joyas está, ciertamente, por conocer a causa de la falta de un contexto arqueológico específico. Por sus semejanzas rodias sería plausible considerarlas elementos de collares pectorales, supuesta función de las joyas orientales. Como las placas extremeñas, forman conjuntos en serie y quedan suspendidas por el lado superior mediante un cordoncillo que pasa a través de un sistema tubular. La colocación de estas piezas para Laffineur, Higgins y otros especialistas debía ser sobre el pecho, estando prendidas por los extremos al vestido en los hombros, con fíbulas o alfileres, disimuladas con la colocación de una roseta sobre el borde superior de las placas terminales (Laffineur, 1978, 79 y 1980, 26 y ss.). Una estatuilla de bronce de Atenas y terracotas argóreas y sículas confirman este uso, como su representación en el vaso François (Jacobsthal, 1956, 110, figs. 331-332).

Ciertamente las placas rodias son rectangulares y no presentan los inconvenientes funcionales de nuestros ejemplares que por sus formas trapezoidales ensanchadas hacia abajo, se taparían parcialmente entre sí (esta razón aporta Laffineur, 1978), para no considerarlas como parte de collares auténticos, es decir, suspendidos del cuello, y es definitiva para descartar el uso de las placas extremeñas en diademas o coronas de placas rectangulares orientales portadas por Astarté, que Blázquez da a las placas del Carambolo (1983-b, 40). Solución a este problema se encuentra intercalando en el hilo sustentante cuentas longitudinales de tipo «tonelete alargado» lisas o estriadas, semejantes a los canutillos de suspensión de las placas de la Martela, bien conocidas en el Mediterráneo y en puntos de comercio interior tan cercanos como Cancho Roano (Perea, 1985, 311) y el mismo Capote (LLO1 -1') o sencillamente intercaladas entre cuentas, como un collar de

placas triangulares de la tumba Benvenuti (Randall-McIver, 1927).

Con todo, la consideración de piezas únicas, elementos principales y centrales de collares verdaderos, como los trapezoidales de ciertas terracotas etrusco-campanas (Bedello, 1974, 96 y 98, piezas 2726 y 4397), o colgantes suspendidos de una cadeneta no es descartada ni siquiera para las piezas rodias (Laffineur, 1978, 80.). Un collar pectoral, del segundo tesoro de Boukyovtsi (Bulgaria), siglo IV a. C. muestra conjuntos de colgantes con cabezas, rosetas, granadas y bellotas, que penden de varias fíbulas unidas por cadenitas (Jacobsthal, 1956, 117, láms 642-3, y Venedikov, 1976, 61), que, para Laffineur, es representativo de collares-pectorales muy extendidos por el norte de Grecia y el cauce del Danubio, derivados de la orfebrería rodia del siglo VII a. C. (Laffineur, 1978, 168). Jacobsthal considera esta joya como producto elaborado de la costumbre de llevar cadenillas sujetas a fíbulas, tradición muy arraigada en Europa, especialmente en la zona de Iliria, Tracia, Area Hallstática oriental y norte de Italia (Jacobsthal, 1956, 116).

Los restos de varias fíbulas de La Tène, hallados junto al tesoro de la Martela, e incluso los tres pares de arracadas y cadenitas que acompañan a las placas de Serradilla, permiten sospechar que estas pudieron ser piezas individualmente suspendidas de cadenas que uniesen fíbulas, alfileres o arracadas, junto con colgantes como la bellota de la Martela, a semejanza del conjunto de Boukyovtsi.

Respecto a la función de estas piezas, junto con su significado cultural y profiláctico, se las debe considerar como bienes de prestigio entre los pueblos de la Meseta. En este punto, las placas extremeñas pueden homologarse a las piezas «céltico-orientalizantes» de Francia, Suiza e Italia (Jacobsthal, 1969, 22; Megaw, 1975, 15-33, y Sanders, 1976, 41-55). Como ellas reflejan relaciones entre los pueblos costeros mediterráneos y los jefes guerreros celtoparlantes del interior para los que se fabricaban, con técnica oriental, estas joyas de iconografía occidental, posiblemente como pago de servicios como el mercenariado (Nash, 1985, 55-63).

Las características técnicas de las piezas de Serradilla, a caballo entre tesoros orientalizantes y la orfebrería castreña del Noroeste, indujeron a datarlas en el siglo V a. C. (Almagro Gorbea, 1977, 229-230; recientemente, Nicolini, 1990, 332, 2a 1/2 s.V). Las placas de la Martela, supuestas en un substrato ocupacional del siglo IV a. C. se caracterizan por un mejor acabado técnico, según se observa en sus analogías técnicas con el tesoro de Évora y el de Arrabalde (Blanco de Torrecilla, 1959, 50-57 y Carriazo, 1970; Delibes y Martín Valls, 1982). Ello es indicio, como sostiene Alicia Perea, de una datación que lleve este conjunto a plana época Orientalizante. Refuerza tal consideración la aproximación a los ejemplares rodios de fines del VII, pero su temática y la importancia de repujados y filigranas aconsejan una datación intermedia que muy bien podemos situarla a finales del siglo V a. C. No entramos así en contradicción con los resultados arqueológicos (que por otra parte no son lo concluyentes que cabría esperar) dado que lo documentado en el siglo IV a. C. o, mejor, posteriormente es la desamortización del tesoro.

El segundo conjunto de *placas* se localiza, esta vez, en

la cuenca del Sado, dentro del excepcional depósito votivo de Garvão (16.a).

Ciertamente existe una notable diferencia entre ambos tipos de placas, aun cuando en lo esencial, los dos son láminas repujadas, figurativas y de similares dimensiones (fig. 28).

Las de Garvão, cuyo contexto y cronología está bien documentado, presentan formas subrectangulares y medidas que oscilan entre los 7 y 3 centímetros de largo por 1,5 y 3 centímetros de anchura. Los espesores medios nunca superan 0,5 milímetros. Son dos piezas de oro junto a otras de plata que, contando los fragmentos individualizables, pudieron sumar hasta once.

Todas ellas muestran dos grandes ojos repujados, con la excepción de dos de plata en las que se observan representaciones antropomorfas más complejas. La primera de estas —pieza 78— muestra una cabeza humana, realizada con gran realismo, junto con unos brazos esquemáticos. La otra —pieza 79— desarrolla la figura de un «orante», con rasgos mucho más esquemáticos. Sus medidas son 5,3x3x0,1 centímetros y 3,1x1,6x0,05 centímetros, respectivamente.

Estas placas ya no reflejan la técnica ni el acabado orientalizante que se observan en las anteriores de La Martela y Serradilla. Al contrario, sus paralelos refuerzan la cronología del siglo III a. C. que le proporciona el resto del depósito (especialmente gracias a un hemidracma de Gades).

Así pudieron considerarse algunos ejemplares aislados procedentes de Alhonor (López Palomo, 1981), Recuesto de Cehégín (Lillo Carpio, 1981, 27-28, rec. I.6 y 8), Salvacañete (Cabré, 1936, 154) y, en época posterior, Drieves (San Valero, 1945, fig.12.48). Algunos de estos ejemplares muestran gran similitud con los de Garvão, especialmente los de Cehégín (Murcia) y Drieves (Cuenca), fechados entre los inicios de los siglos IV y II a. C. pero, pese a la similitud, estas placas no son más que elementos aislados, a diferencia de lo que ocurre en el depósito alentejano.

Sólo en algún caso singular, en los más prolíficos santuarios peninsulares, se localizan varias placas en conjunto. El más completo procede del Collado de los Jardines, donde se conocen dos placas oculadas homologables y otras tres con representaciones de ojos recortados, todas ellas dentro de un amplio conjunto de exvotos anatómicos de los que son sólo el 8 por 100 del total (Prados Torreira, 1991, figs. 1.1 y 5).

Por eso son los santuarios extrapeninsulares los más cercanos, con exvotos en forma de placas oculadas, a los conceptos de trasfondo de las piezas de Garvão. Sus excavadores apuntaron los de las Sources de la Seine (Borgonhe), des Roches à Chamalières (Clermont-Ferrand) o Bourbonne-les-Bains (Marne). En el primer caso acompañaban a 119 placas oculadas, numerosos exvotos de madera y una inscripción dedicada a la diosa Sequana —del agua clara nacida de la tierra— (Deyts, 1986; Bourgeois y Sikora, 1982). Pero el concepto de placa oculada se rastrea en el Mediterráneo desde siglos anteriores, con orígenes que parecen apuntar hacia el mundo helénico. Así se documentan en los inicios del Hierro suditalico (Sabucina, Sicilia; Mendolito, Catania) y más allá en el mundo griego, donde alcanzan cierta tradición (Marshall,

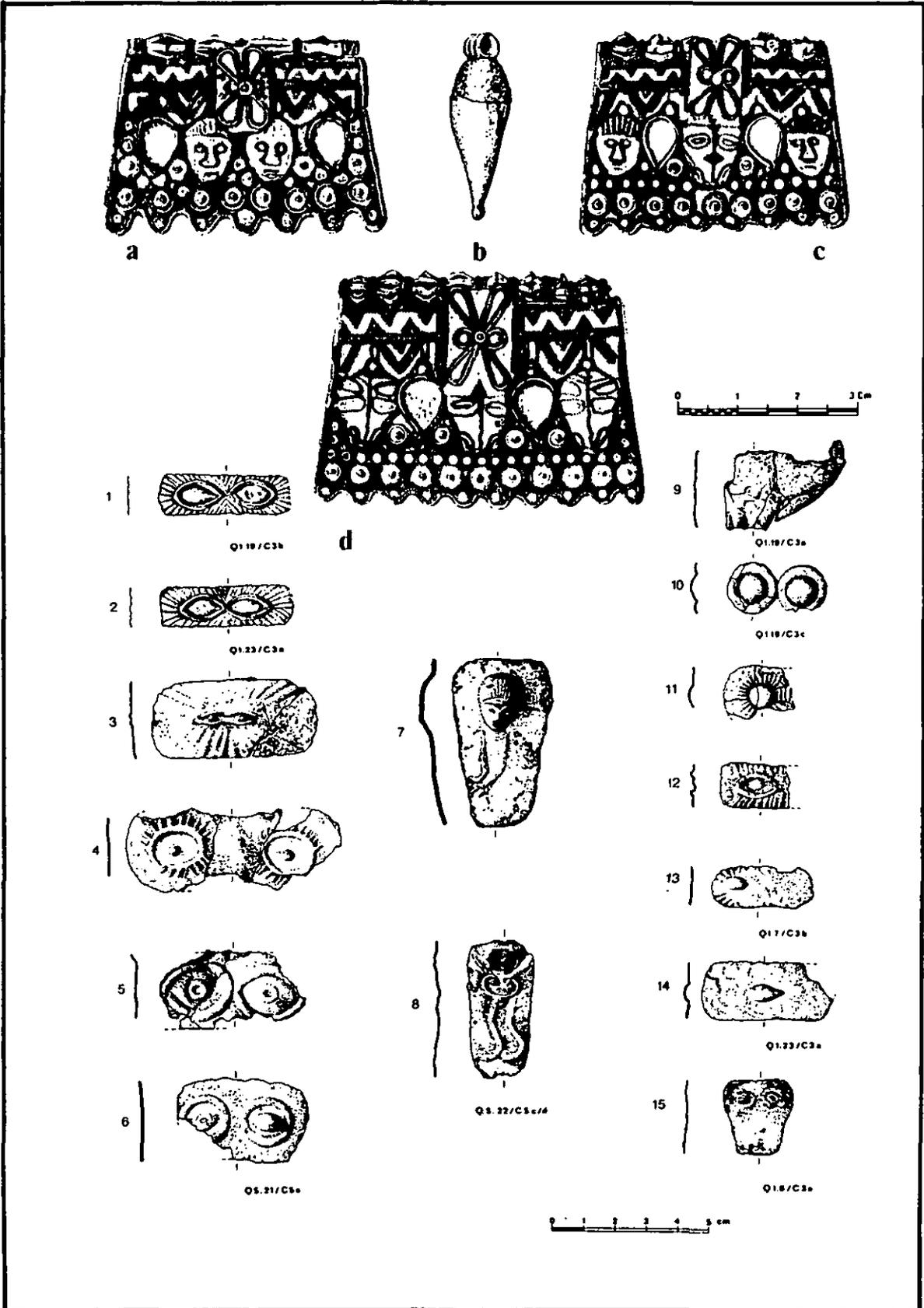


Fig. 28.—Placas, repujadas, de oro y plata; castro de La Marieta (a/d); depósito votivo de Garvão (1/15, según Beirão et alii, 1985).

1969, *Catalogue of Jewellery...*, British Museum, 200, 232, lám. XXXII, figs. 1847-1848).

En *CONCLUSION*, la orfebrería y platería prerromana en el Sado-Guadiana demuestra una «decadencia» y una transformación notable respecto a la Orientalizante anterior.

Por una parte, escasea tanto en número como en variedad, limitándose a producciones menores en plata de anillos, colgantes y, en algunos casos singulares, fíbulas. Por otra, el único tipo de manufactura donde se alcanza cierta complejidad lo constituyen pequeñas placas repujadas, con representaciones antropomorfas parciales o totales. En este sentido la comparación entre el conjunto de La Martela, cuya realización fechamos a finales del siglo V a. C., y el de Garvão, del III a. C. demuestra una pérdida clara de las técnicas y recursos orientalizantes (granulado, engastes, e incluso filigrana) para imponer el sencillez repujado como única solución ornamental y asimilar estas piezas a otras dispersas por el territorio meseteño y la orla mediterránea meridional de la Península.

Sin embargo, desconocemos conjuntos de placas oculadas equiparables a los territorios sudoccidentales y sólo fuera de la Península, en zonas celtas que acusan el impacto greco-etrusco, pueden localizarse grupos y funciones similares.

HIERROS

No solían ser los utensilios de hierro, con excepción de las armas, los materiales más considerados y mejor tratados en las excavaciones realizadas en las décadas anteriores. Quizá por ello, unos elementos que necesariamente debían ser muy habituales no suelen registrarse en noticias aisladas o memorias antiguas. Ello redundaba en la concentración de información en ciertas excavaciones, reflejando un panorama muy selectivo.

Otro de los inconvenientes que merman la importancia de estos materiales son sus formas, generalmente sencillas y diacrónicas, que por sí solas no suelen permitir obtener deducciones cronológicas concluyentes. Por último, hemos de afrontar el grave inconveniente causado por las composiciones edafológicas y la erosión del terreno, silíceo, que repercuten en el grado de oxidación de las piezas cuando son recuperadas.

Tradicionalmente desdeñados por su poca vistosidad, son materiales que poseen un inmenso valor arqueológico al ser, en este período, los que mejor documentan las actividades económicas cotidianas.

No obstante, contamos con la excavación de una serie de poblados cuyas ocupaciones prerromanas, bien definidas, han proporcionado un buen número de estas herramientas: Capote (6.a), Chibanés (13.a), La Martela (24.a), Pedrão (36.a) e incluso la misma necrópolis de Alcácer (25.a).

Para su tratamiento nos hemos apoyado en las obras de Pla Ballester (1969), Sanahuja Hill (1971) y Manrique (1980), sobre los instrumentos de hierro ibéricos y numantinos, junto a otras de carácter general como las de Schüle (1969), Cabré (1930), Maluquer de Motes (1958) o Fernández Gómez (1986).

HERRAMIENTAS DE LABRANZA, DESBROCE Y OTRAS ACTIVIDADES AGROPECUARIAS (fig. 29)

a.1. Las *HOCES* y *PODADERAS*, están presentes tanto en Capote (6.a) como en la Martela (24.a), Chibanés (13.a) y Pedrão (36.a) con ejemplares que remiten a dos tipos:

a.1.1. *Hoces con empuñadura cónica-tubular*, o plano triangular (robtones sujetos por arandela o cachas) y hoja ancha, tendentes al semicírculo. De este tipo hemos documentado algunas piezas en Capote (6.a), pero parece que representa un tipo de vieja tradición según pudiera desprenderse de un magnífico ejemplar documentado en la necrópolis de Alcácer do Sal (25.a). Dado que Schüle lo recoge (fig. 29.1) como material sin procedencia conocida, sólo podemos especular con una probable datación tardía (ss. IV-III? a. C.).

a.1.2. *Hoces con empuñadura maciza*, de sección rectangular (con robtones sujetos mediante cachas o arandela), y hoja curva estrecha. Las encontramos bien fechadas en plena primera mitad del siglo I a. C. en Pedrão (36.a), en número de tres ejemplares, así como el mismo Capote, aunque con una clara presencia minoritaria respecto al tipo anterior (fig. 29.3).

Con los datos disponibles no creemos que ambos tipos de hoces puedan equipararse dado que deben corresponder a distintas variantes funcionales, como entre las actuales hoces y hocinos, o en términos de Sanahuja, hoces y podones para los primeros y podaderas, para los segundos (1971, 92-93).

a.2. *ALCOTANAS*: otro grupo de herramientas lo forman diversas alcotanas mochas o azuelas procedentes de La Martela (24.a) y de Los Castillejos 2 (A 3), similares a las documentadas por Cabré en Chamartín de la Sierra (1950). El mejor conjunto de estas piezas, sin embargo, vuelve a localizarse en la necrópolis de Alcácer (25.a), con formas que prácticamente perduran hasta el mundo romano y debieron tener, a juzgar por sus estrechas paletas y anchos filos verticales («alcotanas de leñador» de Sanahuja, 1971, fig. 22.1/2), relación con el trabajo de deforestación necesario para explotar las salinas y otros recursos ribereños del estuario (fig. 29.4/5).

a.3. *¿PALETAS DE SEMBRADOR?*: por último citar un par de paletas o cucharas de sembrador, procedentes del castrejón de Capote (fig. 29.11/12), muy similares a otras documentadas en Ampurias (Sanahuja, 1971, 92) pero que pudieran considerarse, también, como instrumentos de talabartería.

Posiblemente la escasez del material documentado esté en consonancia con la poca presencia, que no importancia, de la agricultura entre estos pueblos prerromanos. Sin embargo, nos llama la atención el mínimo número de piezas procedentes de Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos, poblado situado en tierras más propicias para la agricultura y cuyos frutos, en forma de granos de cereales carbonizados, han sido recogidos.

Ello conduce a cuestionar la importancia relativa del hierro como materia prima de este tipo de instrumental.

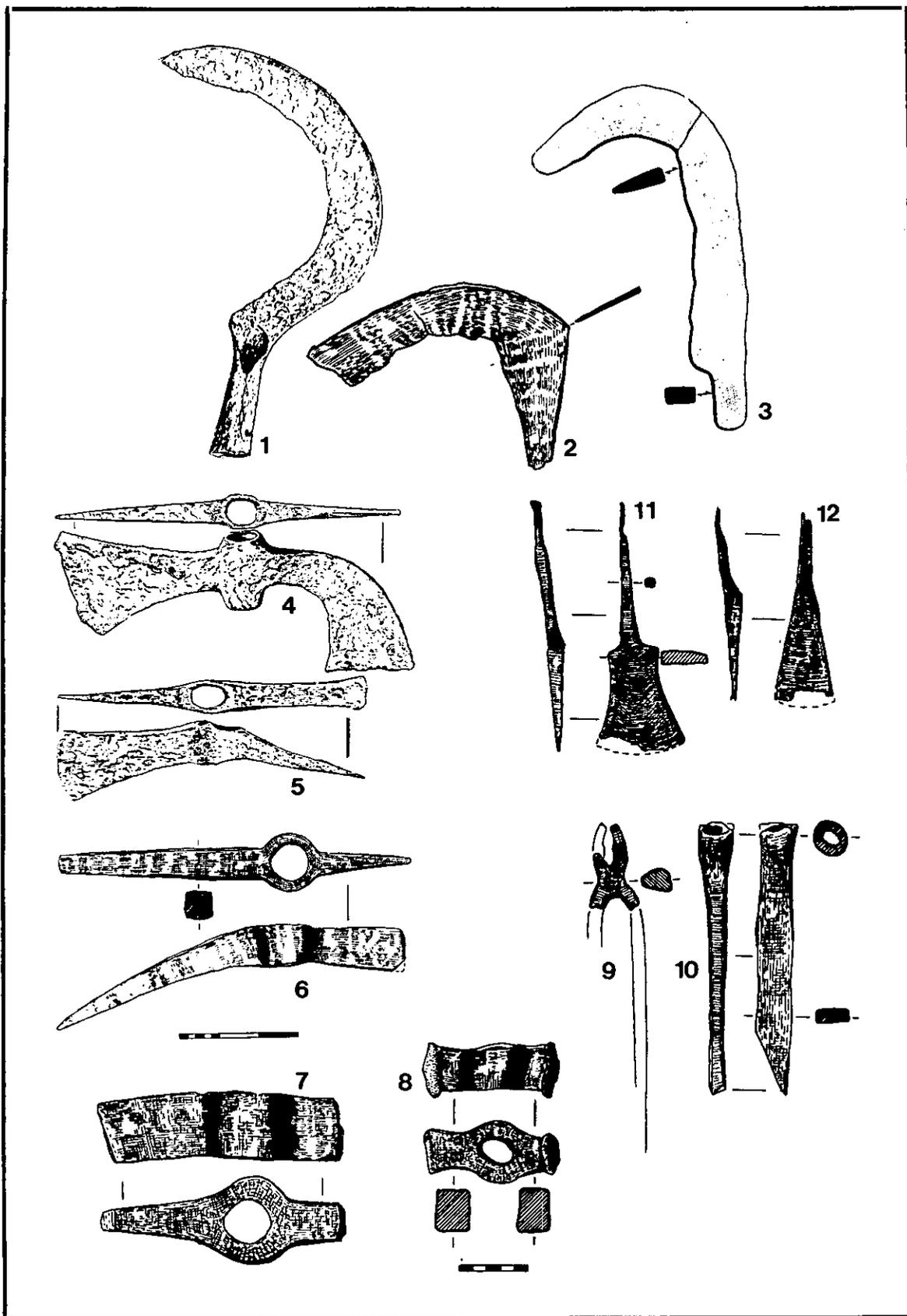


Fig. 29.—Instrumental de hierro agrícola (1, 4 y 5: N. S. dos Mártires, según Schüle, 1969; 3: Pedrão, según Soares y Silva, 1973; 2, 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12: Capote; de cantería (6, 10), forja (7, 8, 9) y talabartería (11, 12), hallados en Capote.

Los últimos hallazgos de Capote nos han permitido mantener esta línea de investigación y confirmar el uso de otras materias, como la piedra y la madera, hasta la misma Romanización.

Así se han documentado dos azuelas de cuarcita pulimentada, similares a la hallada en el depósito ritual de Garvão, cuya función parece ser ritual y ocasionalmente se recuperan pequeños microlitos de sílex que, pese a su aspecto claramente prehistórico, pudieron ser usados hasta el momento de abandono del poblado, en los inicios del siglo I a. C. Y ello sucede porque aún es un derroche fabricar en hierro lo que puede construirse con materias más baratas (Burgaleta, 1988).

Por tanto, creemos que la incidencia de aparición en este tema es poco significativa y se debe a la conjunción de numerosos factores, como la mejor conservación de los hierros o los saqueos contemporáneos o posteriores en busca de metal.

HERRAMIENTAS DE FORJA, MINERÍA Y CANTERÍA (fig. 29.6/10)

Esta categoría de materiales está especialmente bien documentada en el Castrejón de Capote, en donde abandonadas en superficie por clandestinos pero también localizadas en la misma excavación, se han recuperado diversas piezas correspondientes a un pico con ancho puntero (tipo *dolabrum*); una maceta o doble maza de minero, tres pequeñas hachas planas, punteros y punzones (fig. 29.6), todos ellos de diversas funciones, relacionadas con la labra de la piedra y con la minería, quizás del hierro, tal como documentan las escorias y un par de lingotes.

Paralelos a estas herramientas se localizan en los yacimientos catalanes, valencianos y mesetanos de las obras citadas (Pla Ballester, 1969, 328; Cabré, 1930, LXXIV; Manrique Mayor, 1980, 147-149; Sanahuja Hill, 1971, 92 y ss.).

b.1. *MARTILLOS, TAJADERAS y DEGÜELLADORES DE FORJA*, escasamente reconocidos en la Arqueología, estas herramientas han pasado por tener formas idénticas a las actuales, según indica Sanahuja (1971, 98) y confirma la Etnografía (González Casarrubios, 1989; Narganes, 1987; Morcillo, 1982).

En el Sado-Guadiana son instrumentos muy exiguos dado que sólo se han recuperado en número singular en algunos yacimientos prerromanos, de los que destaca nuevamente Capote, con varios ejemplares. Contabilizamos dos variedades:

b.1.1. *Tajaderas o degüelladores con percutores de sección rectangular y vertical* (fig. 29.7). Se reconocen en número de tres en distintas estancias del castro (dos de ellas cercanos a un horno metalúrgico). Aunque sus planos de percusión son anchos y romos, y recuerdan vagamente al vástago percutor posterior del pico *dolabrum*.

Se trata de un tipo de herramienta singular cuya función específica se documenta en las forjas tradicionales modernas. En razón de la similitud formal y de la cercanía al horno citado, se definen como «tajaderas o degüelladores de forja», tipos usados para cortar el hierro in-

candescente sobre el yunque (Morcillo, 1982, 74-75, fig. XVI.1, 84-85, lám. 17; Narganes, 1987, 99; González Covarrubias 1989, lám. CLIX).

Ciertamente nuestros instrumentos están más cercanos a los degüelladores que a las tajaderas, aunque existen escasísimas diferencias entre ambos. Los ejemplares corresponden a la ocupación de finales del siglo II a. C. y a la anterior.

b.1.2. *Martillos con percutores de sección cuadrangular*. Documentados con un ejemplar, en el mismo Depósito A (fig. 29.8), se trata de una pequeña pieza cuya tipología corresponde a las adscritas a las fraguas en otros yacimientos contemporáneos, como Numancia (Manrique, 1980, 139, 10696-10697) y conocida en poblados vecinos como La Martela (Sondeo 1).

b.2. *TENAZAS DE FORJA*, propias de los utillajes de fragua las hemos documentado en el mismo entorno del horno metalúrgico de Capote, confirmando la existencia de una fragua en las estancias cercanas al Altar (fig. 29.9).

HERRAMIENTAS DEL FUEGO (fig. 30)

Este apartado ha merecido un estudio más detallado por la afortunada localización de las piezas de hierro del Altar de Capote y su relación con rituales donde la cocción, el asado y, en suma, la utilización culinaria y cultural del fuego nos parece probada (véase el apartado «construcciones socio- políticas, capítulo VI, resumen de Berrocal, 1991-b, e.p.).

No en balde son estos materiales, junto con las armas, uno de los grupos más importantes y característicos de su depósito. La presencia de un hogar de los rasgos y características tan especiales como los que definen la estancia LLO-A es clave fundamental para la interpretación del resto de estructuras y materiales de este conjunto arqueológico, pero a su vez, la consideración como «hogar» viene refrendada por sus materiales.

Este hogar, en la estancia LLO-A, puede calificarse de mesa, dado que se alza unos cuarenta centímetros sobre el suelo de la habitación, altura que coincide con la media de los bancos corridos que le rodean. Gran parte de su superficie, como de las paredes meridional y occidental, estaban cubiertas por cenizas, carbocillos y huesos, junto con otros materiales arqueológicos ya reseñados. Las piedras que conforman la parte superior de la mesa presentan un cierto grado de calcinación, afectando a sus capas superiores con una profundidad de varios centímetros, como prueba palpable de que sobre ellas se había mantenido fuego de forma reiterada.

c.1. *ASADORES, BADILAS, PARRILLAS Y MORILLOS*. De los objetos aparecidos, sobre o junto a la «mesa», fueron fundamentales las piezas relacionadas con actividades culinarias, todas ellas de hierro.

Destaca una paleta triangular, con largo vástago de sección rectangular, acabado en una especie de argolla de la que cuelga otra de tipo «omega» (fig. 30.5).

Sobre su uso sólo podemos conjeturar que consistiese en apartar ascuas, tizones y cenizas para permitir reno-

var el fuego antes de su extinción total. Si esta interpretación, a modo de badila, es válida, se refuerza la concepción del hogar como lugar específico para realizar fuegos continuos con cierta «solemnidad». Tal idea se basa en la lógica escasez de estas badilas y sus contextos específicos.

Los paralelos más cercanos proceden de santuarios como el de La Luz, Murcia (Jorge Aragonese, 1967/1968, 317 y ss.) o de necrópolis como La Osera, Chamartín de la Sierra, donde se confunden con largas pinzas. Este importante yacimiento, cuyas cerámicas ya han sido citadas por analogías formales y decorativas con las del Depósito A, presenta tumbas puntuales en cada una de sus zonas, con utensilios que Cabré denominó «del fuego»: espetones, parrillas, calderos o braseros (Cabré et alii, 1950, tumbas 436 y 514, zona VI).

En la principal, n. 514, vemos un asador y una larga pinza, con los extremos posteriores acabados en argollas y de las que cuelgan otras tantas. El sistema es idéntico al conocido en la longuilínea pieza de Capote, que suponemos era para sujetarla a otra pieza de cuerda o cuero (recuerdan, en este sentido, a los más viejos asadores o espetones de bronce centroeuropeos de tipo Alvaicere (Almagro Gorbea, 1974).

Un espetón, procedente de la estancia contigua LLE-A, puede relacionarse con el conjunto del Depósito A, así como otros materiales localizados en las diferentes estancias que lo rodean (fig. 30.1).

Esta pieza difiere ligeramente de los restantes tipos conocidos en otros lugares del yacimiento, que muestran sencillos vástagos de sección cuadrada que se torna circular conforme se acerca a la punta. El cabezal del asador es un mero ensanche circular (fig. 30.2-4).

Estos asadores no presentan los ensanchamientos llamados «aletas», tan característicos de los numerosos ejemplares alentejanos, extremeños y andaluces del Hierro Uno de ambas regiones, ni corresponden a otros rasgos, cronología y fabricación en bronce (Beirão, 1973, 202-204; Almagro-Gorbea, 1974; Fernández Gómez, 1982; Maluquer de Motes, 1987-a, fig. 26, y 1982; Fernández Jurado, 1987, 1/PA0009-19).

Durante la Segunda Edad del Hierro del Suroeste, los espetones son mucho más escasos y por lo general están hechos en hierro. Dos se localizan en el poblado de Pedrao (36.a), fechados en la primera mitad del siglo I a. C. (fig. 30.3 y 4).

Pero el espetón aquí estudiado difiere ligeramente de éstos y de los conocidos en el nivel 2 de Capote, dado que su cabezal tiene cierta forma semicircular o trebolada y está horadada. Tal rasgo refuerza las interpretaciones que relacionan los asadores en el Suroeste con el fenómeno orientalizante y, especialmente, con la Etruria (Almagro Gorbea, 1974, 393-395).

Encuentra idénticos paralelos dentro de las necrópolis de Orvieta. Notablemente significativa es una tumba en cámara del cementerio del Crocifisso del Tufo, con un caldero y brasero similares a los de la tumba 350 de La Osera, un par de morillos, tenazas y dos asadores de vástago con sección cuadrada y cabeza semicircular horadada. La fecha dada a este ajuar funerario es de mediados del siglo VI a. C. (Feruglio, 1989, 53-67 y esp. 66; Garofoli, 1983, 11).

La pieza M.14 (fig. 30.6), hallada junto a la badila, sobre el borde sudoriental del hogar, se documentó en muy mal estado de conservación. No obstante, un proceso meticuloso de recogida de fragmentos y su reconstrucción nos permitió observar que, con las dificultades inherentes a su fragmentación, se trataba de un fragmento de parrilla, quizá, rota y cortada por la rejilla en un acto de desacralización. El contexto general apoya y confirma esta interpretación.

En cierta medida, estos elementos, escasos en la Protohistoria Peninsular, son conocidos en los mismos contextos que la badila con la que apareció. Contamos con un buen ejemplo en la tumba 436 de La Osera VI y, formalmente mucho más cercanos, en las parrillitas de las tumbas IV y IX de la necrópolis de Cuéllar, junto a vasos trípodes idénticos a los de Garvão o en otra, también pequeña, localizada en la tumba 1442 de Las Cogotas, junto a un cuchillito afalcatado y una pinzas (Cabré et alii, 1950, lám. LXXI; Molinero, 1971, 95-104 y lám. CLXX, CLXXVIII y CLXXX; Cabré, 1932, lám. LXXVI).

La asociación a cuchillos afalcatados se repite en Capote y es muy habitual en estos conjuntos, prueba de su uso en actividades relacionadas con el asado o la cocción. Tampoco la presencia de un martillo es extraña a este conjunto, en especial si se considera su tipo como propio de los martillos de herrero (fig. 29.8). Así sus apéndices simétricos de doble boca y sus dimensiones pequeñas lo hacen apropiado para labores de forja menor (Manrique, 1980; 139; Sanahuja, 1971, 97-98; Pla Ballester, 1969).

Sus paralelos más próximos, de nuevo, apuntan a la Osera, en su zona III tumba LX, con uno de los más ricos ajuares, en el que destacan dos magníficas espadas de antenas atrofiadas, un caldero y dos martillos que, en este caso, no parecen usados. Por ello muestran apéndices alargados, como lo son los de nuestro ejemplar, aplastados y ensanchados por un prolongado uso (Schüle, 1969, taf. 121.12-13).

No caben dudas del significado especial de estas piezas en las tumbas peninsulares y etrusca citadas. Debe destacarse que en todos los paralelos citados no existe una especial presencia de armas entre los ajuares en los que aparecieron —aunque suelen documentarse una o dos puntas de lanza, o un cuchillito afalcatado, no sin un trasfondo cultural (Lillo, 1986/1987)—. Pero, como Cabré sugirió, los materiales indican que se trataba de un personaje de alta consideración social y económica (Cabré et alii, 1950, 74).

De este completo conjunto sólo falta resaltar la ausencia de los morillos. La misma presencia y el estado en que se documentaron los restos de la parrilla y de otros materiales del Depósito hace evidente que antes de la amortización hubo saqueo y es posible que en él desapareciesen, si los hubiese, los citados elementos de apoyo.

Pero, de nuevo frente a lo que ocurre en épocas anteriores, los morillos son escasísimos entre las poblaciones del Sado-Guadiana inferior. Sólo destacaremos una pieza singular, bien conocida con anterioridad por estar incluida entre los materiales de El Castañuelo (8.a). Se trata de un ejemplar realizado en cerámica con aspecto

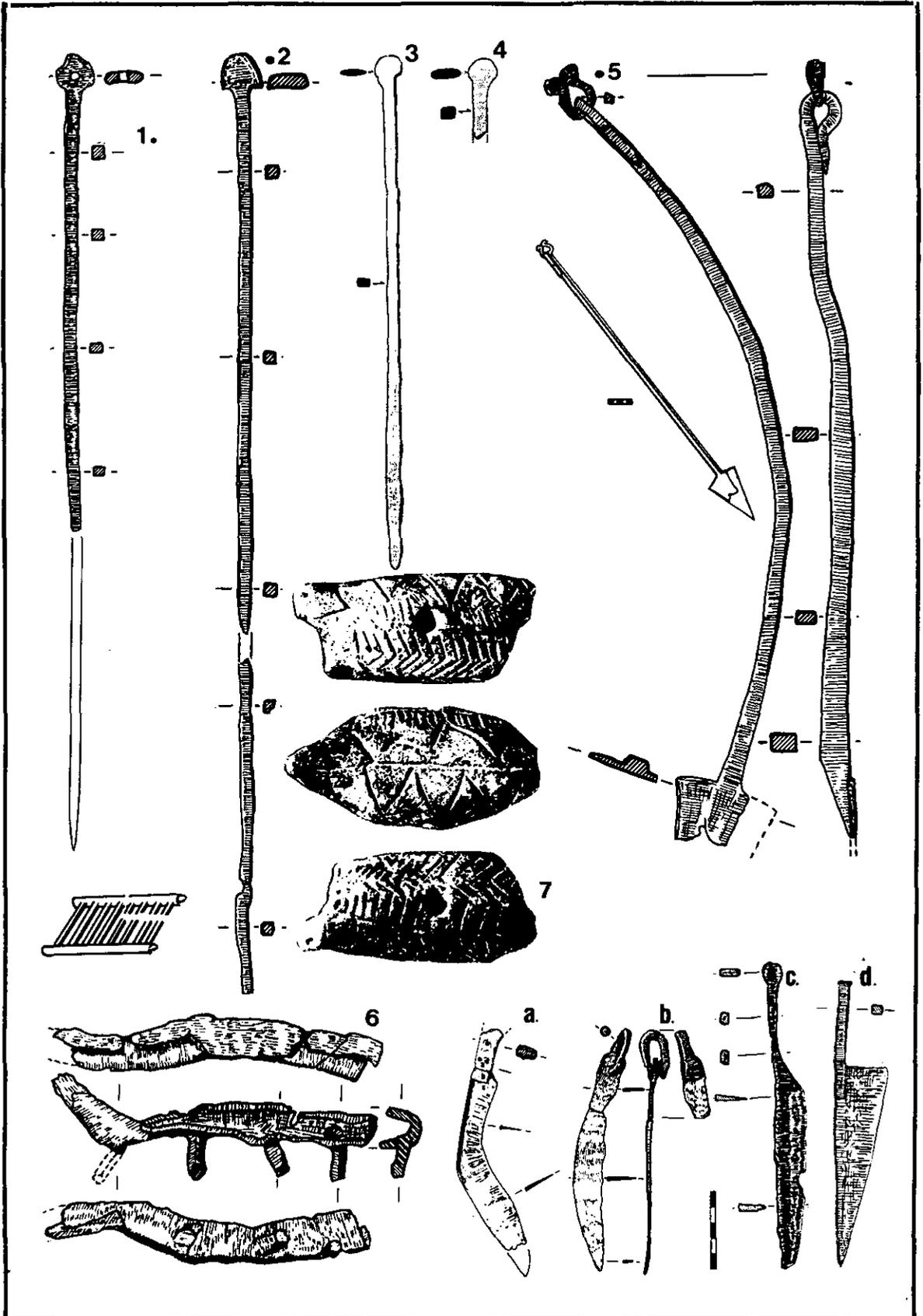


Fig. 30.—Instrumental «del fuego», en hierro (1-6) y cerámica (7): Asadores (1 y 2: Capote; 3 y 4: Pedraão, según Soares y Silva, 1973), baidila (5: Depósito A de Capote); fragmento de parrilla (6: Depósito A de Capote) y posible terminal de morillo (7: El Castañuelo, según Del Amo, 1978); Tipología de cuchillos (a/d) de Capote (a, b y d) y La Martela (c).

ornitomorfo, aunque en su cuerpo ovoide se resaltan escasamente la cabeza y cola. Pesa 150 gramos y mide 92x45x40 milímetros de longitud, anchura y altura. Con las reservas que la excepcionalidad de esta forma exige, Del Amo la consideró un morillo-ritual que se aparta y deriva de los típicos paralelos nordorientales, como los procedentes de Roquizal del Rullo (Almagro, 1936; Maluquer de Motes, 1963).

Lo cierto es que, junto con la típica decoración, esta pieza concuerda en el elemento más determinante y determinado por su funcionalidad: las perforaciones. Como el caballo articulado del Altar de Capote (fig. 19.1), presenta un agujero que desde el extremo trasero alcanza el tercio delantero y está cortado por otra transversal. Todo ello nos permite sospechar sobre la probable función de estas terracotas como adornos de morillos, o de parrillas, como la estudiada.

Pero el ejemplo del Castañuelo permite alcanzar conclusiones válidas, dado su indudable carácter y la interesante decoración que le acompaña. Además de su forma, que vagamente recuerda a una paloma, lo encontramos profusamente decorado con motivos incisos en «dientes de lobo» rellenos de paralelas oblicuas o perpendiculares a otras bandas de espigados horizontales. La base se rellena con un ajedrezado que, en suma, viene a completar la numerosa decoración del ejemplar.

Se trata, por tanto, de un gusto y técnica decorativa muy cercana a las cerámicas «cuidadas» hechas a mano documentadas en el Depósito de Capote, que en este caso se explica como solución imitativa de las plumas y alas del esquemático pájaro, pero que no deja, de nuevo, de remitir con fuerza a relaciones y precedentes del área Nordoriental de la Península.

OTRAS HERRAMIENTAS: CUCHILLOS, ESCARPIAS, ETC. (fig. 30)

d.1. *CUCHILLOS*, más o menos afalcatados, de hoja triangular y curva, se encuentran representados en la mayoría de los yacimientos excavados como Capote (6.a), Chaminé (11.a), La Martela (24.a), Mártires de Alcácer do Sal (25.a) y Pedrão (36.a). En otros, como Azougada (3.a) o Vaiamonte (44.a), estos materiales no fueron recogidos o se perdieron entre los depósitos de los museos locales.

Básicamente, los ejemplares de Capote han servido para establecer un primer intento de tipología (fig. 30.a/b).

Claramente se diferencian cuatro tipos:

d.1.a. *Cuchillos de hoja afalcatada*: se documentan en número de dos en el Depósito A de Capote que, junto con otros ejemplares procedentes del nivel 3, confirman una fecha del siglo IV y III a. C. Esta cronología es incluso baja si se compara con las numerosas, y a menudo idénticas, piezas localizadas en la necrópolis de Mártires de Alcácer do Sal (25.a), cuyo contexto se desconoce pero que pueden suponerse con una datación media de finales del V y comienzos del IV a. C., según observamos para el resto de los materiales que se asocian a las fases A y B de Correia (1927). Al menos en

Capote no parece que estos tipos de cuchillos superen el siglo III a. C., y tal conclusión se ve reforzada por su ausencia en los ajuares de las necrópolis con desarrollo cronológico central o tardío (Chaminé, Casas, etc). Un pequeño ejemplar, ya con forma muy evolucionada, lo documentamos en contextos desconocidos de La Martela (24.a).

d.1.b. *Cuchillos de hoja con dorso curvo y filo recto*: A juzgar por su aparición en el Depósito A de Capote, este tipo de cuchillo, con su característico enmangue discoidal con argolla, se documentaría, al menos, a partir del siglo IV/III a. C. Se localiza en otras estancias del nivel 3 del Castrejón y su sistema, por singular que parezca, se nos antoja similar al del mismo cuchillo afalcatado. El tipo recuerda a algunos ejemplares indígenas o republicanos de Numancia (Manrique, 1980, 7541/7543).

d.1.c. *Cuchillos de hoja con dorso recto y filo curvo*: Como el anterior, en sus ejemplares mejor conservados, muestra un enmangue discoidal, tal como lo comprobamos en La Martela (24.a). Las tres piezas de este castro, recogidas por nosotros mismos entre restos de saqueos, donde se presume que apareció el tesorillo (Corte 1), aparecieron junto a vasijas negras estampilladas y guirnaldas a ruedecilla que fechamos con prudencia a mediados del siglo II a. C., datación tardía que, por otra parte se ve reforzada por la de un cuchillo similar hallado en la necrópolis de Chaminé (11.a). También se localizó un ejemplar en Capote, en contextos que concuerdan con los extraídos en Numancia (Manrique, 1980, 83.7507).

d.1.d. *Cuchillos de hoja triangular*: Este cuarto tipo parece contemporáneo al anterior. En Capote lo documentamos en el nivel 2, de fines del siglo II a. C. en forma idéntica a la de algunos ejemplares de Numancia (Manrique Mayor, 1980, 79.12035; fig. 15).

En CONCLUSION, de la cierta variedad de formas deducimos su variabilidad temporal que, aunque vaga, parece más concreta de lo que cabría presumir. Es por ello que creemos que los cuchillos afalcatados aparecen en la Segunda Edad del Hierro como una herencia de siglos anteriores y perduran durante la primera mitad de este período.

Paulatinamente son sustituidos o mantenidos en convivencia con manufacturas locales semejantes, y por otros tipos más genéricos que acaban, con la llegada de los romanos, en el tipo de hoja triangular.

d.2. *ESCARPIAS, ESCOPILOS Y CUÑAS* de diferentes formas y tamaños suelen aparecer en todas las excavaciones.

Caben destacarse, entre los escoplos, dos piezas conocidas en Capote (fig. 29.10) que presenta el cabezal circular y hueco, de nuevo con un paralelo similar en un ejemplar del Museo Numantino (Manrique Mayor, 1980, 106.12174). Si se observa la oquedad de su cabezal (quizá para encajar un vástago de madera sobre el que golpear) y la semejanza con algunos punteros ampu-ritanos (Sanahuja, 1971, fig. 27.2) creemos que puede afirmarse que se trata de un tipo de herramienta de pre-

cisión que pudo usarse en trabajos de cantería, talla u otras especialidades artesanas.

ARMAS

El mismo planteamiento que afecta a elementos metálicos como los broches de cinturón puede aplicarse a las armas, dado que, como es habitual, la mayoría de estas piezas suelen proceder de contextos funerarios que, como se ha indicado en numerosas ocasiones, son notablemente más escasos que los de hábitat.

Por ello prácticamente todas las armas proceden de necrópolis, especialmente de Martires de Alcácer do Sal (25.a), aunque otras de entidad menor han aportado significativas piezas, como las de Herdade das Casas (17.a) o Chaminé (11.a). Del resto conocemos la presencia de hallazgos singulares que son destacados entre las escasas informaciones o materiales reconocidos: Atafona (1.a), Galeado (15.a), Monte da Parreira (72.b), etc.

Pero, no obstante, contamos con algunos poblados que también han proporcionado algunos ejemplares de interés. Sin duda la fortuna en la abundancia de restos de Capote (6.a) redundan en la localización de una falcata, restos de una espada de antenas, un puñal de empuñadura dobleglobular, varias puntas de lanza y jabalina y otros elementos, como un posible umbo de caetra y varias espuelas de bronce e hierro. Cabeço de Vaíamonte (44.a) fue otro importante poblado que proporcionó un interesante conjunto de armas del que, a causa de las condiciones de su hallazgo, sólo se publicaron una punta de lanza y un casco tipo «Montefortino» (Vasconcelos, 1895). Similar situación pudo ocurrir en Azougada (3.a) y Segovia (39.a), de los que prácticamente no sabemos nada más que noticias sin suficiente confirmación. Por el contrario Chibanes (13.a) y Pedrão (36.a) han proporcionado piezas menores como algunas puntas de lanza tardías y de jabalina, al igual que Martela (24.a) y el Cantamento de la Pepina (52.b).

Todo ello nos parece suficiente como para afirmar que las armas no eran poco más que patrimonio de la necesidad y el valor ostentatorio y de prestigio destacado tras la muerte, sino que disponían de una presencia habitual en los poblados de estos pueblos.

El estudio de estas armas se ha realizado separando los grupos más habituales en razón de sus características formales y funcionales: puntas de lanza, de jabalina y de flecha; espadas y puñales de antenas atrofiadas, de La Tène y falcatas; junto con algún puñal y casco aislado, forman el grupo más numeroso e importante de materiales. El resto, englobado en funciones en las que la ostentación y el prestigio es tan importante como la capacidad inicial del arma para la guerra, lo conforman las espuelas y atalajes de caballos, junto con algún probable umbo aislado.

Para su análisis hemos seguido las tipologías y comentarios de las primeras y más conocidas obras sobre el armamento prerromano peninsular. Junto con las memorias sobre las necrópolis excavadas por el Marqués de Cerralbo y Juan Cabré (Aguilera y Gamboa, 1916; Cabré, 1930-a, 1930-b, 1930-c; 1932, Cabré et alii, 1950; etc.) dispusimos de los trabajos de Schüle (1969);

Bruhn de Hoffmeyer (1972); Lernerz de Wilde (1986); Encarnación Cabré de Morán (1990, con Morán, 1982), Fernández Gómez (1986) y Guillermo Kurtz (1987), así como de la inestimable ayuda de nuestro amigo y compañero Fernando Quesada Sanz, quien puso su inédita Tesis a nuestra completa disposición (1992).

Por otra parte nos han sido de gran utilidad otras obras menos generales, como las diferentes monografías y, en especial, las englobadas en sesiones como las Actas del II Simposio sobre los Celtiberos (Necrópolis Celtibéricas, 1990).

e.1. *SOLIFERREA, PUNTAS DE LANZA Y REGATONES* (lám. 15). Los ejemplares de *soliferrea* que conocemos son, ciertamente, excepcionales. Parecen claros la media docena de unidades que recoge Schüle procedentes de Alcácer (25.a), cuyo contexto arqueológico desconocemos, como el de otras importantes armas, lo que puede ser signo de modernidad (ss. IV-III a. C.).

Esta singular localización se ve aumentada por dos ejemplares más procedentes de la necrópolis de Herdade das Casas (17.a) y del castro de Capote (6.a). En ambos la datación de estas piezas oscilaría en torno a finales del siglo III a. C.

Por el contrario la presencia de puntas de lanza, que se engastarían en astas de madera, es relativamente numerosa, reflejando la importancia que alcanza el modelo más sencillo. A tal situación responde la abundante presencia de regatones cónicos que, según constatamos en Capote y en algunos poblados con menor registro (Cantamento de la Pepina -51.b-, Cerro del Castillo de Bienvenida -56.b-), suelen ser más numerosos que las propias lanza y ello es indicio de un uso aislado de estas piezas, como extremos de sencillas picas.

Entre las puntas de lanzas, las comparaciones de las piezas procedentes de Mártires de Alcácer, de inicios del Hierro Dos, con las conocidas en el nivel 3 de Capote (6.a) y las más recientes de Chibanes (13.a) y Pedrão (36.a) permiten establecer un cierto comportamiento cronológico. Debemos acudir a este tratamiento ante la falta de seriaciones de estas armas que, generalmente, no han sido estudiadas con la profundidad que su número exigiría.

Generalmente se ha utilizado con abuso el concepto longitud de punta de lanza como criterio diferenciador, bien cultural, bien cronológico, pero el único análisis detallado que conocemos sobre estas piezas, recientemente realizado por Fernando Quesada, indica:

«Por tanto, el tamaño de las lanzas con independencia de otros criterios no vale como sistema de diferenciación. A la inversa —ya lo veremos— determinados tipos se mueven en márgenes concretos de tamaños, mientras que otros tipos de lanzas tienen indistintamente ejemplares largos y cortos. Esto es, algunos tipos se distinguen, además de por su forma, por su tamaño en relación con otros tipos.»

(Quesada, 1991, 970.)

Tampoco la sección de un arma o la aparición de un tipo u otro de nervio central son criterios que sirvan

para obtener conclusiones cronológicas o culturales, pues la variabilidad y la perduración de tipos es tan amplia que llevó a la renuncia al mismo Schüle a la hora de realizar una tipología (1969, 115). No obstante contamos con dos o tres propuestas de clasificación, relativamente recientes, que en cierta manera ayuda a establecer una dinámica evolutiva de estas sencillas pero abundantes armas. Probablemente la más útil para nuestro territorio haya sido la tipología de Kurtz (1987, 55-58), aunque en nada son desestimables las consideraciones de Quesada (1989, 293-295) y, especialmente, Cuadrado (1989, 57-63).

Estos trabajos nos han servido para establecer las siguientes pautas provisionales:

e.1.1. *Puntas de gran desarrollo longitudinal (superior a 30 cm.) y nervio central marcado de sección cuadrada o romboidal.* Muestran alargados cubos cónico-tubulares, con o sin agarres trasversales y con relación de 1:1.5 a 1:4 respecto a la longitud de la hoja. Suelen acompañarse de largos regatones con extremos de sección cuadrada. Aunque pudieran reconocerse en poblados como el de Azougada (3.a), su mejor ejemplo lo encontramos en un buen conjunto de piezas procedentes de la necrópolis de N.Sr. dos Mártires de Alcácer do Sal (25.a).

Denominadas de «tipo Alcácer» por Schüle, se trata en realidad de diversos tipos de lanzas (I a VII de Quesada, 1991) en los que existe una variación formal en lo referido al punto de máxima anchura en las mesas o aleros. Son lanzas alargadas cuyo manejo debía ser, en palabras de Quesada, fundamentalmente empuñado «no arrojadiza salvo ocasionalmente y a muy corta distancia» (1991, 983).

Según el plano de dispersión peninsular desarrollado por este autor, se observa que poseen, en los tipos Quesada IA, IIA, VB/C, VIA/B/C y VIIB una dispersión concentrada en dos núcleos específicos: las tierras celtibéricas del Jalón y Alto Duero, con alguna prolongación en la costa catalana, y las comarcas bástula y bastetana, es decir, en el Sureste ibérico; en el VA, desarrollos en las tierras vacceo-vettonas y en las Bastulo-turdetas.

e.1.2. *Puntas de importante desarrollo longitudinal y nervio central suavemente marcado,* bien de sección romboidal bien redondeada, con cubos cónicotubulares, que en algunos casos muestran un agarre anular con travesera y mesas algo más anchas que las anteriores. Al disminuir claramente la longitud de la hoja, frente a las de este grupo, los cubos ganan en aparente tamaño.

Muy similares a las conocidas en la zona VI de La Osera (Cabré et alii, 1950), así como en yacimientos meseteños más orientales como La Coronilla de Molina de Aragón (Cerdeño y García Huertas, 1982) o Azaila (Beltrán, 1976), proponemos fechas de mediados del siglo IV al II a. C., según corresponde de su aparición en el mismo Depósito A de Capote. Suelen acompañarse de regatones cónicos, que podrían haber servido como terminales de picas. Se conocen en las dos fases de Los Castillejos 2 (8.a), el Cantamento de la Pepina (51.b) y el Cerro del Castillo de Bienvenida (56.b). Por lo general suelen ser regatones de tipo cónico y escaso desarrollo longitudinal, que contrastan con los tipos heredados

de momentos anteriores. Corresponden al tipo IIC de Quesada (1991, 991-992 y fig. 202), con una distribución meridional, pero también marginal en la Meseta y, especialmente, en el Suroeste (Alcácer -25.a-, Capote -6.a-, Cancho Roano).

e.1.3. *Puntas de escaso desarrollo longitudinal, ancho nervio de sección redondeada, y tubo cónico o cercano al cilindro,* generalmente sin agarre. No parecen acompañadas de regatones. El mejor de sus ejemplares lo recogimos en la estancia LLO-B de Capote, en un claro contexto de finales del siglo II a. C., según su asociación con fíbulas y monedas celtibéricas.

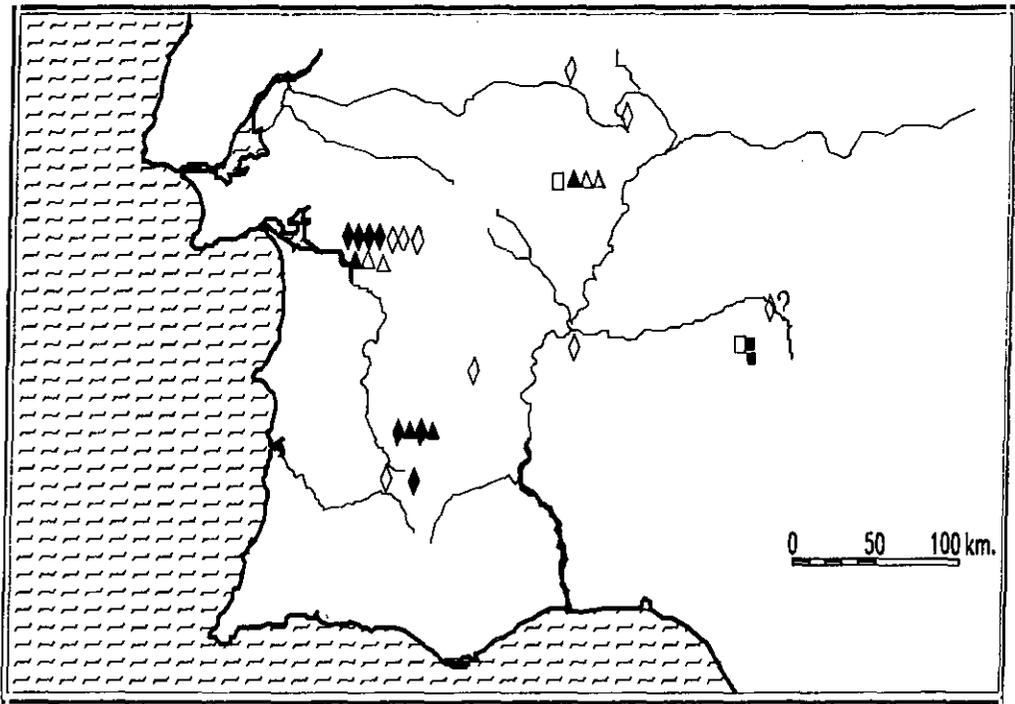
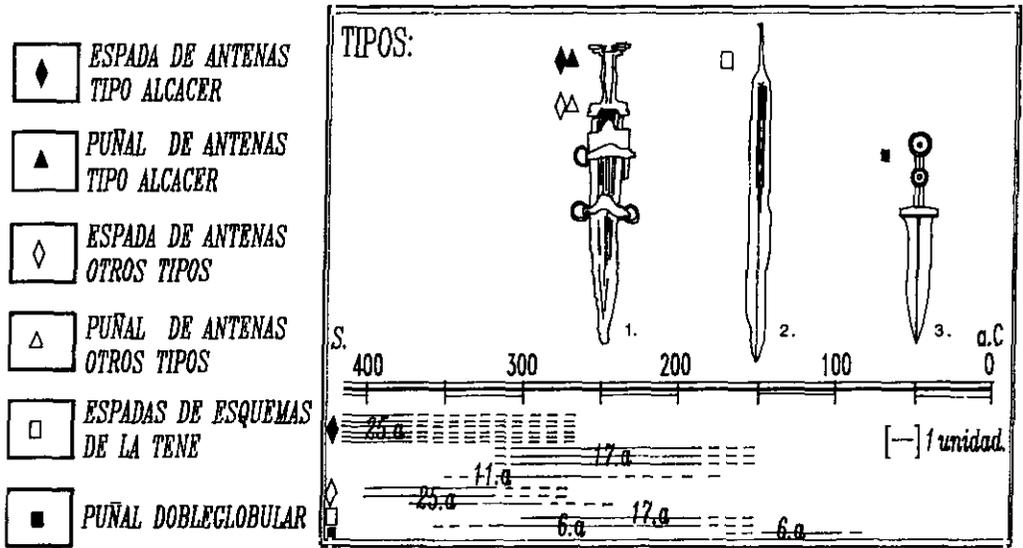
e.1.4. *Puntas de escaso desarrollo longitudinal, sin nervio destacado o con sección romboidal o ligeramente ovalada.* Suelen presentar largos cubos tubulares. Su localización en contextos tardíos, como en Pedrao (36.a), permite proponer un momento cronológico avanzado para estos modelos, que parecen contemporáneos, al menos en sus inicios, del tipo anterior. Incluimos en este apartado el ejemplar dibujado por Leite de Vasconcelos como procedente del castro de Vaia Monte (44.a).

Se trata de un tipo muy bien definido en el grupo VIIIA de Quesada (1991, 1077 y ss., fig. 214), con quien coincidimos en cronología y distribución. Lo que llama más la atención sobre ésta es la adscripción meseteño-septentrional de estos modelos de lanza que aparecen en las necrópolis celtibéricas y de Cogotas, pero son prácticamente desconocidas entre las ibero-turdetas.

e.2. *PUNTAS DE JABALINA Y PUNTAS DE FLECHA.* Considerados como elementos escasos en el conjunto armamentístico peninsular (Quesada, 1989, 180), las puntas de flecha o de jabalina no dejan de estar presentes en aquellos yacimientos de los que poseemos mejores informaciones sobre sus materiales de hierro. No obstante al referirnos a estas piezas coincidimos en considerarlas, por sus tamaños (cuyas longitudes superan ligeramente los 5 cm.) como puntas de venablos, del «akontion» de Apiano, que pese a su ligereza eran lanzados con la mano.

Además, los únicos ejemplares cronológicamente atestiguados ofrecen fechas tardías (es significativa la falta de estas armas en la necrópolis de Alcácer do Sal). Así se localiza en el nivel 2 de Capote (Berrocal, 1989, fig. 9.4), con una punta fechada a finales del II a. C. y cuya forma la hace derivada de las puntas de lanza del tipo e.1.4 anteriormente descrito. Su hoja estrecha y de sección romboidal la distingue notablemente de otras piezas más sencillas, que prácticamente no muestran nervio central y presentan una hoja mucho más ovalada. Es el caso de la pieza d. del Cantamento de la Pepina (51.b), sin contexto conocido, como el de la procedente de la capa superficial en La Martela (24.a). Por otra, recogemos un ejemplar similar en el castro de Pedrao (36.a) cuya fecha sería ligeramente posterior.

En conclusión, los escasos materiales conocidos reflejan la presencia de puntas de jabalina o venablo y la práctica ausencia de puntas de flecha e, incluso, en el caso de las primeras su cronología parece ser tardía y, por tanto, probablemente relacionada con las actuaciones bélicas contra o, a favor, de la conquista romana.



ESPADAS Y PUÑALES DE HOJAS RECTAS.

Fig. 31.— 1: Necrópolis de Alcácer, según Schüle, 1969; 2: Herdade das Casas; 3: Capote.

e.3. *ESPADAS/PUÑALES CON EMPUÑADURA DE ANTENAS* (fig. 31). Sin duda son los instrumentos de ataque y/o defensa más característicos del Sado-Guadiana, no sólo por su número, sino especialmente por su dispersión (fig. 31).

Hemos integrado ambos grupos porque, con la excepción de tres puñales de la necrópolis de Alcácer (25.a), el resto de unidades se puede catalogar de espadas cortas o puñales largos, según la terminología de Encarnación Cabré (1990, 220). Si seguimos las pautas establecidas por Fernando Quesada observamos que la gran mayoría de estos ejemplares tienen longitudes, en hojas, oscilantes entre los 30 y 40 centímetros, es decir, pueden calificarse de espadas cortas (Quesada, 1991, 778, 20/24 centímetros para puñales; 33/37 cm. para espadas).

Refiriéndonos a la terminología habitual para las variantes de estas espadas, recogida por Cabré (1990) y desarrollada recientemente por Quesada (1991), debemos advertir que, del relativamente amplio grupo de hallazgos, un buen grupo no se han podido comprobar, bien personalmente, bien por medio de documentación gráfica suficientemente válida. Por ello no podemos especificar a qué tipo de variante corresponden algunos de ellos (p.e. la espada de Monte da Parreira -70.b-, de Cola -40.a- o los puñales de Mealha-a-Nova). No obstante, cuando tenemos referencias, éstas hacen mención a ejemplares de empuñadura de antenas de tipos «Alcácer».

Según los inventarios recogidos por Schüle (1969, 280-284), de la necrópolis de Mártires de Alcácer se conservaban 7 espadas cortas, cuyas hojas presentaban longitudes entre 39 y 27 centímetros y 3 puñales, con longitudes en hoja entre 25 y 16 centímetros. Además se citan y reproducen las hojas y lengüetas de una espada y un puñal de empuñadura de frontón, a los que haremos referencia posterior. De las diez primeras registramos cuatro piezas de tipo Aguilar de Anguita (Schüle, 1969, taf. 96.4, 5 y taf. 97.6 y prob. 96.3), con longitudes propias de las espadas cortas (35/30 cm.) menos la 96.3 que es un puñal derivado de tipos más clásicos (lám. 16).

Son modelos de supuesto origen y segura dispersión meseteña oriental (Alto Duero), aunque los encontramos dispersos por el Mediterráneo, hasta el extremo gaditano, y por el Sistema Montañoso Central en Avila y Cáceres trazando un camino hacia el Oeste que concluye en los ejemplares de Alcácer. Cronológicamente, por otra parte, tanto Encarnación Cabré como Fernando Quesada coinciden en postular un momento central entre la primera mitad del siglo V y la del IV a. C., datación final que concuerda con la más idónea para los ejemplares alcazarinos, dado que proceden de las capas superiores, destruidas masivamente y, probablemente, las más modernas (Correia, 1928; Cabré, 1988; 1990, 208; Quesada, 1991, 632-634).

El resto de las variantes, con excepción de las de frontón referidas, responden al segundo momento de expansión de las espadas de hoja recta, a partir de los mediados del IV a. C. El nexo entre ambas producciones es localizado por los especialistas, precisamente, en las denominadas espadas y puñales de tipo Alcácer. De esta

variedad hemos contabilizado 4 espadas cortas y un probable puñal (Schüle, 1969, taf. 89.12; 96.1; 97.1 y 5, y Gamito, 1988, fig. 18).

Por último, se constata un puñal que pudiera clasificarse de tipo Atance (Schüle, 1969, taf. 97.4). Su aparición en este conjunto es derivable de los de Aguilar de Anguita, de los que Schüle no quiso distinguir, aunque ya tenían una clara definición desde los trabajos de Cabré, desarrollada recientemente por Encarnación Cabré y por Fernando Quesada (1991, 650). Más que diferencias formales, que indudablemente las hay, hacemos referencia a una cronología más avanzada cuyos inicios no parecen superar el siglo IV a. C. (IV-II). El ejemplar de Alcácer sería, por ello, de las piezas más antiguas y supondría la novedad técnica de este conjunto de espadas de hoja recta (lám. 16.f).

En Alcácer, todas estas armas pueden datarse desde mediados del siglo V a finales del III a. C. y por las referencias de Correia se asocian a las tumbas en hoyo de las fases A y B, dado que en las anteriores el arqueólogo portugués fue explícito al indicar que no se constataban ni espadas ni puñales (1928, 13). El máximo apogeo de la necrópolis, sin embargo, a juzgar por las tumbas más ricas y la presencia de cerámicas áticas de figuras rojas está muy bien delimitado en el primer cuarto del siglo IV a. C.

Fuera del famoso yacimiento, las noticias sobre espadas de antenas suelen equipararse a las de tipo Alcácer, o sus derivadas. Conocemos la presencia de un puñal/espada (29 cm. hoja) en la necrópolis de Herdade das Casas (17.a), de perfil derivado de los tipos Alcácer, aparecido junto con otros dos que, probablemente, sean del mismo tipo (fig. 31).

Otra espada procede, en palabras de Beirão (1986), de Monte da Parreira (70.b) y cuatro puñales más, de intrusiones prerromanas en la necrópolis orientalizante de Mealha-a-Nova, Ourique, según información de Dias, Beirão y Coelho (1970, 178). Schüle, por último, indica otro ejemplar en las cercanías de Beja, sin precisar más información (1969, kar.25).

Además documentamos noticias de apariciones de espadas/puñales de antenas en Azougada (3.a) y en N.S. de Cola (40.a), donde Viana la define como «curta espada de antenas» (1960, 164), así como en el Cantamento (51.b) y Vaiamonte (44.a).

Uno más, en Chaminé (11.a), lo consideramos híbrido con modelos más avanzados, quizá, Atance o Arcóbriga. Con hoja de 40 centímetros, se trata de un ejemplar cuya guarda es de perfil curvo acabado en fuerte moldura saliente, derivada de modelos de tipo Alcácer (Schüle, 1969, taf. 97.4/5). Las mismas semejanzas, o tendencias formales, apuntamos con las espadas de antenas tipo Arcóbriga, de las que se encuentra muy cerca el ejemplar de Chaminé, excepto en la terminación de la empuñadura, con guardas redondeadas y no en ángulo abierto. Cronológicamente las fechas de los materiales de esta necrópolis oscilan vagamente entre la segunda mitad del siglo IV y la época altoimperial, pero si se buscan dataciones en otros ejemplares peninsulares, las fechas se limitan de fines del IV a mediados del III a. C., rango que nos parece más idóneo para este caso y que se relacionaría con los últimos ejemplares de Alcácer, como el puñal de tipo Atance.

En total son 24 ejemplares, de los que 11 pertenecen al tipo Alcácer (5 probables), 6 a otras variantes (4 Aguilar de Anguita y 2 híbridos Atance/Alcácer/Arcóbriga) y 7 no están especificados. Se compagina así un panorama bien diferente del conocido hasta fechas recientes (Quesada Sanz, 1991, fig. 119).

e.4. *ESPADAS PENISULARES DE LA TÈNE* (fig. 31). Sólo contamos con un ejemplar seguro, procedente de la necrópolis de Herdade das Casas (17.a). Sus dimensiones (55 cm. de la hoja y 4 de la espiga de la empuñadura) y forma general permiten considerar que se trata de un ejemplar peninsular derivado de las auténticas espadas laténicas y similar a los de la necrópolis de Atance, de los que E. Cabré supone una cierta relación derivada de las espadas de antenas de tipo Alcácer (Cabré, 1990, 217-218). Se trata por ello de un ejemplar cuya vida central se puede fechar a lo largo del siglo III a. C. con una hoja relativamente corta y roma, y hombros marcados, catalogable de La Tène II «peninsular» ya que, como apuntó Schüle (1969, 105) muestra sus filos paralelos hasta juntarse en la punta (véase la seriación de Quesada Sanz, 1991, 732-733, grupos C y D).

Su presencia y datación viene a apoyar la interpretación que realizamos sobre un conjunto de fragmentos, de lo que creemos una espada recta, localizados en el nivel 3/4 de Capote (estancia HE-A). Se trata del arranque de la hoja con espiga, similar a los esquemas de La Tène Antigua, aunque de anchura algo mayor (5 cm.), un fragmento indudable de contera de vaina y una probable terminación de antena en forma de prisma pentagonal. Todo ello apareció agrupado junto al arranque de la pared de la citada estancia y protegido por una gran piedra pulida que parecía servir de asiento. Tanto el entronque de la espiga como el arranque de la hoja, en marcado ángulo obtuso, y la falta de cruz hacen suponer que se trataba de un ejemplar derivado de los esquemas antiguos de La Tène, con cronologías transpirenaicas (Brunaux y Lambot, 1987, V a 1/2 IV a. C.) precedentes a la fase Capote 3 (1/2 IV-II a. C.).

e.5. *ESPADAS/PUÑALES CON EMPUÑADURA DE FRONTON* (fig. 32). Referimos la presencia de dos ejemplares en la necrópolis de Mártires de Alcácer (25.a). La primera entra en la denominación de espada corta (*Kurzschwert*), con 34 centímetros de longitud en la hoja, estando integrada en el ajuar de la tumba 59 con dos fibulas anulares de puente de cinta y filiforme y una tercera de puente ancho, que denominamos «de rejilla».

Su cronología, junto con el contexto de estas tumbas de la fase A, apunta un momento de amortización de inicios del siglo IV a. C., aunque pudiera prolongarse una centuria más.

Sobre la segunda pieza sólo sabemos que pertenece al grupo de las recogidas entre las tierras removidas por las obras de allanamiento y por ello se ha perdido toda referencia exacta a su contexto original, si bien esto es, como hemos dicho en otras ocasiones, indicio claro de modernidad. Fechas del siglo IV e incluso III a. C. son factibles para esta pieza, correspondiendo con las dataciones más numerosas en el resto de la Península donde, como es sabido, presentan una dispersión meseteña y

meridional, siendo considerada según las más recientes investigaciones como producto del comercio y la manufactura del mundo ibérico (Cabré, 1990, 210-212; Quesada, 1991, 549-587, esp. 568-575).

A juzgar por el alma de empuñadura del primer ejemplar, pertenecería a la primera serie de Cabré y por ello, con una fecha de fabricación probable del siglo V, cuya presencia en Alcácer pudiera retrasarse a fines de esta centuria o inicios de la siguiente, en un momento inicial al período de expansión hacia el interior meseteño y occidental. De nuevo, el singular y abierto emplazamiento de este yacimiento es fundamental para explicar esta, relativamente, temprana presencia de elementos alóctonos.

e.6. *FALCATAS* (fig. 32). Componen el último e importante grupo de armas ofensivas documentadas en el Sado-Guadiana inferior.

De nuevo es la necrópolis de Alcácer (25.a) el yacimiento que más unidades ha proporcionado con once ejemplares en catálogo. Respecto a las longitudes de hojas debemos indicar que oscilan entre 46 y 38 centímetros, en aquellas que las conservan completas. Como Quesada Sanz ha indicado (1991, 329), prácticamente todas estas falcatas presentan el dorso con inflexión, a diferencia de las localizadas en el área interior o meseteña de la Península (por ejemplo, el ejemplar de Capote).

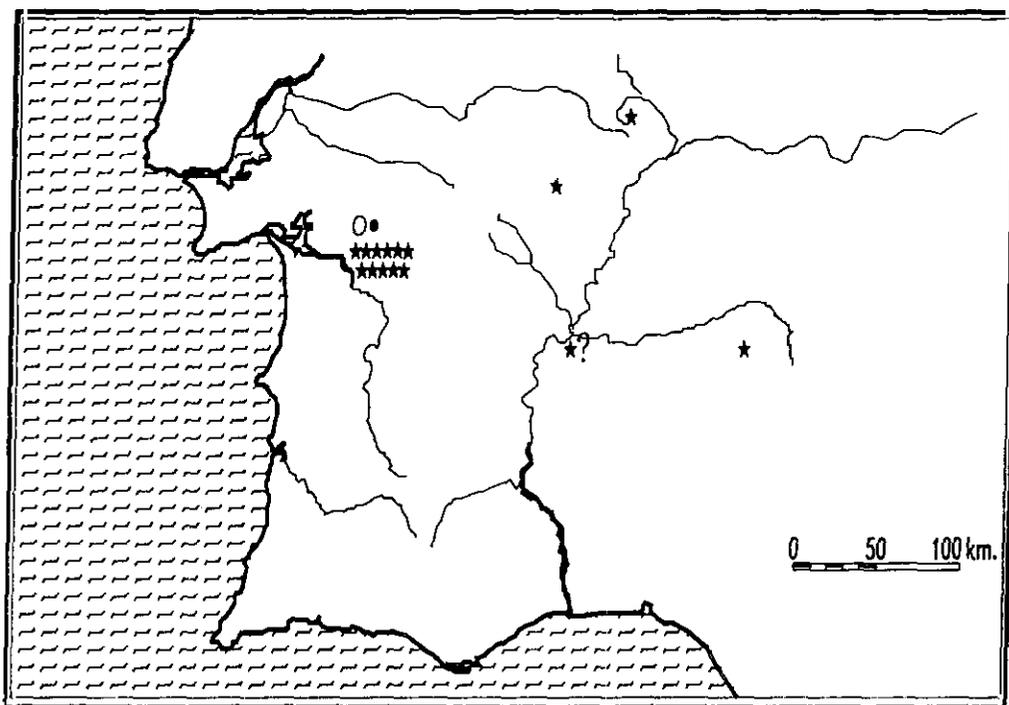
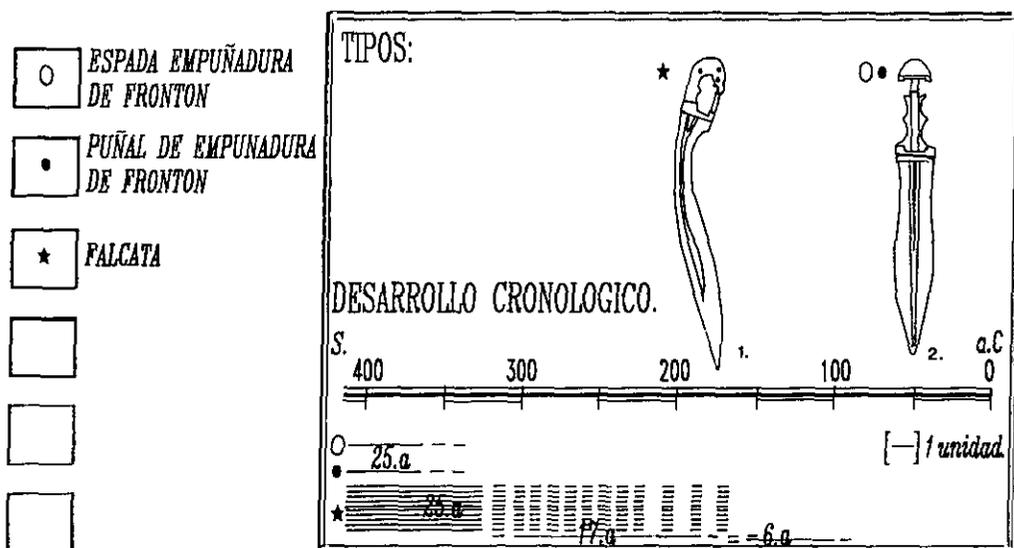
Sobre los tipos de empuñadura ya se ha indicado que, de las cuatro conocidas, dos responden a los tipos «prototomo de ave» y las otras dos «de caballo». Fuera de este núcleo sólo conocemos la empuñadura del ejemplar de Capote, que lo es de ave, pero ello, aunque formalmente se incluya en un tipo aparentemente «clásico», no es indicio de antigüedad y a juzgar por los casos de Alcácer parece que ambas empuñaduras son, en esta época, contemporáneas. Ello coincide con las observaciones realizadas por Quesada para otros elementos de la empuñadura en los ejemplares del Sureste, donde las de barra maciza, como la de Capote, no han de ser tardías, pudiéndose datar hasta el siglo IV a. C. (1989, 254; 1991, 369).

Fuera de Alcácer conocemos ejemplares aislados de falcatas en algunas de las necrópolis y poblados que han proporcionado espadas de antenas. En el siglo III a. C. fechamos la pequeña falcata de Herdade das Casas (17.a), junto a los puñales de tipo Alcácer y la espada de La Tène referidos, y la pieza completa de Capote (6.a). Esta última muestra, en nuestra opinión, unas formas y dimensiones (49 cm. en hoja) que la aproximan a los ejemplares más clásicos del Sureste Peninsular, aunque su contexto de amortización era, claramente, de fines del siglo II a. C.

Además recogemos noticias, no confirmadas, sobre falcatas en Azougada (3.a) y Chaminé (11.a), según Schüle (1969, 280).

Las piezas son 15 ejemplares que no sólo contrastan en número con los 24 de antenas y dos de tipo laténico, sino que, con la excepción de Alcácer, aparecen siempre aisladamente, a diferencia de los de «antenas» que forman pequeños conjuntos.

Cronológicamente las encontramos situadas entre finales del siglo V, con las unidades de Alcácer y el ejem-



ESPADAS Y PUÑALES DE FRONTON/ FALCATAS.

Fig. 32.— 1: Cupote; 2: Necrópolis de Alcácer, según Schüle, 1969.

plar de Capote, que, intacto, se sitúa a fines del II a. C., muy próximo a las falcatas de Cáceres el Viejo (Schüle, 1969) y en la forma a las de la dehesa cacereña de Rosarito (Enríquez Navascués, 1981).

e.7. *PUNALES DOBLEGLOBULARES* (fig. 31, lám. 17). Este apartado queda representado de forma excepcional por un ejemplar hallado en el nivel 2 de Capote, campaña de 1991 y restos de un segundo (lám. 17). En el primer caso se trata de una hoja y espiga con restos de una empuñadura en hierro, bronce, madera y, probablemente, damasquinados hoy perdidos, de tipo dobleglobular, cuyo conjunto responde a los más clásicos patrones celtibéricos (Cabré, 1932, 155; Cabré, 1990, 221-222; Quesada, 1991, 811-814).

De nuevo nos encontramos con un arma traída del área celtibérica que, además, posee un clarísimo paralelo en la necrópolis vetónica de La Osera (Cabré, 1990, 222, fig. 28, tumba 1386). No se recuperaron fragmentos de la vaina pero una lámina localizada en la campaña de 1989, en estancia separada una veintena de metros del lugar de aparición del puñal, corresponde claramente a parte de una chapa de bronce con motivos repujados y troquelados idéntica a la que cubre el anverso en el magnífico ejemplar de La Osera. Esta chapa es un indicio más del uso secundario de materiales más antiguos que el final del siglo II a. C. en que fechamos el abandono de este nivel de ocupación. Lo más sorprendente es su aparición en otro ejemplar idéntico, esta vez de procedencia desconocida por cuanto pertenece a una más de las clásicas «acaparaciones» particulares, de cuyas piezas se desconocen contextos y procedencia. Se trata, en este caso, de un puñal incluido en la colección Pérez Aguilar y publicado recientemente (Alvarez Gracia, Cebolla Berlanga y Blanco Morte, 1990, 290, lám. II.B, fig. 7). Cabría, por tanto, considerar con fuerza la presencia de una auténtica serie productiva con «cuños de fábrica» al estilo de La Tène (Richtie, 1985, 41-42). Respecto al de Capote, pese a su aspecto y origen antiguo, la cronología apropiada para la amortización de esta pieza se emplaza, como la falcata, a lo largo del siglo II a.C (Quesada Sanz, 1991, 813).

e.8. *CASCOS*. Los únicos ejemplos son meramente singulares, sin contextos ni localizaciones concretas.

Recogemos tres ejemplares, de los cuales uno, procedente de Aljezur (Silves) queda fuera de nuestro ámbito de estudio. Los dos restantes se localizaron en el Alentejo, en el castro de Vaiamonte (44.a) y en Horta da Fame (97.c).

Del primero sólo contamos con el dibujo publicado por Vasconcelos (1926-1927), sin mas especificaciones. Muestra la típica forma de casco semiesférico con botón o de «jockey-type», propio de los ejemplares que se han denominado de Montefortino. El estudio desarrollado por García-Mauriño recoge el ejemplar de Vaiamonte (de hierro) como propio de la época más tardía, fechada desde finales del siglo II a. C. y relacionable con los avatares de la conquista romana, como ocurrirá en los más septentrionales de la comarca meridional del Miño. No nos caben dudas sobre esta apreciación, que pudiera no ser equiparable al ejemplar de Horta de Fame, quizá

también de tipo Montefortino aunque no ha conservado el botón, a juzgar por la descripción de Abel Viana (1958-b, 20).

Este casco (si realmente lo es), de tamaño menor y fabricación en plata, responde más a una prenda de prestigio que a un arma defensiva y en ello se diferencia con claridad de los posteriores ejemplares septentrionales. No obstante no creemos que su forma, según su descripción y unas viejas fotografías, pueda excluirse de los primeros ejemplares de los cascos celto-itálicos de botón central. Descartamos las fechas y adscripción dada al ejemplar por Júdice Gamito, quien lo relaciona directamente con cascos hallstáticos del siglo VI a. C. (1988, 111). Sean restos del avance romano, sean piezas de prestigio importadas, son elementos que llegan por medio de las relaciones con el Sureste mediterráneo, tal como ha mantenido recientemente Quesada (1990, 235) y no pueden ser considerados materiales traídos a través de rutas pirenaicas.

Parecen ciertas, por ello, las citas sobre el uso de materias percederas, como el cuero, para cubrir la cabeza durante el combate, o simplemente la costumbre de lucir largas cabelleras, (Estrabón, *Geog.*, III, 16). En este sentido, cobra especial interés otro párrafo del geógrafo griego:

«Dicen que ellos (los lusitanos) usan una pequeña rodela que tiene un diámetro de dos pies y es cóncava por delante, y se maneja por correas, no teniendo ni abrazaderas ni asas. Además llevan puñal o sable. La mayor parte tienen corazas de lino, y sólo pocos corazas de malla y un casco de tres penachos, mientras los demás usan cascos de nervios.»

Estrabón, *Geog.*, III, 3, 6.

Esta magnífica información no sólo sirve para explicar la escasez y modernidad de los cascos metálicos conocidos, sino para introducirnos en la comprensión de la falta de otros elementos del armamento defensivo: las corazas y los escudos (fig. 33). Sobre las primeras se desconocen cualquier tipo o componente metálico, algo que no puede achacarse a la rareza de estas piezas en la Península, dado que son más numerosas de lo que en un principio cabría suponer (Kurtz, 1985, 20-23).

e.9. *OTROS TIPOS DE ARMAS E INSTRUMENTOS DE PODER: UMBOS, MANILLAS, ESPUELAS Y ATALAJES DE CABALLO*. Los elementos de escudos son, como los cascos, especialmente escasos, aunque a diferencia de ellos, no aparecen aislados sino que se concentran en la necrópolis dos Mártires de Alcácer do Sal (25.a). Fuera de este yacimiento, sólo contamos con una pieza que interpretamos, con serias reservas, como umbo de caetra, localizada en los alrededores del Altar de Capote (6.a).

Nuestras reservas hacia tal consideración se basan en el reducido tamaño del cubo de la pieza, de tipo cono truncado (Berrocal, 1989-b, fig. 7.10). Su forma difiere de los umbos cónicos peninsulares, tipo Miraveche, de los que pudiera ser un modelo evolucionado dado que se localizan a lo largo de las necrópolis del círculo Co-

gotas II (Schüle, 1969, kart. 29 y taf. 161). Nuestra pieza muestra cuatro clavos contrapuestos, como los de un umbo de Quintanas de Gormaz, y unas dimensiones similares a los de un umbo cualquiera, muy cercano a los de Osma o Miraveche (Schüle, 1969, taf. 40.4, 54.3, 147.14).

La necrópolis de Alcácer es significativa respecto a la existencia de los umbos en estas tierras, pues pese al notable registro de materiales, Schüle no recoge pieza alguna. Ello no significa que no existiesen escudos (como cabría deducir de la *posible* tradición de las estelas), pero estos estarían hechos exclusivamente con materiales orgánicos, tal como se recoge en la cita de Estrabón.

No obstante, Júdice Gamito indica la existencia de escudos alargados de tipo céltico en esta necrópolis, dato que, desgraciadamente, no consolida con mayores precisiones (Gamito, 1988, 146). Las piezas de metal en esta necrópolis, que se encuentran debidamente registradas en el inventario de Schüle y que hemos revisado, se limitan a dos manillas, de puño corto y de aletas triangulares, con paralelos en Atance y Almedinilla, respectivamente (Schüle, 1969, 281).

Diferente es el panorama de los elementos de caballería. Tanto las espuelas como la piezas de atalajes se conocen en diversos yacimientos, aunque nunca en número destacado.

Resulta de interés la ausencia de espuelas en la necrópolis de Alcácer, donde, sin embargo, se localizan algunos bocados y otros elementos de la guarnición de los caballos. Con todo, éstos son escasos y de contexto desconocido, pudiendo estar integrados en la misma tumba que contenía una rueda, cubos y demás piezas de un carro. Por la descripción de Vergilio Correia, sabemos que estos restos, de bronce e hierro, pudieran corresponder a los hallados en una tumba de la fase D que para el excavador serían las más antiguas y cuyos ajuares claramente remiten a un momento orientalizante, anterior al final del siglo V a. C., por lo que no es estudiado en profundidad en este trabajo (Correia, 1927, 14).

Las espuelas sí aparecen en otros yacimientos. Contamos con tres ejemplares en el castro de Capote (6.a), dos de ellos asociados al Depósito A y fechables en los siglos IV y III a. C., y un tercero que, idéntico a uno de los anteriores, debe considerarse como una pieza más de las reutilizadas o saqueadas en el siglo siguiente. Este y su parejo son dos fragmentos de la tirilla transversal, hechos en bronce y sostenidos, a juzgar por los restos, con un acicate de bronce, en el más popular estilo prerromano. El tercer ejemplar parece algo más moderno, aunque estaba amortizado en el mismo Depósito A. Se trata de una pieza de hierro, de tipo similar pero más ancho y de menor tamaño que los anteriores.

Ambos modelos responden al tipo rígido definido por Cuadrado como tirilla con acicate central y dos orificios en el extremo para su sujeción atada al talón (1979). Las piezas de bronce se fechan en el siglo IV a. C. en necrópolis peninsulares de diferentes ámbitos, desde El Cigarralejo a La Osera (Cuadrado, 1987, figs. 146.6, 158.1; Cabré et alii, 1950, sep. 165).

Otras espuelas se conocen en necrópolis como Herdade das Casas (17.a), del mismo tipo que las piezas de bronce referidas, y en Chamíné (11.a), donde se documenta un ejemplar de hierro mucho más evolucionado que consideramos, pese a estar incluido entre materiales protohistóricos, romano.

En *CONCLUSION* esta rápida visión sobre las armas prerromanas del Sado-Guadiana permite observar que, aunque no son piezas muy numerosas (sin duda por la falta de necrópolis excavadas), son suficientes como para establecer las primeras pautas *provisionales* de la dinámica armamentística de estos célticos del Suroeste.

Conociendo por las fuentes textuales clásicas el uso de armamento defensivo de origen prececeo, como las corazas de lino y los cascos de nervios, (que explica la ausencia o escasez de estos tipos de elementos) a primera vista es claro el dominio, entre las piezas ofensivas, de los ejemplares de hoja recta, especialmente de la espada/puñal de empuñadura de antenas, de la que destacan once unidades (seguras y probables) del tipo Alcácer.

Es por ello admisible que, aunque se denominase como tal por mera anticipación descubridora, este tipo de armas tuviera su máxima difusión entre los habitantes del Suroeste. Entre los posibles focos de producción, Encarnación Cabré y Juan Morán habían aceptado los probables emplazamientos en las áreas occidentales de la Península, sin duda a causa de sus decoraciones de tipo «atlántico» o centroeuropeo (1979, 768-769). Recientemente una completa puesta al día, ha permitido observar la importante concentración de hallazgos procedentes de la zona andaluza y ha llevado a su autor, Fernando Quesada, a proponer una procedencia meridional (Illora-Almedinilla) y una relación decorativa con las armas burgalesas (1991, 647), al menos para algunas de sus variantes.

Esta opinión, quizá válida para los conocidos puñales turdetanos de hoja triangular ancha, debe ser matizada por la dispersión de las espadas cortas localizadas en el Sado-Guadiana inferior. Si tenemos en cuenta que en esta región no contamos con necrópolis de importancia, con la excepción conocida, es fácil concluir que es en el Sado-Guadiana donde este tipo de arma muestra mayor divulgación y, a juzgar por los ejemplares de la necrópolis de Alcácer do Sal, desde los momentos más antiguos.

Por último, tal conclusión se reafirma por el papel dominante de este tipo de arma frente al resto de variantes. Si se considera la espada/puñal de antenas como un conjunto completo, con 24 unidades, junto con las dos que creemos de tipo laténico, se observa un contundente predominio de los tipos tradicionalmente considerados «meseteños», frente a los modelos de origen meridional como las falcatas (15 unidades) y las espadas con empuñadura de frontón (2 unidades), con independencia de los auténticos núcleos de fabricación de estas armas. Todo este panorama no hace más que resaltar el carácter «continental» y meseteño de estas poblaciones históricamente llamadas célticas (fig. 33), aunque seamos fuertemente reacios a las viejas dicotomías y a las tópicas asimilaciones etnográficas de un mero elemento cultural (falcata=iberos; antenas=celtiberos).

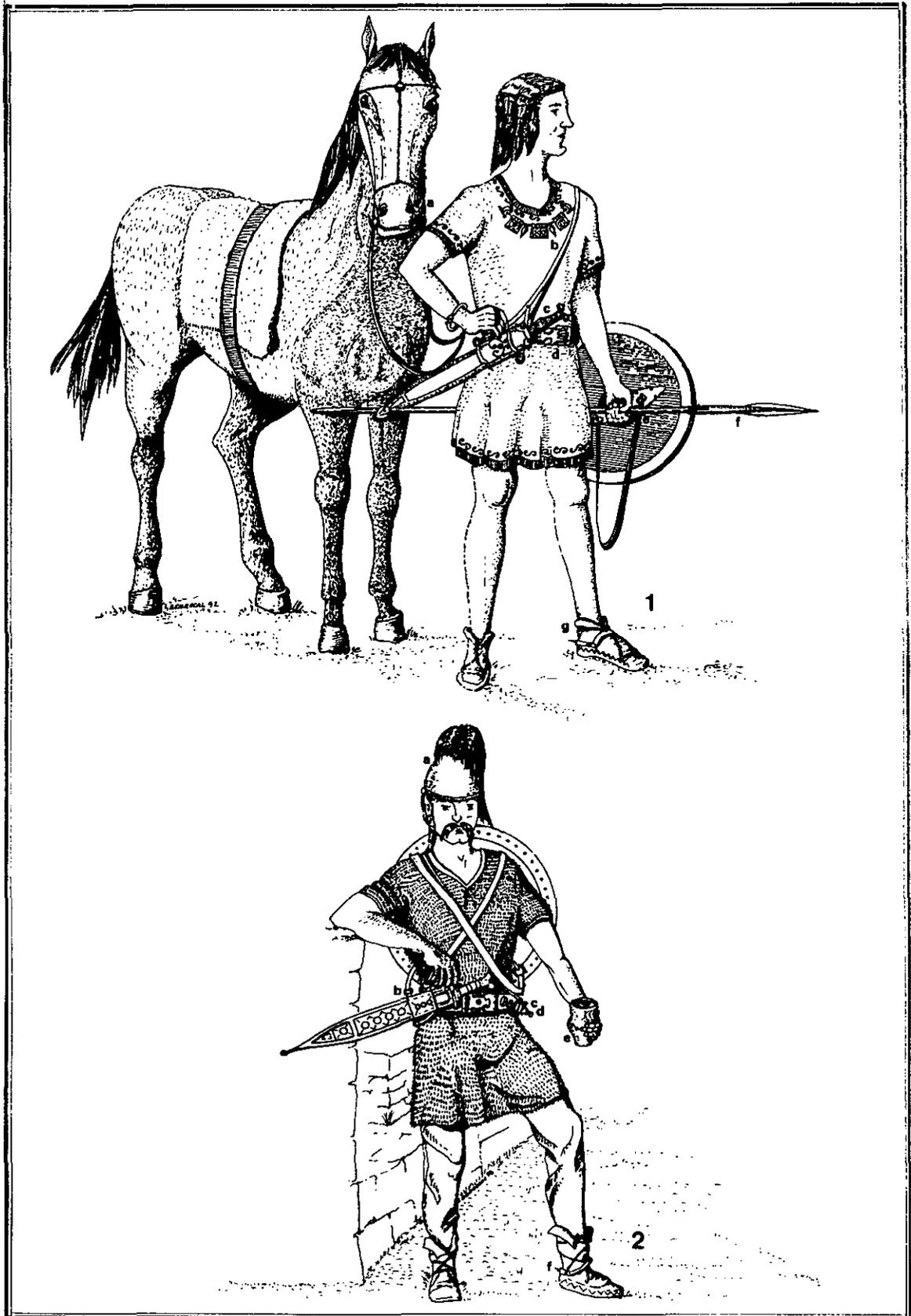


Fig. 33.—Interpretación de guerreros «célticos» del Suroeste: Jefe céltico del siglo *v*/*iv* a. C. (1: pectoral de La Martela; lanza, escudo, espada de antenas, fíbulas y broche de cinturón de la necrópolis de N. Sr. Martires; vasija de Capote DepA); guerrero celto-lusitano del siglo *ii* a. C. (2: fíbulas, cinturón y puñal de Capote; espada de Herdade das Casas; casco de Vaiamonte).

UNIDADES DE ESPADAS/PUÑALES DEL SADO-GUADIANA INFERIOR

<i>Tipos de origen no ibérico</i>	<i>Tipos de origen meridional</i>
11 unid. tipo Alcácer (5 en Alcácer)	
1 unid. híbrida Alcácer/ Arcóbriga	
4 unid. tipo Aguilar de Anguita	
1 unid. híbrida Alcácer/ Atance	
7 unid. no especificados	
24 unid. de antenas	15 falcatas (11 Alcácer)
2 unid. laténicas (una probable)	2 unidades de frontón

Además de haber demostrado la falsedad de todo planteamiento riguroso a este respecto, existe el siempre constante problema de la hibridación de los tipos, destacado por especialistas sobre el tema como Schüle (1969, 88-89) o Quesada Sanz (1991, 672-673), y que se ha podido comprobar en gran parte de las piezas inventariadas en el Suroeste.

NUMISMÁTICA

EMISIONES LOCALES Y FORANEAS

Se ha abordado la problemática, por una parte, desde el punto de vista cronológico, en un intento de organizar la evidencia arqueológica dentro de una sucesión de períodos, y por otra, desde el geográfico, observando no sólo la incidencia de los hallazgos numismáticos en el Sado-Guadiana inferior, sino también las cecas de origen de estas monedas.

Comenzando por esta última consideración hemos de advertir que, como es corriente en gran parte de la Península, los hallazgos numismáticos suelen ocurrir en prácticamente todos los poblados en estudio. No obstante, bien porque no se les da la importancia debida (sin duda por la pequeña proporción de monedas de oro o plata) o porque, siendo piezas codiciadas por los coleccionistas y especuladores, suelen ser víctimas de las búsquedas clandestinas, el resultado es un caudal informativo menor del que cabría esperar.

Es por ello que las muestras numismáticas de las que disponemos no reflejan, en absoluto, más que una mínima y distorsionada visión de la realidad de la región.

Del centenar de poblados estudiados sólo de catorce se ha publicado la noticia del hallazgo de una o más monedas. De ellos, además, poco más de cuatro tienen diversas piezas: Capote (6.a), Pedrão (36.a), Segovia (39.a), Vaiamonte (44.a) y San Sixto (76.b). El resto se reparten una o dos unidades que oscilan desde el hemidracma de Gades localizado en el Depósito de Garvão (16.a) a las emisiones hispano-romanas de Ebora, Pax Iulia, etc.

Durante el siglo III a. C., como se ha indicado, la amonedación en el Sado Guadiana es totalmente extraña y

singular, documentándose la citada moneda de plata en un contexto más votivo que económico. Junto a ella, se conocen escasos denarios romanos, como algunas de las piezas localizadas en el castro de Vaiamonte (44.a), o en el nivel 3 de Capote. Arqueológicamente no encontramos otras piezas contextualizadas.

Ninguna de las cecas locales ha comenzado por estas fechas a emitir, dado que, por otra parte, la implantación de acuñaciones monetales, por la tierras del interior meridional, no tendrá lugar hasta el siglo II a.C. (Villaronga, 1979, 141-144).

Con todo, si se observa la dispersión de estas primeras cecas, se distinguirá con facilidad que se trata de un resultado dependiente de áreas económicas muy determinadas en función de la presencia romana (como entre las desembocaduras del Guadalquivir y del Guadiana) o de la púnica (los llamados Blastofenicios) o, por último, de los recursos comerciales o mineros de ciertas comarcas (como la de Cástulo y Obulco). Por ello no resulta extraño que al noroeste de Sierra Morena estas cecas prácticamente queden reducidas a dos o tres ejemplos: Myrtilis (29.a), Dipo (Badajoz -4.a?) o Salacia (38.a).

Las dos primeras en el mismo cauce del Guadiana, la tercera en el estuario del Sado y, por tanto, dominando vías de penetración comercial fundamentales para la comprensión del entramado económico. Estas poblaciones, de pujante componente comercial, emiten monedas durante el siglo II a. C., aunque tales acuñaciones son muy mal conocidas por la bibliografía.

En el caso de Mértola, las acuñaciones son de alto patrón monetar, pesando en torno a los 28 gramos y estando, para Villaronga, relacionadas con el grupo del as de 31 gramos de comienzos de siglo. Sin embargo, presentan tipos del grupo Ilipense: anverso con sábalos y leyenda topónima; reverso con espiga y el nombre del magistrado (APDE, L.A.DEC, L.ACA). El sistema es, por tanto, similar al de las monedas turdetanas tardías y por ello se ha llegado a suponer que se trata de monedas de cronología avanzada que, al menos, deben situarse en la segunda mitad del siglo II a. C.

La dispersión de estas monedas es fundamentalmente meridional (Huelva) siendo escasos los hallazgos, fortuitos, de tales producciones incluso en la misma Mértola.

Respecto a Dipo, la situación es incluso más confusa dado que, pese a las noticias clásicas, no hay una propuesta clara de localización. Sus monedas, escasísimas, aparecieron en diferentes parajes de las vegas de Badajoz y por ello se ha querido emplazar sobre la misma Alcazaba, aunque para nosotros es factible localizarla en la cercana fortaleza de Juromenha.

Los tipos se refieren a un as, también de peso elevado (uncial), que muestra una cabeza viril imberbe en el anverso y una tosca cornucopia, horizontalmente orientada, sobre la leyenda en caracteres latinos, en el reverso. Culturalmente, sólo el peso es indicio de antigüedad y por ello, no creemos que éste sea mayor que el aspecto y uso latino de estas monedas, por lo que son tipos que encajan más en la primera mitad del siglo I a. C., que en el II a. C.

Si observamos el panorama aportado por los yacimientos arqueológicos podemos confirmar que durante este siglo existe una importante dispersión de monedas,

aunque siempre en grupos pequeños y, estudiando la cronología podría indicarse que tal panorama es claro en la segunda mitad del siglo II.

Así lo documentamos en el mismo Capote (6.a) donde, aunque se conocen piezas fechables en los inicios del siglo (por ejemplo, un as uncial de Cástulo de las serie III de M.P. García y Bellido, 1982), la mayoría de las piezas son ases ilipenses, Castulenses y ases Jano/Proa de la segunda mitad (Berrocal, 1988-a, 19-23 y Berrocal y Canto, 1990).

Son más de medio centenar de monedas, publicadas en su mayoría, de las que pueden extraerse conclusiones cronológicas (la gran mayoría se fechan a partir del 150 a. C., conformando conjuntos de piezas acuñadas desde inicios de siglo a los ases de «Dos delfines» de Sekaisa y Arekoratas), estratigráficas (las monedas se asocian, mayoritariamente, a los materiales cerámicos de la Fase Tardía), socioeconómicas (constatación de la presencia simultánea de diferentes patrones metroológicos y monedas de distinto valor y origen, durante la segunda mitad del siglo II a. C.) e históricas (las monedas se distribuyen entre cecas *turdetanas*, acaparadas por Ilipa y Cástulo; *celtibéricas*, Sekaisa y Arekorata y *romano-republicanas*).

Semejante panorama, aunque con una presencia muy reducida, observamos en el castro de Segovia (39.a), con 2 ases de Cástulo, 1 de Obulco y 1 as Jano/Proa, todos ellos fechados entre el 180 y el 80 a. C., según Gamito, quien no aporta más datos (1983). Igual ocurre con otros yacimientos interiores y septentrionales como Vajamonte (44.a), con un importante número de denarios romanos de esta época (Santos, 1972). También en las tierras próximas, un as romano, de tipo Jano/Proa, se localizó en la capa superficial de Veirós (46.a), y su datación pudiera situarse a mediados del siglo aunque podría tratarse de una emisión tardía, pompeyana.

Por último, en La Martela se cuenta con el hallazgo de un as ilipense de mediados del siglo II (Villaronga, 1979, 151) similar a los conocidos en Capote y Segovia.

La presencia habitual de monedas en el Sado-Guadiana y su escasa, pero clara, producción local no ocurrirá hasta finales de este siglo II a. C., consolidándose durante la primera mitad del I a. C., con el definitivo control militar de la región por las legiones romanas.

Es ahora cuando se fechan la mayoría de los hallazgos conocidos, aún cuando Capote deja de ocuparse y prácticamente no aporta monedas de esta época (un quinario «sertoriano» en superficie). Además, sin dudas, las cecas locales están emitiendo junto a otras como Salacia y/o Caetóbriga, cuya singularidad es tan grande como la confusión sobre sus emisiones. Tal como se ha indicado en el capítulo de Cecas numismáticas (cap. I), parece que las monedas de Salacia con leyenda EVION/EVIAM deben separarse de las que se titulan KETO-VION (*CE•TO•U•I•O•N*), cuya procedencia pudiera ser Cetóbriga (Gómez Moreno, 1962, 913) o quizá corresponda al nombre indígena de Salacia.

Sea como fuere parece que ambas emisiones son parejas cronológica y ponderalmente. Se trata de acuñaciones con reversos de pareja de atunes flanqueando el topónimo en signario prerromano del Suroeste y anversos con cabeza de Hércules sobre el nombre de los magistrados acuñadores en caracteres latinos (ODACISA;

CAVNONIES.SISCAP.F) que, además, presentan un peso reducido, con 14 gr. En la que se considera serie final de las emisiones aparece la leyenda IMP.SAL entre dos delfines (que sustituyen los atunes). (Villaronga, 1979, 166; Guadán, 1969, 170; Gil Farrés, 1966, 370).

Destacamos en estas emisiones el uso del único y último vestigio de la llamada escritura prerromana del Suroeste, utilizada en las losas inscritas y desconocida desde, al menos, el siglo V a. C. Su reaparición como uso común de estos topónimos monetales es, por ahora, un misterio, que respondería bien a una posible perduración del signario, bien a la reproducción de una sucesión de caracteres en un momento en el que su valor es el prestigio de una tradición perdida.

Su dispersión, sin embargo, no parece que sea más que local, dado que se han localizado en poblados a escasos kilómetros de ambas poblaciones: en Chibanes (11.a), apareció un as de Salacia con topónimo EVIOM y caracteres latinos en el anverso. Como la fecha de ocupación de este castro es de finales del siglo II e inicios del I a. C., esta cronología sirve para confirmar la utilización de estas emisiones. Además en el más cercano de Pedrão se documentaron dos ases de Salacia (IMP.SAL) y otro de Caetobriga/Salacia (KETO-VION), junto con un denario romano del magistrado Minucio (119-110 a. C.), otro de Quinto Titio (88-87 a. C.), dos ases de Gades y un semis de Cástulo, todo ello con unas fechas y en un contexto cronológico de la primera mitad del siglo I a. C.

En este sentido queremos destacar la presencia de monedas de Gades y Cástulo en este confin nordoccidental. En cuanto a las primeras son excepciones y, por lo general, no aparecen más que en contextos costeros, de forma bien distinta a las de Cástulo que en este siglo I a. C. van a aumentar la presencia y dispersión del siglo anterior: en Lousa (21.a), con otras monedas ibéricas y romanas fechadas en el 130, 48, 44-35 y 22 a. C. Este mismo contexto de mediados de siglo aparece reflejado con otro semis de Cástulo en el *castellum* de Manuel Galo (23.a) y en el Castelinho dos Mouros (28.a), junto con una tercera moneda, un as semiuncial en la misma Salacia (38.a), fechado entre el 82 y el 40 a. C., fase V del castillo.

Paralelos a estas piezas castulenses aparecen algunas de Obulco, como se reconoce en la misma Segovia, durante el siglo anterior, o en Nertóbriga con dos semises de contexto desconocido y, en momento final de su uso, un semis en el mismo Depósito B de Capote, junto con materiales y monedas romanas que oscilan entre el 20 a. C. y el 45 d. C.

Otra ceca local que emitirá en un corto espacio temporal será la probablemente localizada en Jerez de los Caballeros (19.a), la Seria pliniana, que emite bajo el topónimo CERIT. Sus pequeños ases de 5, 41 gr., con cabeza radiada en el anverso y cartela entre dos espigas en el reverso, presentan rasgos formales que las datan a mediados del siglo I a. C., pese a no constatarse arqueológicamente (Villaronga, 1979, 234).

Junto a estas monedas, mediado el siglo, se verá circular algunos denarios y ases romanos que parcialmente fueron emitidos en Hispania a raíz de las Guerras Sertorianas.

La presencia de uno de ellos acuñado por L.Fabius,

junto a otros contemporáneos de las familias Porcia, Antonia, Plaucia y Aemilia (falso) en San Sixto (76.b) habla por sí sola de la incidencia de estas acciones bélicas en los hábitats del Sado-Guadiana. Quizás en la misma relación pudiera situarse algún as tipo Jano/Proa pompeyano.

Por último, a partir del último cuarto del siglo I a. C.,

aparecen las primeras monedas emitidas en el sistema romano republicano transicional al augusteo, por las pequeñas ciudades locales como Pax Iulia (Beja -49.b-), con especial dispersión por las Vegas de Badajoz, Eborac (118.d) o Emerita, junto con las de origen foráneo como Celsa, Bībilis o Carteia, que suelen aparecer en los *castella* y emplazamientos de posterior desarrollo romano.